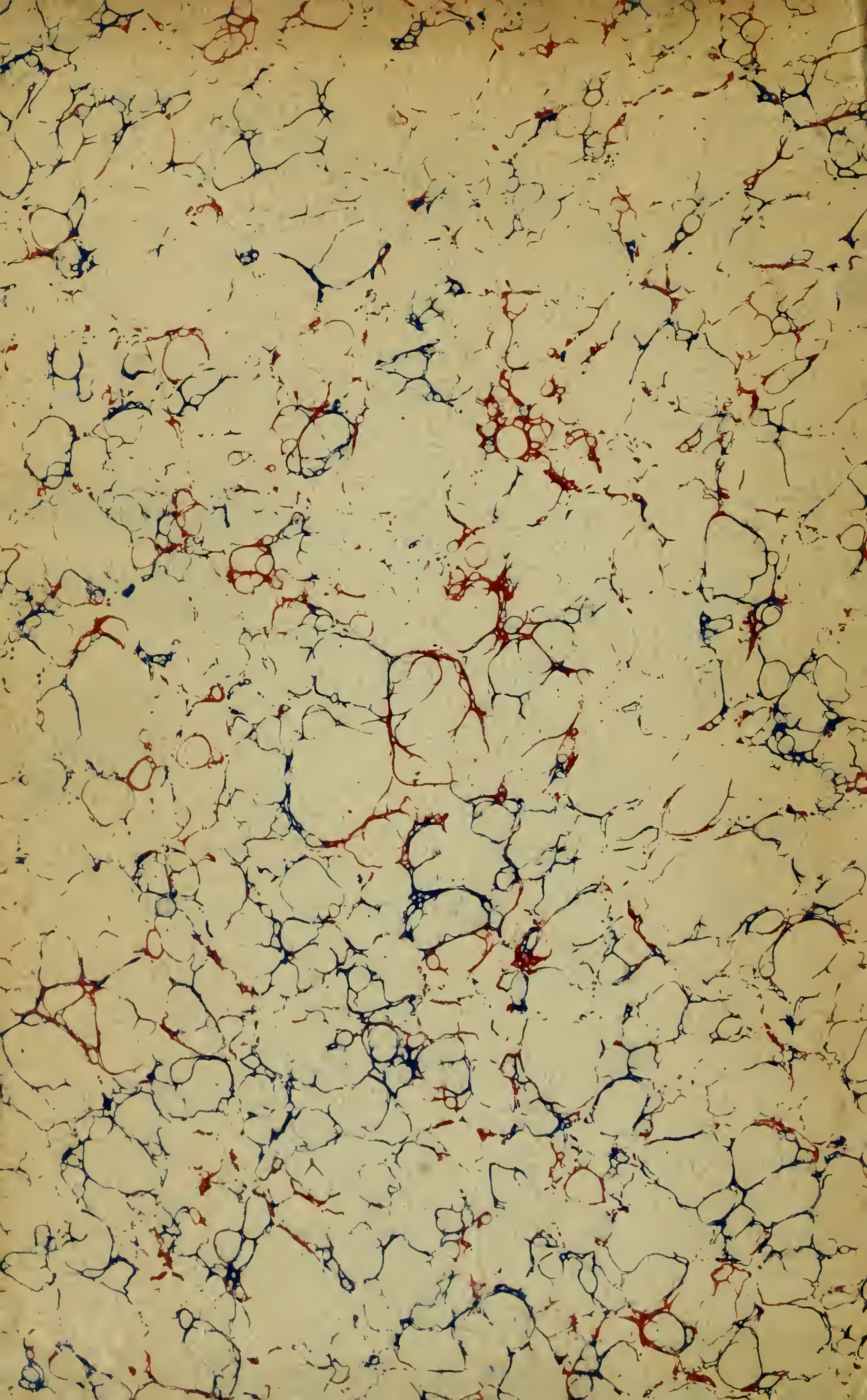
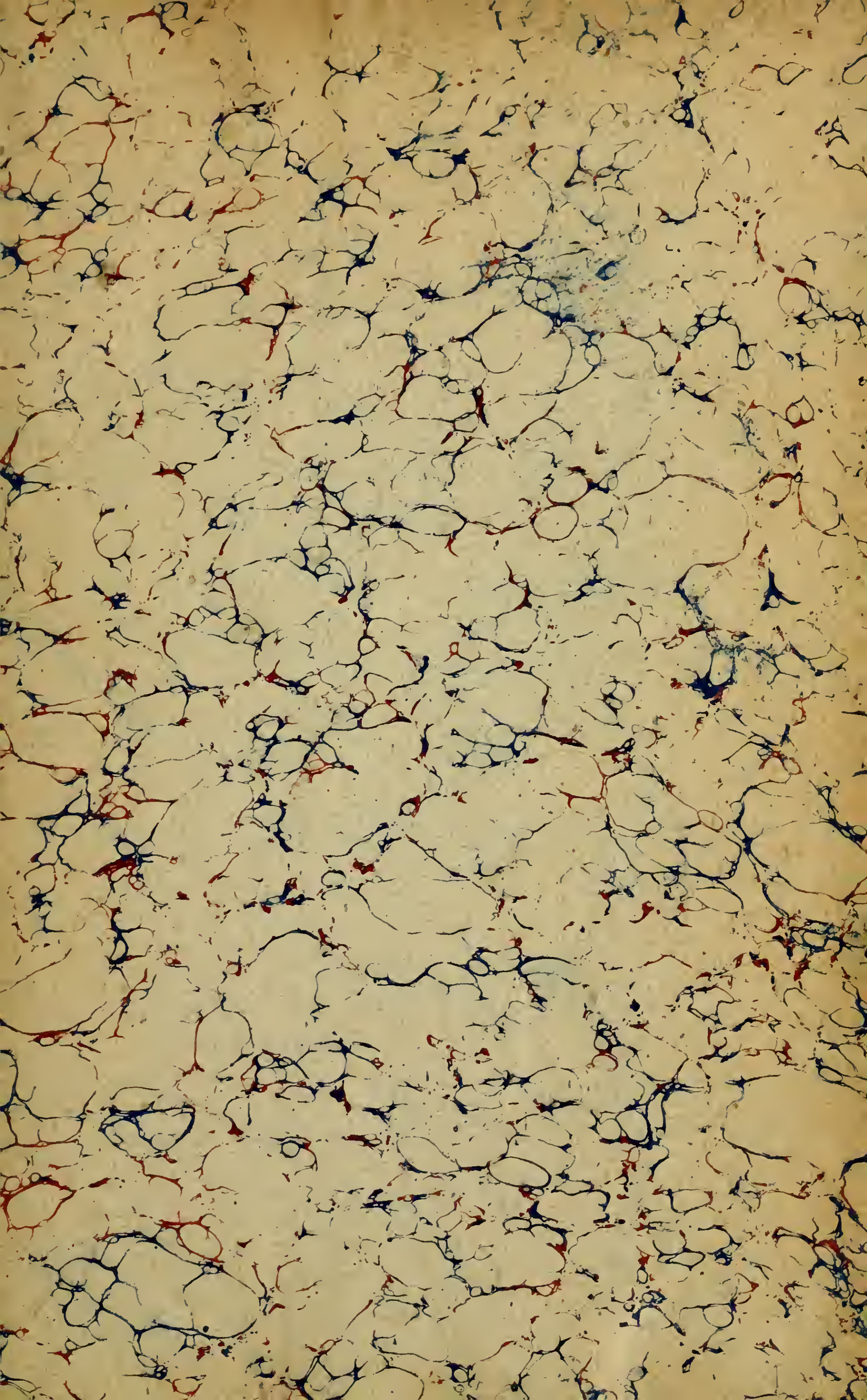

3 1761 06930852 6





CRISTÓBAL DE VILLALÓN

INGENIOSA COMPARACIÓN

ENTRE LO ANTIGUO Y LO PRESENTE

PUBLÍCALA

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES



MADRID

MDCCCXCVIII

NÚM. 60

Sr. D. Luis de la Escosura.

MADRID: 1898.—Est. tip. de la Viuda é hijos de Tello, Carrera de San Francisco, 4.

INTRODUCCIÓN

VIDA DE CRISTÓBAL DE VILLALÓN

I

AQUÉLLA tan conocida sentencia, según la cual los libros están, como todas las cosas, sometidos al imperio de los Hados, tiene, si cabe, aún más verdad aplicada á los escritores. Algunos hay de éstos que, sin pasar de la medianía, son bastante leídos ó, cuando menos, admirados por muchos que solamente de nombre los conocen. En cambio, hay autores ilustres cuyos libros, inéditos quizá por la pobreza de quienes los engendraron, duermen ignorados y cubiertos de polvo en las bibliotecas, esperando morir devorados por la polilla ó corroídos sus folios por la tinta si algún paciente bibliófilo no los descubre y saca á luz, librándolos de una destrucción tan segura como lamentable.

Esto es lo que ha sucedido con Cristóbal de Villalón, uno de los prosistas más notables que florecieron en España durante el siglo XVI. Hasta hace poco tiempo su nombre yacía en el olvido (1). Las obras que había publi-

(1) Es de notar que con haber sido considerado generalmente como vallisoletano, no se ocupan de él en sus respecti-

cado, como son el *Tratado de cambios*, la *Tragedia de Mirrha* y su *Gramática castellana*, eran conocidas solamente por algún erudito bibliógrafo.

En el año 1871 publicaba la Sociedad de bibliófilos madrileños un interesante libro, ya de muchos conocido años antes, intitulado *El Crotalón de Christóforo Gnosopho* (1). Precedíalo un diminuto prólogo, cuyo autor (2) confesaba que, á pesar de las investigaciones por él hechas, no había podido averiguar quién fuese el autor de obra tan peregrina. Afirmaba, sin embargo, que había sido luterano, y por cierto de los más notables de España; opinión á la que se adhirió en un principio el Sr. Menéndez y Pelayo (3), y creyó más tarde errónea, combatiéndola con severa lógica y precisión de argumentos (4). Al mismo tiempo que esto hacía, daba alguna luz sobre quién pudiera ser Cristóphoro Gnosopho, diciendo que el Sr. Gayangos le había indicado quizá fuera el vallisoletano Cristóbal de Villalón, del cual conocía el curioso libro rotulado *Inge-*

vas *Historias* de esta ciudad Antolínez de Burgos, ni Sangrador y Vítores, ni Ortega y Rubio, ni González García de Valladolid, en sus *Apuntes para la historia biográfica de Valladolid;* tampoco Floranes, en sus prolijas notas que se conservan en la Nacional. Nada dice de su biografía Nicolás Antonio.

(1) Esto es, Cristóbal *el Sabio*. En el manuscrito de la Biblioteca Nacional y en el que fué del Sr. Gayangos, dice *Gnophoso;* pero esto debe ser una errata del copista. Muy conveniente hubiera sido que, en vez de publicar los bibliófilos el texto escueto, y por cierto con buen número de incorrecciones, lo hubieran acompañado de amplias notas y comentarios, que están pidiendo á voces la importancia del libro y los preciosos datos que ofrece para el estudio de nuestras costumbres é Historia.

(2) El señor Marqués de la Fuensanta del Valle.

(3) *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo I, pág. 24.

(4) Obra citada, tomo II, págs. 356 á 358.

niosa comparación entre lo antiguo y lo presente, que se conserva en el Museo Británico, y el *Tratado de cambios* (1). Algunos años después, en el apéndice de la *Biblioteca de libros raros y curiosos,* se describía *El Escolástico,* obra del mismo autor que las anteriores. La comparación de todos estos escritos con *El Crotalón* suministra pruebas suficientes para atribuirlo á Cristóbal de Villalón.

De la biografía de éste, poco ó nada se sabía. El autor de esta introducción la ha encontrado en un manuscrito de la Nacional, intitulado *Viaje de Turquía,* donde se refieren los sufrimientos de un cautivo de los turcos, su fuga y aventuras por diferentes países; este diálogo, como probaremos de modo que no quede lugar á duda alguna, contiene la autobiografía de Cristóbal de Villalón.

He aquí lo que nos ha movido á escribir estos desaliñados apuntes, en los que damos á conocer la vida de uno de nuestros más ilustres escritores satíricos del siglo XVI, y al mismo tiempo nos ocupamos, siquiera sea ligeramente, de las obras que produjo.

II

Una vez que casi todos los datos biográficos que de Cristóbal de Villalón conocemos son los que él mismo nos proporciona en su curioso y entretenido *Viaje de Turquía,* es preciso demostrar la autenticidad de este libro, á fin de

(1) «Del autor de *El Crotalón,* dice, nada se sabe. D. Pascual Gayangos me indicó la sospecha de que quizá lo fuera Cristóbal de Villalón, vallisoletano, autor de un *Tratado de cambios* y de un rarísimo libro rotulado *Comparación de lo antiguo y lo moderno,* que existe en el Museo Británico, y cuyo estilo é ideas parece que convienen mucho con los de *El Crotalón.* Esto, sin contar con la traducción del *Cristóbal* en *Christophoro.*»

no construir un edificio sobre leve arena. Para conseguir esto, haremos ver cómo indudablemente *El Crotalón* y el libro mencionado son obras de una misma pluma, probando después que Cristóbal de Villalón es autor de *El Crotalón*. A primera, vista quizá parezca á muchos que hubiera sido mejor comparar el *Viaje de Turquía* con *El Escolástico*, obra que pertenece á dicho escritor indiscutiblemente. No hemos seguido este camino, porque el *Viaje de Turquía* ofrece mayores analogías con *El Crotalón* que con *El Escolástico*, lo cual nos permite probar nuestro cometido con mayor suma de argumentos.

El Crotalón y el *Viaje de Turquía*, ¿son de un mismo autor? Puede afirmarse que sí con toda certeza. Las ideas que en ambos libros se exponen son idénticas y las tendencias iguales, lo cual acusa una misma paternidad. Quien escribió *El Crotalón* no era en modo alguno luterano, pues jamás vierte una proposición herética, antes bien, anatematiza los errores de los protestantes; alégrase de la derrota de éstos por Carlos V junto al río Albis; coloca en el infierno las almas de los reformadores, y admite dogma tan peculiar de la Iglesia católica como el Purgatorio. Pero si no es hereje, es imitador y discípulo de Erasmo. Truena contra los abusos que motivaron la aparición del protestantismo; censura duramente la ambición de los clérigos; describe con sin igual fruición las groserías que imagina cometían éstos en sus banquetes; no se libran de sus tiros los frailes y las religiosas, á quienes moteja de hipócritas y gente corrompida, y pasando á las demás clases de la sociedad, reprende vigorosamente las supersticiones á que daban fácilmente crédito y los vicios á que muchos se entregaban, lanzando, por último, imprecaciones contra «tantas maneras de santidades fingidas, romerías, bendiciones y peregrinaciones (1).»

(1) *El Crotalón*, canto XX.

El mismo espíritu domina en el *Viaje de Turquía.* No hallamos en este libro tesis alguna heterodoxa; pero sí las amargas invectivas que en *El Crotalón* se dirigen contra todas las corruptelas en lo sagrado y en lo profano introducidas.

En él son acremente juzgados los peregrinos que iban á Santiago, á quienes se describe como hombres holgazanes y de malas costumbres. «No hay despensa de señor mejor proveída que su zurrón, ni se come pan con mayor libertad en el mundo; no dejan, como los más son gascones y gabachos, si topan alguna cosa á mal recado, ponerla en cobro; cuando entran en las casas á pedir limosna y cuando vuelven á sus tierras, no van tan pobres que les falten seis piezas de oro.»

En el siguiente pasaje no son mejor tratados los que venían de los Santos Lugares. «La romería de Hierusalén, salvo el mejor juicio, tengo más por incredulidad que por santidad, porque yo tengo de fe que Cristo fué crucificado en el Monte Calvario y fué muerto y sepultado y todo lo demás que la Iglesia cree y confiesa; ¿pues no tengo de pensar que el Monte Calvario es un monte como otros, y la lanza como otras, y la cruz que era entonces en uso como agora la horca, y que todo esto por sí no es nada, sino por Cristo que padeció? Cuanto más, que Dios sabe cuán poca paciencia llevan en el camino y cuántas veces se arrepienten y reniegan de quien hace jamás voto que no se pueda salir afuera, y lo mesmo siento de Santiago y las demás romerías.

JUAN.—No tenéis razón de condenar las romerías, que son santas y buenas.

PEDRO.—Yo no las condeno, ni nunca Dios tal quiera; mas digo lo que me paresce y he visto por la luenga experiencia, pues á los que allá van no se les muestra la mitad de lo que dicen, porque el templo de Salomón, aunque den mil escudos, no se le dejarán ver; no faltan algunos

frailes modorros que les muestran ciertas piedras con unas pintas, las cuales dicen que son de la sangre de Christo, y ciertas piedrecillas blancas, como de yeso, dicen que es leche de Nuestra Señora, y otras cosas que no quiero al presente decir.

El camino real que lleva al cielo es el mejor de todos y el más breve, que es los diez Mandamientos de la Ley muy bien guardados á mazo y escoplo, y esto sin caminar ninguna legua (1).»

Con sátira no menos incisiva se censura la ambición y poca elocuencia de los clérigos. «Andan pretendiendo y echando mil rogadores una infinidad de confesores, por quitarle los perrochanos de lustre á Juan de voto á Dios; más sobornos trajo el otro día uno para que le diesen un domingo el púlpito de la Reina, por procurar alguna entrada como contentar, para si pudiese alcanzar á confesarla. Revolvió toda la corte hasta que lo alcanzó, y si fuera con buen celo no era malo; mas creo que lo hacen por estas mitras, que son muy sabroso manjar. Con su pan se lo coman, que este otro día ví en un lienzo de Flandes el infierno bien pintado, y había allí hartas mitras puestas sobre unas muertes y algunas coronas y bastones de Reyes sobre otras: plegue á Dios que no parezca lo vivo á lo pintado (2).

«Tienen menester ser los púlpitos de acero, que de otra manera todos los hacen pedazos á voces; parésceles que á porradas han de persuadir la fe de Christo (3).»

Ni trata con más lenidad á los encargados de administrar justicia cuando refiere: «la mujer de un corregidor ví un día, no muy lejos de Madrid, que porque estaba preñada y no se le alborotase la criatura, rogó á su marido que no aorcase un hombre que ya estaba sobre la escalera, y en

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 18.
(2) Idem, fol. 33.
(3) Idem, fol. 34.

el mesmo puncto le hizo quitar y soltáronle como si no hubiera echo pecado venial en su vida (1).»

Búrlase el autor del *Viaje de Turquía* de la esplendidez con que se edificaba el hospital de la Resurrección de Valladolid, por parecerle una ostentación perjudicial á los necesitados. «El pobre—dice—que toda su vida ha vivido en ruín casa ó choza, ¿qué necesidad tiene de palacios? Sino lo que se gasta en mármoles que sea para mantenimiento; que la casa sea como aquélla que tenía por suya propia; mas haya esta diferencia, que en la suya no tenía nada y en ésta no le falta hebilleta (2).» Ni aun el Papa se libra de sus tiros. Dice de Julio II que en vez de gastar sumas enormes en la *Viña* que llevaba su nombre, habría sido mejor rescatar cautivos y no «haber dejado un lugar á donde Dios sea muy ofendido en banquetear y borrachear y rufianar.» De los Cardenales, escribe que algunos iban «disfrazados dentro de un carro triunfal á pasear damas.» No trata mejor á los «Obispos de quince en libra (3)» que abundaban en Roma, ni á los Deanes y Arciprestes españoles, que solían vivir en esta ciudad «con mucho fausto de mulas y mozos y andar con una capa llana y gorra, comiendo de prestado.» Dirige sus invectivas contra los predicadores de nuestra patria, porque desconocían el Evangelio y los Santos Padres; «las capas de los teólogos que predican y nunca leyeron todos los Evangelios, pluguiese á Dios que tuviera yo, que pienso que sería tan rico como el Rey (4).»

El autor del *Viaje de Turquía* muestra el mismo odio á los clérigos que el de *El Crotalón*, cuando escribe:

«Sola la medicina dicen que há menester experiencia;

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 118.
(2) Idem, fol. 17.
(3) Idem, fol. 90.
(4) Idem, fols. 89 y 90.

no hay facultad que, juntamente con las letras, no la tenga necesidad, y más la Teología. Pluguiese á Dios, por quien es, que muchos de los teólogos que andan en los púlpitos y escuelas midiendo á palmos y á jemes la potencia de Dios, si es finita ó infinita, si de poder absoluto puede hacer esto, si es *ab eterno*, antes que hiciese los cielos y la tierra donde estaba, supiesen por experiencia medir los palmos que tiene de largo el remo de la galera turquesca y contar los eslabones de la cadena con que le tenían amarrado y los azotes que en tal golfo le habían dado (1).»

¿No es verdad que esto se parece mucho á lo que leemos en *El Crotalón*, de los filósofos que medían exactamente por pies y pulgadas la extensión de los cielos, y en cambio ignoraban cuántas leguas había de Valladolid á Cabezón?

Veamos cómo satiriza las falsas reliquias y el tráfico que se hacía con ellas:

«Juan.—No nos falta reliquia que no tengamos en un cofrecito de marfil; solamente falta pluma de las alas del ángel Sant Gabriel.

Pedro.—Esas, dar con ellas en el río.

Mata.—¡Las reliquias se han de echar en el río! Grandemente me habéis turbado; mirad no trayáis alguna punta de luterano desas tierras extrañas.

Pedro.—No digo las reliquias, sino esas, que yo no las tengo por tales.

Mata.—Por amor de Dios, no hablemos más sobre esto, sino de aquellas reliquias; los cabellos de Nuestra Señora, la leche, la espina de Cristo, las otras reliquias de los santos, al río, que dice que lo trajo él mismo de donde estaba.

Pedro.—¿Es verdad que trajo un gran pedazo del palo de la Cruz?

Mata.—Aun ya el palo de la Cruz, vaya; que aquello

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 61.

no lo tengo por tal, por ser tanto que parece de encina.

Pedro.—¿Qué, tan grande es?

Mata.—Buen pedazo; no cabe en el cofrecillo.

Pedro.—Ese, tal garrote será, pues no hay tanto en Sant Pedro de Roma y Jerusalem.

Mata.—Pues tierra santa teníamos en una talega que bien se podrá hacer un huerto dello (1).»

El autor del *Viaje de Turquía* censura duramente la insolencia de nuestros soldados en el extranjero; la rapacidad de nuestros capitanes, quienes eran «como los sastres, que no es en su mano dejar de hurtar en poniéndoles la pieza de seda en las manos (2),» y el orgullo de nuestra raza, cuando escribe:

«Entre todas las naciones del mundo, somos los españoles los más mal quistos de todos, y con grandísima razón, por la soberbia, que en dos días que servimos queremos luego ser amos; y si nos convidan una vez á comer, alzámonos con la posada. Veréis en el campo del Rey y en Italia unos ropavejeruelos y oficiales mecánicos, que se huyen por ladrones, con unas calzas de terciopelo y un jubón de raso, jurando de contino, puesta la mano sobre el lado del corazón y á fe de caballero (3).»

Tanto *El Crotalón* como el libro citado están escritos en Valladolid á principios del reinado de Felipe II y bajo pseudónimo. Quien compuso ambas obras era doctísimo helenista y entusiasta imitador de los clásicos griegos y latinos. Circunstancias son todas éstas que llevan al espíritu más indeciso la convicción de que los libros han sido escritos por la misma pluma. Y esta convicción se fortalece teniendo en cuenta que *El Crotalón* menciona algunas aventuras minuciosamente referidas en el *Viaje de Tur-*

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 20.
(2) Idem, fol. 26.
(3) Idem, fol. 24.

quía. Así, en el canto décimonoveno recuerda el Gallo haberse visto «en una muy triste y profunda cárcel, donde todos los días y noches aherrojado en grandes prisiones, en lo obscuro y muy hondo de una torre, amarrado de garganta, de manos y pies, pasé en lágrimas y dolor.» Refiere también que había sufrido dos tempestades: una en los mares de Inglaterra, otra en los de Grecia (1). De tales episodios se habla largamente en el *Viaje de Turquía*. Además de esto, hay en *El Crotalón* reminiscencias de los viajes que su autor había hecho por el Oriente. Contando el Gallo á Micilo los sucesos de su vida, cuando antes de ser ave fué clérigo, dice: «Por Dios que estoy bien con la costumbre que tienen los sacerdotes de Grecia, que todos trabajan en particulares oficios, con los cuales ganan de comer para sí y para sus hijos.

Micilo.—¿Pues cómo, y casados son?

El Gallo.—Eso es lo mejor que ellos tienen, porque de allí van mejor dispuestos al altar que los de acá.»

En el *Viaje de Turquía*, uno de los interlocutores es llamado *Juan de Voto á Dios*, y en *El Crotalón* se habla de un personaje de igual nombre, «el cual era un zapatero que estaba en la calle de Amargura en Hierusalén, y que al tiempo que pasaban á Cristo preso por aquella calle, salió dando golpes con una horma sobre el tablero, diciendo: —Vaya, vaya el hijo de María.—Y que Cristo le había contestado:—Yo iré y tú quedarás para siempre jamás, para dar testimonio de mí.»

Cristóbal de Villalón publicó el año 1556 una *Gramática de la lengua castellana*, en cuyo prólogo censura con durísimas palabras la de Nebrija, diciendo que éste había dejado nuestro idioma, «según común opinión, en su pristina barbaridad.»

La misma prevención tiene contra éste el autor del

(1) Canto XIX.

Viaje de Turquía, como se ve por el pasaje siguiente:

«PEDRO.—¿Todavía se lee la Gramática del Antonio?

JUAN.—Pues ¿quál se había de leer? ¿Hay otra cosa mejor en el mundo?

PEDRO.—Agora digo que no me maravillo que todos los españoles sean bárbaros, porque el pecado original de la barbarie que á todos nos ha tenido, es esa arte.

JUAN.—No os salga otra vez de la boca, si no queréis que quantos letrados hay os tengan por hombre extremado y aun necio.

PEDRO.—¿Qué agravio me hará ninguno desos en tenerme por tal como él es? No me tenga por más ruín, que lo demás yo se lo perdono. Entre tanto que está el pobre estudiante tres ó quatro años decorando aquella borrachería de versos, ¿no podrá saber tanto latín como Cicerón? ¿No há menester saber tanto latín como Antonio, qualquiera que entender quisiere su arte? ¿Qué es la causa que para la lengua latina, que bastan dos años, se gastan cinco años y no saben nada sino el arte de Antonio?

JUAN.—Antonio dexó muy buen arte de enseñar, y vosotros dezid lo que quisiéredes, y fué español y hémosle de honrar.

PEDRO.—Ya sabemos que fué español y docto, y es muy bien que cada uno procure de imitarle en saber como él; *mas si yo lo puedo hazer por otro camino mexor que el que él me dexó para ello, ¿por qué no lo haré?*

JUAN.—No le hay mejor.

PEDRO.—Esa os niego y quantas al tono dixéredes. Pregunto: italianos, franceses y alemanes, ¿son mejores latinos que nosotros ó peores?

JUAN.—Mejores.

PEDRO.—¿Son más hábiles que nosotros?

JUAN.—Creo yo que no.

PEDRO.—¿Pues cómo saben más latín sin estudiar el arte del Antonio?

Juan.—¿Cómo sin estudiarle? ¿Pues no aprenden por él la Gramática?

Pedro.—No, ni saben quién es, que tienen otras mil artes muy buenas por donde estudian.

Juan.—¿Qué, no conocen al Antonio en todas esas partes ni deprenden por él? Agora yo callo y me doy por subjetado á la razón. ¿Qué artes tienen?

Pedro.—De Erasmo, de Phelipo Melanthón, del Donato: mirad si supieron más que nuestro Nebrissense. Cinco ó seis pliegos tiene cada una, sin versos ni burlerías, sino todos los nombres que se acaban en tal y tal letra son de tal género, sacando tantos, que no guardan aquella regla, y en un mes saben muy bien todo quanto el Antonio escribió en su arte (1).»

En vista de las razones expuestas, nos parece que se puede afirmar rotundamente ser el autor del *Viaje de Turquía,* el mismo que el de *El Crotalón.* Que este libro haya sido escrito por Cristóbal de Villalón, lo prueba su comparación con *El Escolástico.* Los dos han sido compuestos por un distinguido helenista y amante fervoroso de la literatura clásica, en la cual era versadísimo; su estilo es idéntico; hasta en las cosas más pequeñas se ven rasgos de la misma pluma. Todos conocen aquél tan gracioso como inofensivo *paso* de Lope de Rueda, *El Convidado;* pues bien: el hecho que le sirve de argumento y que parece histórico, es referido en *El Escolástico* casi con las mismas palabras que en *El Crotalón,* atribuyéndose la burla á un estudiante llamado Durango.

En confirmación de lo dicho, copiamos la relación de la burla citada, según se halla en *El Escolástico* y *El Crotalón:*

«Residiendo yo en aquella Universidad [de Alcalá] por estudiar las artes, que mejor allí que en otra parte se practican, estaba allí un estudiante, el qual llamaban Duran-

(1) *Viaje de Turquía,* folios 94 y 95.

go (1), el más artero y más sagaz que yo nunca oy ni ví: era gran dezidor, tocaba con muy graciosa industria á todos con sus donaires y motes, y hazía á sus amigos grandes burlas por dar plazer y porque casi lo tenía por natural. Quiero que por novela me rescibáis una burla notable que hizo á un amigo suyo y compañero de cámara, llamado Guillén, la qual creo que os aplazerá. Acontesció un día que vinieran á Alcalá unos hombres de bien de la tierra de Guillén, y como supieran que residía allí, viniéronle á ver, y después que les ubo dado quenta de su salud, y ellos á él de la patria y parientes, volviéronse á su mesón. Venida la noche, estando cenando Durango y Guillén, dixo Durango:—Por Dios, señor, gran cortedad hazéis con estos hombres de vuestra tierra en no los combidar.—Respondió Guillén:—Ya sabéis vos que el recuero no es venido, y yo no tengo blanca ni vos, y há ocho días que comemos de prestado: si vos sabéis cómo la remediar, yo os lo terné en merced.—Dixo Durango:—Nuestra grande amistad y compañía me obliga á tener vuestra afrenta y nescesidad por propia mía; por tanto, combidadlos esta noche para mañana á comer, que yo lo probeeré.—Pues Guillén, persuadido de sus buenas razones y engañado de sus ofrecimientos, los fué luego á combidar, y ellos aceptaron la comida. El día siguiente por la mañana se levantó Durango, y muy sin cuidado de los combidados se fué á su lición y no vino ni le pudieron hallar hasta que sonó la hora del comer. Como Guillén no le viese venir, estaba el más desesperado hombre del mundo, y ya, como vino, con grande enojo le començó á dezir:—Señor, por Dios, no sé yo por qué os pagáis llevar á todos los hombres por un rasero; no miráis el tiempo ni oportunidad en que os ponéis á burlar de mí; otro tiempo hubiera de ser y no agora: dezidme qué ha-

(1) Probablemente el Dr. Durango, quien refrenda en varias Reales cédulas del Emperador Carlos V.

béis hecho, y si tenéis dineros, remédiese.—Respondió Durango:—Señor, yo los he buscado con la posible diligencia y no los he podido hallar, y de afrentado no he osado venir.—Como él le dixo esto, començó Guillén con gran despecho á blasfemar, diziéndole palabras de mucho enojo; y como ellos estaban así con aquella turbación, dice el moço que los combidados estaban á la puerta, y como Guillén se vió en tanta afrenta, no sabía qué se hazer. Díxole Durango, por dar conclusión á la burla por entero: —Señor, meteos debaxo desta cama y yo cumpliré con ellos lo mexor que yo pueda, y los despediré.—Como Guillén se vió tan apretado de nescesidad, lo hiço ansí, y lançado debaxo de la cama, Durango los mandó subir, á los quales saludó con gran reverencia y preguntóles qué querían y á quién buscaban. Ellos respondieron:—Señor, ¿dónde está Guillén, que nos convidó á comer?—Díxoles Durango:—Señores, por cierto él y yo estamos muy afrentados de lo que ha suscedido, porque venistes á tiempo que no es venido el recuero y ninguno de nosotros tiene blanca ni cornado: él os combidó pensando de hallar dineros entre sus amigos, y no los halló, y de vergüenza, afrontado, por no os ver, quando supo que érades venidos, se lançó debaxo de la cama.—Y diziendo esto, alçó la ropa que colgaba en la delantera y dixo:—Guillén, sal acá: no te afrentes de tan poca cosa, porque no tener dineros no es vileza.—Y nunca le dexó, hasta que con éstas y con otras semejantes palabras le hizo salir; ya vosotros podéis pensar la afrenta que rescibió el pobre Guillén quando salió debajo de la cama delante de los de su tierra: començó, lleno de pajas y descabeñado, á injuriar á su buen amigo, y los de su tierra los pusieron en paz y llevaron á comer á Guillén á su posada, y Durango se fué de la posada por quatro días, hasta que se le quitó el enojo á Guillén y entendimos todos en la amistad (1).

(1) *El Escolástico*, lib. I, cap. IV.

He aquí cómo se refiere el mismo hecho en *El Crotalón:*

«No ay amigos sino para los plazeres, combites, juegos, burlas, donayres y vicios. Pero si se ofrece una necesidad, antes burlarán de vos y os injuriarán que os sacarán della. Como me contavan este día pasado de un Durango, hombre muy agudo y industrioso, que en la Universidad de Alcalá havía hecho una burla á un Hierónimo, su compañero de cámara, que se fió dél ofreciéndose de le sacar de una afrenta y metióle en mayor; y fué que siendo ambos compañeros de cámara y letras, sucedió que un día vinieron á visitar á Hierónimo unos parientes suyos de su tierra, y fué á tiempo que el pobre mancebo no tenía dineros, como acontece muchas vezes á los estudiantes, principalmente si son pasados algunos días que no les vino el recuero que les suele traer la provisión. Y porque los quisiera combidar en su posada, estaba el más afrontado y triste hombre del mundo. Y como Durango su compañero le preguntó la causa de su aflición, como doliéndose de ella, él le començó á consolar y esforçar, prometiéndole el remedio, y ansí le dixo:—No te aflixas, Hierónimo, por eso; antes ve esta noche al mesón y combídalos que vengan mañana á comer contigo, que yo proveeré de los dineros necesarios entre mis amigos;—y el buen Hierónimo, confiándose de la palabra de su compañero, hizo lo que le mandó, y ansí los huéspedes aceptaron, y el día siguiente se levantó Durango sin algún cuidado de lo prometido á Hierónimo, y se fué á su leción y no volvió á la posada hasta medio día, donde halló renegando á Hierónimo por el descuydo que havía tenido, y él no respondió otra cosa sino que no havía podido hallar dineros entre todos sus amigos, que él havía hecho todo su poder; y estando ellos en esta porfía, llamaron á la puerta los combidados, de lo qual recibió Hierónimo gran turbación, buscando donde poder huir aquella afrenta, y luego acudió Durango por

dar conclusión á la burla por entero, diziéndole que se lanzase debajo de una cama que estaba allí, y que él los despediría lo mejor que pudiese cumpliendo con su honra, y ansí, con la turbación que Hierónimo tenía, le obedeció, y los huéspedes subieron preguntando por Hierónimo, á los quales Durango respondió:—Señores, él deseó mucho combidaros á comer, aunque no tenía dineros, pensando hallarlos en sus amigos; y haviéndolos buscado, como no los halló, de pura vergüença se ha lançado debajo de esta cama por no os ver; y ansí diciendo esto, se llegó para la cama, alçando la ropa que colgaba, y començó á importunar con grandes voces á Hierónimo que saliese, y el pobre salió con la mayor afrenta que nunca hombre recibió, lleno de pajas, flueco, heno, pluma y tierra; y como fuese la risa de todos tan grande, quiso de afrenta matar á Durango, si no le huyera. Por lo cual, los huéspedes le llevaron consigo á su mesón, y embiaron luego por de comer para todos y trabajaron por le sosegar quanto pudieron (1).»

Como se ve, ambas relaciones son de la misma pluma, y aunque en la primera el estudiante burlado es llamado Guillén, y en la segunda Jerónimo, esto mismo confirma nuestra opinión, pues los dos figuran como interlocutores en la *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*, estando, sin duda, unidos con Villalón por los vínculos de la amistad.

Hay otra razón algo atendible en pro de nuestra tesis, y es que los dos manuscritos conocidos de *El Crotalón*, que son el del Sr. Gayangos y el de la Biblioteca Nacional, antes del Marqués de la Romana, están escritos por la misma mano que *El Escolástico*, y aunque no son autógrafos, parecen copias hechas bajo la dirección del autor, pues nadie sino éste se hubiera atrevido á suprimir y cambiar párrafos enteros.

(1) *El Crotalón*, canto X.

El uso del diálogo, la introducción en éste de personajes mitológicos y de animales, la intención satírica y cierto desenfado en la expresión que vemos en el peregrino libro de Francisco de Sosa, *Endecálogo contra Antoniana Margarita,* pudieran inducir á considerar como escritos por la misma pluma *El Crotalón* y el *Viaje de Turquía;* pero basta un ligero estudio para destruir tal sospecha. Nada vemos en el *Endecálogo* de las imitaciones é influencias erasmianas, tan frecuentes en las últimas obras; sus censuras no son tan acres, y los recuerdos biográficos que de su autor conocemos no concuerdan en modo alguno con los contenidos en *El Crotalón* y el *Viaje de Turquía* (1).

III

Una sospecha pudiera ocurrir, y es la de que el *Viaje de Turquía* fuera tan sólo una especie de novela dialogada, sin fundamento alguno en la realidad. A esto se opone lo que su autor expone en la dedicatoria, «Al muy alto y muy poderoso católico y cristianísimo señor don Felipe, Rey de España, Inglaterra y Nápoles:»

«He querido pintar al vivo en este comentario, á manera de diálogo, á Vuestra Majestad, el poder, vida, origen y costumbres de su enemigo y la vida que los tristes

(1) *Endecálogo contra | Antoniana Margarita en el qual se | tratan muchas y muy delica | das razones y autoridades: | con que se prueua que los | brutos sienten y por si | se mueuen. Tratanse | ansi mismo algunas | sabrosas histo | rias dignas | de ser ley | das | Dirigido al muy magni | fico cauallero Diego | de Ribera. | Con licencia impresso | En Medina del Campo, por | Matheo del Canto. | Año* 1556. (8.°, letra gót., 50 hojas sin foliar.)

cautivos pasan, para que conforme á ello, siga su buen propósito. Para lo cual ninguna cosa me ha dado tanto ánimo como ver que muchos han tomado el trabajo de escribirlo, y son como los pintores que pintan á los ángeles con plumas, y á Dios Padre con barba larga, y á San Miguel con arnés á la marquesota, y al diablo con pies de cabra, no dando á su escriptura más autoridad del diz que, y que oyeron decir á uno que venía de allá. Y como hablan de oídas las cosas dignas de consideración, unas se las pasan por alto, otras dejan como casos reservados al Papa..... Dos años enteros, después de las prisiones, estuve en Constantinopla, en los cuales entraba, como es costumbre de los médicos, en todas las partes donde á ningún otro es lícito entrar, y con saber las lenguas todas que en aquellas partes se hablan y ser mi habitación en las cámaras de los mayores príncipes de aquella tierra, ninguna cosa se me ascondía de cuanto pasaba (1).»

Además de esto, el profundo conocimiento que Cristóbal de Villalón muestra de la lengua y literatura turcas, cosa que no era fácil aprender en España durante el siglo XVI, y la exacta descripción de las costumbres del Oriente, tanto musulmán como cristiano, nos persuaden de la veracidad de tan peregrino libro. No pretendemos, sin embargo, afirmar con esto que sea cierto cuanto en él se refiere; quizá el amor propio del autor le llevara á exagerar algo sus aventuras; pero, en general, debe ser considerado como una autobiografía digna de crédito.

(1) *Viaje de Turquía*, folios 1 y 2.

IV

Es muy probable que naciera Cristóbal de Villalón en el pueblo de su nombre ó en el de Valbuena del Duero, á principios del siglo XVI, y no en Valladolid, como algunos creen. Apoyamos tal aserción, en que él mismo nos dice que su madre vivía diez leguas de Valladolid, distancia que separa la antigua capital del reino de las villas mencionadas, y además, en lo frecuentes que eran durante el siglo XVI los apellidos patronímicos. Parece que era de familia humilde; su madre ejercía el oficio de partera; de su padre nada sabemos; tuvo cuatro hermanos.

No cabe duda alguna de que estudió en la Universidad de Alcalá, pues cuenta en el *Viaje de Turquía* que, disputando con un médico judío, dijo «ciertos versos griegos que en Alcalá había deprendido de Homero.» Hace también mención en otro lugar de sus excursiones á los pueblos inmediatos de la antigua Cómpluto. «¿No os acordáis—pregunta á sus interlocutores—cuando fuimos á Santorcaz á holgarnos con el cura?» Allí se entregó con entusiasmo y sin igual vocación al estudio de los clásicos, y principalmente de los griegos; de la lengua de éstos adquirió no vulgares conocimientos, que luego completó en sus viajes por el Oriente.

Su carácter, mordaz y satírico, desprovisto por completo de preocupaciones y algo licencioso, se debía manifestar en la conversación y vida, como después en sus escritos. En el *Viaje de Turquía* le dice uno de sus antiguos camaradas: «Venistes tan trocado, que dubdo si sois vos; dos horas más há que estamos hablando, y no se os ha soltado una palabra de las que solíais, sino todo sentencias

llenas de religión y temor de Dios;» á lo cual replica Cristóbal de Villalón: «Parescióme que valía más la enmienda tarde que nunca, y esa fué la causa por que me determiné á dejar la ociosa y mala vida, de la cual Dios me ha castigado con un tan grande azote (1).»

Más adelante escribe: «Me quieren todos mal porque digo las verdades; estamos en una hera que en diciendo uno una cosa bien dicha ó una verdad, luego le dizen que es satírico, que es mal diciente, que es mal christiano: si dize que quiere más oir una misa reçada que cantada, por no parlar en la iglesia, todo el mundo á una voz le tiene por ereje que deja de ir el domingo sobre sus finados á oir la misa mayor y tomar la paz y el pan bendito (2).»

Puede afirmarse con bastante probabilidad que no fué militar, pues en el *Viaje de Turquía*, donde tantos pormenores de su vida consigna, no se halla el menor recuerdo de tal profesión; tampoco fué clérigo, aunque tenía el grado de Licenciado en Teología (3).

Consta que residió en Salamanca, pues él mismo escribe:

«En el año del Señor de mil y quinientos y veynticinco yo me hallé en esta bienaventurada Universidad, trabajando en mi estudio por coger della aquel fruto que suele distribuir (4).»

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 19.

(2) Idem, fol. 90.

(3) Sólo en un pasaje parece indicar que había ejercido la milicia. Hablando de la rapacidad de los capitanes escribe: «Yo os lo diré, como quien ha pasado por ello: cada capitán tiene de tener tantos soldados, y para tantos se le da la paga; pongamos por caso trescientos: él tiene doscientos, y para el día de la reseña busca ciento de otras compañías ó de los oficiales del pueblo, y dales el quinto como al Rey y tómales lo demás.» *Viaje de Turquía*, fol. 26.

(4) *El Escolástico*, lib. I, cap. II.

Allí, como deducimos de *El Escolástico*, dedicóse á la enseñanza, acaso en el Colegio Trilingüe, y conoció á Hernán Pérez de Oliva y otros varones distinguidos por su saber y posición social, á los cuales introduce como interlocutores en la obra mencionada. No es fácil concretar el tiempo que vivió en la Atenas española; pero debió ser entre los años 1525 á 1538, pues ya en 1539 residía en Valladolid; así consta de la *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*.

En la dedicatoria del *Tratado de cambios* se reconoce *antiguo servidor y criado* de D. Francés de Navarra, elegido Rector de la Universidad salmantina en el año 1528 (1); en la *Ingeniosa comparación* declara haber sido *familiar* de D. Alonso de Virués, Obispo de Canarias.

Que viajó bastante por Italia, lo dice él mismo en varios lugares del *Viaje de Turquía:* es probable que acompañase á D. Francisco de Bobadilla, Gobernador de Sena, Maestrescuela que fué de la Iglesia Catedral de Salamanca en el año 1528. El hecho es que antes del año 1552 había estado en Palermo, Trápani, Nápoles, isla de Ca-

(1) Descendía D. Francisco de Navarra, al decir de Gil González Dávila, de los reyes de aquella nación. Fué discípulo del célebre Martín Navarro Azpilcueta, á quien dió una canongía en Roncesvalles; gracias á él, éste explicó en la Universidad de Salamanca y entró más adelante al servicio de los Reyes de Portugal. Azpilcueta le dedicó su libro de *Penitencia*. D. Francisco de Navarra fué nombrado Obispo de Ciudad-Rodrigo hacia el año 1540, y de Badajoz en 1555. Hallóse en el Concilio de Trento, sesiones 5.ª, 6.ª, 8.ª y 9.ª En el año 1556, Felipe II le propuso para la Sede metropolitana de Valencia, donde sucedió á Santo Tomás de Villanueva. Murió á 16 de Abril de 1563, en Torrente, pueblo de su diócesis. Gams (*Series episcoporum*) dice que fué Obispo de Ciudad-Rodrigo desde 1546 á 1556.

pri, Milán, Roma, Venecia, Lyon y París (1). De la isla de Capri escribe lo siguiente:

«Tres leguas de Nápoles hay una isla pequeña que se dice Capri, y el Obispo della no tiene de otra cosa quinientos escudos de renta, sino del diezmo de las codornices que se toman al ir y al venir, y no solamente he estado yo allí, pero que las he cazado, y el Obispo mesmo es mi amigo (2).»

También asegura que había visto en Pozuoli la cueva de la Sibila Cumana, el monte Miseno y la laguna Estigia. En otro lugar dice que había «andado la tercera parte del mundo (3).»

Parece que después estuvo algún tiempo en Flandes; de este país hallamos en *El Crotalón* no pocas reminiscencias (4).

V

Ardía la guerra entre el Emperador Carlos V y los protestantes de Alemania, auxiliados por el Rey de Francia. Este, que no omitía medio alguno de alcanzar la victoria, siquiera fuese una alianza con los infieles, envió un Em-

(1) *Viaje de Turquía*, fols. 92 y 137.

(2) Idem, fol. 85.

Era Obispo entonces de Capri D. Alonso Cabrera, quien gobernó la iglesia de aquella isla desde el año 1551 á 1555. En su tiempo unióse á este obispado la isla Dragonaria.

(3) *Viaje de Turquía*, folios 91 y 124.

(4) Hizo un viaje á Inglaterra en fecha que ignoramos, y durante el cual sufrió una formidable tempestad; dos veces habla en *El Crotalón* de ésta y de otra que padeció en los mares de Grecia: la verdad de la segunda se halla probada por el *Viaje de Turquía;* el modo con que habla de la primera indica manifiestamente que se trata de un hecho real.

bajador á Solimán II, ofreciendo poner 20.000 hombres en Nápoles si le auxiliaba con la escuadra que mandaba Sinán Bajá (1), el conquistador de Trípoli. Accedió á ello el turco, y ordenó á su almirante que con 106 galeras partiera de Gallípoli y abriese los pliegos que llevaba al pasar por la Morea. A principios del año 1552 desembarcó en Ríjoles y lo incendió; llegó después á Nápoles, mas no se atrevió á saltar en tierra. Supo entonces que Andrea Doria, quien había ido á Génova desde Málaga conduciendo algunas tropas, se dirigía á Nápoles, llevando 2.000 soldados tudescos que guarnecieran esta ciudad, y se apostó con 150 velas en las islas de Ponza, á fin de sorprender la armada cristiana, que constaba solamente de 39 gale-

(1) Varios Bajás de este nombre hubo en Turquía durante el siglo XVI y comienzos del XVII. Algunos escritores hablan de ellos sin distinguirlos, por lo cual incurren en bastantes inexactitudes al atribuir los hechos de uno á otro. El Sinán de que nos ocupamos es, á nuestro juicio, el mismo que en el año 1514 estuvo con Selim I en la guerra contra el Egipto, y en el de 1515 conquistó la Aladulia, provincia situada en las fronteras de Persia, y distinto del que se apoderó de la Goleta en 1574, y murió el año 1596. Otro Sinán Bajá hubo á principios del siglo XVII: era Bey en Chipre, y fué derrotado y hecho prisionero por D. Octavio de Aragón en 1613.

Cf. *L'Histoire de la decadence de l'Empire Grec et establissement de celuy des Turc par Chalcondyle Athenien. Avec la continuation de la mesme histoire depuis la ruine du Peloponese jusqu'a l'an MDCXII: Paris, Chez Sebastien Cranoisy*, MDCXIII; 2 vols. en fol.

El segundo tomo contiene además:

Les annales des Sultans ou grands Seigneurs des Turcs. Traduites de la version latine de Jean Leunclavius.

Acerca de Sinán Bajá Cicala se ha publicado recientemente un notable estudio en *La Civiltá Cattolica,* con el título de *Clemente VIII e Sinán Bassá Cicala secondo documenti inediti.*

ras. Siguió en esto los consejos del corsario Dragut, quien aseguraba que habían de pasar por allí, sin duda alguna, las naves de Andrea Doria. Sospechando éste los propósitos de Sinán, juntó en consejo á D. Juan de Mendoza, que mandaba las galeras españolas, y á Marcos Centurión, resolviendo los tres unánimemente no aproximarse á las islas de Ponza. Fuera culpa ó descuido de los pilotos, el hecho es que la noche del 4 de Agosto llegaron cerca de ellas, y como había luna fueron vistos por los turcos, que salieron á su encuentro. Viendo Andrea Doria la inferioridad de sus fuerzas, dispuso retirarse en buen orden; mas yendo los enemigos á su alcance, apresaron aquella noche dos galeras y á la mañana siguiente otras cinco (1). Al decir de Cristóbal de Villalón, se hubieran salvado todas las naves cristianas á no ser por la cobardía de los capitanes, quienes no se atrevían á castigar la chusma para que remase con fuerza, temerosos de la venganza de sus contrarios si caían en sus manos, por componerse aquélla casi exclusivamente de cautivos moros y turcos (2).

(1) Carlos Sigonio, *Vida de Andrea Doria*. Panzano Ibáñez, *Anales de Aragón desde* 1540 *á* 1588, pág. 437. Vicente Rocca, *Hystoria en la qual se trata de la origen y guerras que han tenido los Turcos desde su comienço hasta nuestros tiempos,* fols. cxx y siguientes. Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical*, lib. VI, pág. 299. Lo que éstos escriben está en armonía con lo que se refiere en el *Viaje de Turquía* acerca de este suceso.

(2) Lo mismo afirma Carlos Sigonio en la obra citada, cuando dice: «I Turchi dalla meza notte sino alle dicesette hore del seguente giorno habendo seguitato gagliardamente la caccia pigliarono alla fine sette galere Christiane le quali per non habere bone ciusme non si erano valute molto del remo.»

Las galeras apresadas fueron la *Marquesa*, la *Bárbara*, de Nápoles; la *Leona*, de Nápoles; la *Leona*, de Antonio Doria; la *Perra*, la *Doria*, la *Esperanza* y la *Bárbara*, de España; ésta luchó con otra de Dragut, pero al fin hubo de rendirse.

En una de las galeras apresadas iba Cristóbal de Villalón, que fué hecho prisionero con un considerable número de soldados.

Empezaron los turcos á ejercer con éstos terribles crueldades: empalaron á uno y cortaron á otro brazos y orejas, para que, divulgada la noticia, se guardasen los cristianos de oprimir á los sectarios de Mahoma. Quitaron después á todos los cautivos las ropas que vestían, y cebaron en ellos su coraje dándoles hartos golpes. El capitán de la galera donde fué llevado Cristóbal de Villalón, que se llamaba Sactán Mustafá, ordenó que les fueran puestas cadenas, y como éstas escaseaban, fueron sujetos dos en cada una de ellas.

Acercóse á Cristóbal de Villalón un cautivo, que lo era hacía muchos años, y le aconsejó que si sabía algún oficio lo manifestara á su tiempo, pues de este modo sería más considerado. Entonces el español preguntó al improvisado amigo qué profesiones eran más estimadas, y como respondiera que la de médico, con una audacia pasmosa resolvió hacerse pasar por tal; escuchemos cómo él mismo relata este episodio:

«Como yo ví que ninguno sabía, ni nunca acá le deprendí, ni mis padres lo procuraron, imaginé cuál de aquéllos podía yo fingir para ser bien tratado y que no me pudiesen tomar en mentira, y acordé, que pues no sabía ninguno, lo mejor era decir que era médico, pues todos los errores había de cubrir la tierra y las culpas de los muertos se habían de echar á Dios, y con aquella poca de lógica que había estudiado, podría entender algún libro por donde curase ó matase (1).»

Fueron llevados los cautivos delante de Sinán Bajá; á todos se les preguntaba por su oficio: los que ninguno tenían eran destinados al remo, y los demás clasificados por

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 22.

sus profesiones. Al llegar el turno á Cristóbal de Villalón, éste respondió con entereza que era médico, y como le replicaran que en tal caso se atrevería á curar los heridos, contestó que no, porque solamente era «médico de orina y pulso.»

Quiso su fortuna que un renegado genovés, por nombre Darmux, que se hallaba presente y era arráez, dijera que los tales médicos eran de suma utilidad é importancia, como también el que no hubiera en aquella galera ningún médico judío que pudiera examinarlo.

Solían los generales turcos apropiarse los cautivos que más valían, dejando los ineptos para el Sultán, á quien correspondía la quinta parte. Sinán Bajá escogió para sí á Cristóbal de Villalón, á quien la profesión que alegaba tener no libró de empuñar el remo; y como no tenía de esto práctica alguna, recibió sendos latigazos que dejaron por mucho tiempo en sus espaldas grandes señales, hasta que hecha patente su inutilidad para tan penoso oficio, fué sustituído por otro más robusto y experto. Aunque su situación había con esto mejorado, era todavía bastante penosa; dormía sobre un pequeño banco al cual estaba amarrado, teniendo «por cortina todo el cielo de la luna y por frazada el aire;» devoraban su cuerpo insectos asquerosos, y sufría los más crueles tratamientos por fútiles motivos. Viendo en cierta ocasión que unos turcos cerraban las cartas con un sello, tomó éste para examinarlo, y como se le cayera al mar, fué azotado en castigo de una manera despiadada. A más de esto, era aborrecido por los otros cautivos, que imaginaban se le hacía una injusta distinción al eximirle del remo.

En medio de tantas aflicciones, no olvidaba aprender lo que había de labrar su fortuna.

«Vínome á la mano un buen libro de Medicina, con el cual me vino Dios á ver, porque aquél contenía todas las curas del cuerpo humano y nunca hacía sino leer en él, y

por aquél comencé á curar unos cautivos que cayeron junto á mí enfermos, y salíame bien lo que me experimentaba; y como yo tengo buena memoria, tomélo todo de coro en poco tiempo, y cuando después me ví entre médicos, como les decía de aquellos textos, pensaban que sabía mucho: en tres meses cuasi supe todo el oficio de médico (1).»

En el tiempo que esto hacía lleváronle un turco enfermo, cuya curación había prometido un barbero portugués que hacía de médico en aquella galera. Cristóbal de Villalón aseguró que el soldado moriría seguramente y pronto, como en efecto aconteció, y entonces fué revestido del cargo que el portugués tenía, quien, procediendo hidalgamente, le dió algunos consejos para el mejor cumplimiento de su nuevo oficio.

Dirigióse la armada turca desde Santa Maura á Lepanto y Patrás, donde permaneció veinte días, los suficientes para que las naves fuesen despalmadas; de allí á Puertoleón, cerca de Atenas, y después, tocando en Negroponto, encaminóse á Constantinopla, donde se le preparaba un entusiasta recibimiento por las muchas presas que había hecho.

He aquí la descripción que de éste hace Cristóbal de Villalón:

«Salió el Gran Turco á un mirador sobre la mar, porque bate en su palacio, y comenzaron de poner en cada galera muchos estandartes, en cada banco el suyo; en lo más alto las banderas de Mahoma y debajo della los pendones que nos habían tomado, puestos los crucifijos y imágenes de Nuestra Señora que venían dibujados en ellos las piernas hacia arriba, y la canalla toda de los turcos, tirándoles con los arcos muchas saetas; luego las banderas del Gran Turco y debajo dellas también las del Emperador y el Príncipe Doria hacia bajo, al rebés puestas. Luego comen-

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 27.

zaron de hacer la salva de artillería más soberbia que en la mar jamás se pudo ver, donde estaban ciento y cincuenta galeras con algunas de Francia y más de otras trescientas naves entre chicas y grandes que se estaban en el puerto y nos saludaban; cada galera soltaba tres tiros y tornaba presto á cargar; duró la salva una hora, y metímonos en el puerto y desarmamos nuestras galeras.»

VI

Como Cristóbal de Villalón era esclavo de Sinán Bajá, fué llevado al arrabal de Pera, donde tenía dicho General más de setecientos cautivos en una torre. De éstos, los que eran herreros, carpinteros ó aserradores, eran enviados á trabajar en la construcción de naves y otras obras que hacía el Gran Turco; los demás, llamados *ergates* (1), á cavar las huertas y jardines. Sinán cobraba el salario de todos, y lo que gastaba con ellos era muy poco; de modo que ganaba más de treinta escudos diarios, siendo, por consiguiente, para él los cautivos una rica mina (2).

Según era costumbre, fueron clasificados por oficios los cristianos que habían llegado últimamente; entre ellos había siete médicos y barberos, que fueron puestos á las ór-

(1) De εργατης, ου, operario.

(2) Para que se forme idea del número considerable de cautivos que gemían en poder de los turcos, veamos los que fueron llevados á Constantinopla mientras residió en esta ciudad Cristóbal de Villalón:

De Lipari, 9.000; de las islas de Gozo, 6.000; de Trípoli, 2.000; de la Alicata, 3.000; de las islas de Ponza, 3.000. (*Viaje de Turquía*, fol. 61.)

denes de un cirujano ya de edad, «hombre de bien y cudicioso de ganar dineros.»

Como la mayor parte de los nuevos cautivos no estaba acostumbrada á tan duro género de vida, muchos enfermaban de melancolía, y de tal manera que llegaban á morir. Por ser la torre habitación estrecha para tantos, sacaban los enfermos á una caballeriza, y á fin de que ninguno pudiera evadirse engarzaban á todos en una delgada cadena como si fueran cuentas de rosario. Cupo también á Cristóbal de Villalón tan malhadada suerte.

«Estábamos—dice—como sardinas en cesto, pegados unos con otros: no puedo decir sin lágrimas que una noche, estando muy malo, estaba en medio de otros dos peores que yo y en menos espacio de tres pies todos y ensartados con ellos, y quiso Dios que entrambos se murieron en anocheciendo, y yo estuve con mi mal toda la noche, cuan larga era, que el mes era de Noviembre, entre dos muertos, y que no me podía revolver sino cayendo sobre uno de ellos (1).»

Poco á poco fué mejorando, y á pesar de los malos alimentos que le daban en la convalecencia, se repuso después de algún tiempo, durante el cual socorrióle no poco un hidalgo de Arévalo, cuyo nombre ignoramos, cautivo hacía más de quince años.

Solía el cirujano de que hemos hablado salir por la ciudad á visitar su clientela, y con este motivo, para tener más tiempo libre, pensó elegir un sustituto en la torre de los cautivos para que curase á éstos; parecióle bien á tal propósito Cristóbal de Villalón, á quien llevó á la enfermería para ver hasta dónde llegaba su ciencia, y, como quedara satisfecho, le ordenó que mientras él ausentase le reemplazara. Donosamente refiere Cristóbal de Villalón el plan que siguió en su nuevo cargo.

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 30.

«Como conoscí que aquél sabía poco ó nada y morían tantos, hice al revés todo lo que él hacía, y comienzo á sangrar liberalmente y purgar poco, y quiere Dios que no murió nadie en toda una semana, por lo cual yo ví ciertamente al ojo que no hay en el mundo mejor medicina que lo contrario del ruín médico y lo he probado muchas veces (1).»

Favorecido de este modo por la suerte, fué autorizado para comprar medicinas para los enfermos, quienes hasta entonces habían carecido de ellas, á lo cual accedió el mayordomo de Sinán Bajá, ante el argumento de que siendo por término medio el valor de cada cautivo setenta escudos, con el de uno solamente que se librara de la muerte había para pagar las de todos.

Con tal presteza ejerció su nueva profesión, que en adelante murieron muy pocos cristianos, cuando antes fallecían diez y doce al día. Algunos turcos lo llamaron en sus enfermedades, y á poco tiempo le era permitido ir á las casas de éstos con toda libertad, si bien llevando pendiente una cadena de seis eslabones.

Él se reía de aquellos médicos de Constantinopla, «con las chinelas y bonetes de damasco y mangas de terciopelo raso pegadas al sayo, tomando morcillas, y todo si les daban, en unos caballazos de á tres varas de pescuezo (2).»

Un suceso de capital importancia para su porvenir tuvo lugar entonces. He aquí cómo lo refiere:

«Cinán Bajá, mi patrón, tenía una enfermedad que se llama asma, dos años había, el cual no había dejado médico que no probase, y á la sazón estaba puesto en manos de aquel cirujano viejo que le daba muy poco remedio y los accidentes crescían; dijéronle que tenía un cristiano español médico, que por qué no le probaba; luego me envió

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 31.
(2) Idem, fol. 49.

á llamar y andaba siempre con mi cadena al pie de seis eslabones rodeada á la pierna. Cuando llegué á donde él estaba, hice aquel acatamiento que acá hiciera á un Príncipe, llamándole siempre de Excelencia, y cuando le llegué á tomar el pulso, hinquéme de rodillas y beséle el pie y tras él la mano, y mirando el pulso torné á besarle la mano y retiréme atrás (1).

»Fuí prestó á la botica y tomé unos jarabes apropiados en un muy galán vidrio veneciano, y llevéselos con aquella solemnidad que á tal Príncipe se debía, y holgóse en verlos tan bien puestos, y preguntóme cómo los había de tomar; mandé que me trajesen una cuchara; tomé tres cucharadas grandes y comímelas delante dél y dije:—Señor: ansina;—luego él tomó su cuchara y comenzó á comer, dando gracias á Dios de que le hubiese dado un hombre á su propósito (2).»

Agradecido Sinán, premió á Cristóbal de Villalón dándole una túnica de paño morado y otra ropa talar de color azul que los turcos llevaban sobre la anterior, ordenándole se quitara el sayal que vestía; y como con el plan curativo del médico español experimentase no leve mejoría, cobró á éste un profundo afecto. Los médicos judíos que asistían al Bajá sentían una rabiosa envidia y grandes celos de que su competidor llegara á ser el favorito de éste. A fin de hacerle perder la fama que tenía, uno de ellos, provisto de un sendo libro de Medicina en lengua hebráica, le retó á disputar ante Sinán; el español tenía otro libro pequeño de la misma materia. Empezada la polémica, alegaba cada uno su texto como si fuera sagrado; quiso el judío refutar el plan de su rival por haber sangrado al Bajá, sentando como principio indiscutible que ningún hombre tenía más de diez y ocho libras de sangre; poco trabajo

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 34.
(2) Idem, fol. 35.

costó á Cristóbal de Villalón refutar las aserciones de su adversario, y Sinán, que por medio de un intérprete se enteraba de la disputa, se regocijó no poco al ver que el judío, confuso, era completamente derrotado.

Siguió el cautivo español curando al Bajá, y con tal acierto, que no volvió á padecer de asma en dos años. Como éste comenzó á notar tan grande alivio, hizo á Cristóbal de Villalón prometer como buen español que no huiría de Constantinopla ni haría traición alguna, y acto continuo entró el herrero y le quitó la cadena de seis eslabones que llevaba.

VII

Iba la fortuna mitigando sus rigores para el improvisado médico, cuando de nuevo volvió á caer en la desgracia. Su talento y presencia de ánimo habían encantado á Sinán, quien formó el propósito de convertirlo al islamismo y le manifestó estos deseos, prometiéndole que con su protección llegaría á ser protomédico del Gran Turco. Cristóbal de Villalón, que en el fondo era hombre de firmes y arraigadas convicciones, se negó en absoluto á complacer á su dueño. Con tal motivo, las relaciones entre ambos se enfriaron durante algún tiempo.

Había proyectado Solimán II edificar una espléndida mezquita, en cuya construcción entrarían los mármoles más finos, y como éstos abundaban, ya tallados, en las ruínas de Nicomedia, fué encargado Sinán de ir con diez galeras á traer los que fuesen útiles. En este viaje llevó consigo á Cristóbal de Villalón. Una vez llegados al lugar mencionado, plantaron las tiendas, y mientras se buscaban y ponían en los buques las piedras, se recreaba nuestro com-

patriota, muy á gusto de su amo, en recoger cuantas plantas raras ó provechosas hallaba; como un día saliesen juntos al campo para darse á tal recreo, el Bajá conminó de nuevo á su esclavo que se hiciera musulmán; negóse éste rotundamente, y como llegaran donde estaban un renegado valenciano llamado Amuzabai, el arráez Darmux y un verdugo, Sinán dijo á éste: *Baxi chiez*, esto es, *córtale la cabeza*. Amuzabai y Darmux se arrojaron á los pies del Bajá y consiguieron de su ánimo irritado que revocase la orden que había dado. Al ver la constancia de Cristóbal de Villalón, su amo quiso humillarle, á ver si de este modo se daba por vencido. Tenía resuelto edificar un inmenso palacio rodeado de jardines en los solares de muchas casas que había comprado y demolido; más de mil quinientos obreros trabajaban en estas construcciones, que se acabaron en el breve plazo de seis meses. Cristóbal de Villalón, á quien de nuevo se le puso la cadena, fué destinado á trabajar en ellas. Como iba mejor vestido que los demás operarios, era objeto de la risa y escarnio de todos, se le encomendaban los oficios más penosos y era duramente tratado por los sobrestantes. Entonces cayó enfermo, atacado de una peste que se había propagado, y estuvo cincuenta días «sobre un pellejo de carnero que por grande limosna había alcançado.»

Pronto salió de vida tan miserable. La mujer de Rustán Bajá (1), que era hija del Sultán, enfermó gravemente, y co-

(1) Llamábase Chameria ó Camena; era hija de Solimán II y de la célebre Roxelana, quien llegó de tal modo á dominar al Sultán, que le hizo matar á su hijo Mustafá, habido en otra mujer, de lo cual se siguieron no pocos disturbios. Fueron hermanos de Camena, Mahomet, Bayaceto, Selim, que sucedió en el trono, y Giangir ó Zeanger.

Cf. *L'Histoire de la decadence de l'Empire Grec et establissement de celuy des Turcs par Chalcondyle Athenien. Avec la continuation*

mo los médicos turcos y judíos en nada acertaran, Sinán se acordó de Cristóbal de Villalón, á quien debía la salud que gozaba. Envióle á llamar, y díjole que procurase terminar bien el asunto que pensaba encomendarle, pues iban en ello su felicidad y porvenir. Expuesto el caso, aceptó el español con gran regocijo; mas pretendiendo Sinán que medicinara á la Princesa sin verla, se opuso á esto, alegando que de esta manera el error sería inevitable, en vista de lo cual se rogó á la egregia enferma que diera su consentimiento para que el médico español la visitara.

«Llegó licencia de la Sultana que la fuese á ver, y fuimos su marido y yo al palacio donde ella estaba con toda la solemnidad que á tal persona se requería, y llegué á su cama, en donde, como tengo dicho, son tan celosos, que ninguna otra cosa ví sino una mano sacada, y á ella le habían echado un paño de tela de oro por encima que la cubría toda la cabeza; mandáronme hincar de rodillas, y no osé besarle la mano por el celo del marido, el cual, cuando hube mirado el pulso, me daba gran prisa que bastaba y que nos saliésemos; á toda esta prisa yo resistía, por ver si podría hablarla ó verla, y sin esperar que el intérprete hablase, que ya yo barbullaba un poco la lengua, díjele:—*Obir el vera soltana; deme vuestra Alteza la otra mano;*—al meter de aquélla y sacar de la otra, descubrió tantico el paño para mirarme sin que yo la viese, y visto el otro, el marido se levantó y dijo:—Acabamos, que aun la una mano bastaba;—yo, muy sosegado, tanto por verla como por lo demás, dije:—*Dilinchica soltana, vuestra Alteza me muestre la lengua;*—ella, que de muy mala gana estaba tapada, y aun creo que tenía voluntad de hablarme, arrojó el paño casi enojada, y dijo:—*Ne exium, chafir deila; ¿qué*

de la mesme histoire depuis la ruine du Peloponese jusqu'a l'an MDCXII: Paris, Chez Sebastien Cranoisy, MDCLXIII. Libro XIV, cap. XLVI.

se me da á mí no ser pagano?—de los cuales no tanto se guardan, y descubrió toda la cabeza y brazos algo congojada, y mostróme la lengua, y el marido, conosciendo su voluntad, no me dió más prisa, sino dejóme interrogar cuanto quise y fué menester para saber el origen de su enfermedad, el cual había sido de mal parir de un enojo, y no la habían osado los médicos sangrar (1).»

Volvió otras veces Cristóbal de Villalón y propuso sangrar á la Princesa, á lo cual ésta se opuso tenazmente siguiendo el parecer de los turcos, que aborrecían las sangrías. Con este motivo demostró una vez más nuestro médico su ánimo atrevido: resolvió ejecutar lo que había pensado contra la voluntad de la enferma. «Como ví la calentura continua y la grande necesidad de sangrar que había, determiné usar de maña, y díjele:—Señora, entre sangrar y no sangrar hay medio: necesidad hay de sangría; mas pues Vuestra Alteza no quiere, será bien que atemos el pie y le meta en un bacín de agua muy caliente para que llame la sangre abajo, y esto bastará;—y holgó de ello, para lo cual mandé venir un barbero viejo y díjele lo que había de hacer y tuviese muy á punto una lanceta para cuando yo le hiciese del ojo picase; todo vino bien, y ella, descuidada de la traición, cuando ví que parescía bien la vena, asíle el pie con la mano y el barbero hirió diestramente; dió un grande grito, diciendo:—*Perro, ¿qué has hecho, que soy muerta?*—Consoléla con decir:—*No es más la sangría esto, ni hay de temer: si vuestra Alteza quiere que no sea, tornaremos á cerrar;*—dijo:—*Ya pues que es hecho, veamos en qué para, que ansí como ansí te tengo de hacer cortar la cabeza.*—Sintió mucho alivio aquella noche, y otro día, cuando me contó la mejoría, abríle las nuevas diciendo cómo del otro pie se había de sacar otra tanta: por tanto, prestase paciencia, lo cual aceptó de buena voluntad y mejoró otro pedazo.»

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 44.

Dióle después Cristóbal de Villalón un jarabe llamado *Rosado de nueve infusiones*, y con todo esto, la enferma, libre ya de calentura, reposó durante la noche. Cuando volvió á visitarla al día siguiente, refiere éste: «Antes de que yo llegase, sacó el brazo y alzó el dedo pulgar á la francesa, que es el mayor favor que pueden dar, y díjome:—*A ferum hequim baja; buen viaje hagas, cabeza de médicos*,—y llegó un negro eunucho que la guarda y echóme una ropa de paño morado bien fina, aforrada en cebellinas acuestas. Cuando miré el pulso y la hallé sin calentura, alcé los ojos y dí gracias á Dios (1).»

Recomendó la Princesa á Sinán que tratara bien al médico español, y el Bajá prometió darle carta de libertad en el verano siguiente.

VIII

Poco tiempo después de esto, Sinán enfermó de hidropesía, y los médicos turcos, á quienes en su desesperación acudía, le aplicaban los más absurdos remedios. Para mayor desgracia cayó en manos de una curandera, cuyo plan era el siguiente:

«Cada día, la primera cosa que Sinán veía por la mañana hacía que fuese una cabra negra, y tras esto pasaba tres veces por debajo de la tripa de una borrica con ciertas palabras y cerimonias, y era la cosa que más contra su voluntad hacía, porque era un hombrazo y con una tripa mayor que un atambor; ya podéis ver la fatiga que rescibiría: entre estas cosas le daba un letuario lleno de scamonea que le hacía echar las tripas. Dijo que era menes-

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 47.

ter hacer un pan en horno edificado con sus cerimonias, y proveyóse que en un punto fuesen los maestros con ella y la obreriza necesaria, y que juntamente le llevasen cuatro carneros; tomó una espada, y con ciertas palabras, mirando al cielo, la desenvainó y comenzó de esgrimir á todas las partes, y puso en cuadro los carneros maniatados donde el horno había de estar, y dió al cortador el espada para que los degollase con ella, y después de degollados mandólos á unas hijas suyas, y sobre la sangre comenzaron á edificar su horno (1).»

Desengañado pronto Sinán de éstas y otras imposturas y supersticiones, confió su curación á Cristóbal de Villalón, quien primeramente le dió sudoríficos que disminuyeron el humor acuoso, el cual le extrajo por completo mediante una operación sencilla, pero ignorada por los turcos. Con esto, dice nuestro protagonista, «quiso Dios que el Bajá sanase de su enfermedad de hidropesía y de la abertura de la bolsa, y la Pascua suya tienen por costumbre dar de vestir á toda su casa y hacer aquel día reseña de todos que le vienen uno á uno á besar la mano; y como aunque sano estaba flaco en convalecencia, mandóme que le vistiese como yo quisiese, y púsele todo de tela de plata y brocado blanco, y saquéle á una fuente muy rica que tenía en una sala, en donde tardó con grandísima música gran pieza el besar de la mano; y cuando todos lo hubieron ya con sus ropas nuevas hecho, vino el mayordomo mayor y echóme una ropa de brocado acuestas, porque veáis la magnificencia de los turcos en el dar, y el tesorero me dió un pañizuelo con cincuenta ducados en oro, y cuando me hinqué de rodillas para besar la mano á mi amo, tenía la carta de libertad hecha y sellada, revoltada como una suplicación, y púsomela en la mano, y tornando á porfiar para besarle el pie, asióme por el brazo y abrazóme y dió-

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 93.

me un beso en la frente, diciendo:—*Ningunas gracias tienes que me dar desto, sino á Dios que lo ha hecho, que yo no soy parte para nada; aunque agora te doy la carta, no te doy licencia para que te vayas á tu tierra, fasta que yo esté en más fuerzas; ten paciencia hasta aquel tiempo, que yo prometo, por la cabeza del Gran Turco, de te enviar de manera que no digas allí en cristiandad que has sido esclavo de Sinán Bajá, sino su médico* (1).»

Ni se contentó con esto Sinán, sino que nombró á Cristóbal de Villalón médico del Sultán, el cual á la sazón se hallaba ausente, y cuyo cargo le autorizaba para sentarse entre los grandes dignatarios, según él con justa satisfacción nos cuenta cuando escribe: «El primer día que fué á Diván, que es asentarse en el Consejo Real, en lugar del Gran Señor, iba en un vergantín dorado por la mar, todo cubierto de terciopelo carmesí, y ninguna persona iba con él, sino yo con mi ropa de brocado, y en otro vergantín iba los gentiles hombres y los médicos judíos (2).»

Llegó á ser Cristóbal de Villalón la mano derecha y ojos de Sinán. Como intérprete que era de éste, intervenía en muchos asuntos de Estado, cuyos más importantes secretos conocía (3); comía con él y le acompañaba por las

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 56.

(2) Idem, fol. 57.

(3) En el *Viaje de Turquía* nos ha conservado como muestra del estilo abigarrado que usaba la República de Venecia en sus documentos diplomáticos, el texto y la traducción del nombramiento de Antonio Erizzo como Embajador cerca de la Sublime Puerta. He aquí el texto aludido:

Marcus Antonius Trivisano Venetiarum Dux, Magnifico ac potenti Domino Zinam Bajá potentissimi Otomanorum Imperatoris beglerbai maris nec non ejusdem locum tenenti Constantinopoli, salutem ac sinceræ felicitatis affectum. Mandamo baylo lo serenissimo gran signore el dilecto nobil nostro Antonio Herizzo in luogo de Dominico Trivissano il qual fara residentia de lui si como con-

noches cuando recorría de incógnito la ciudad, cosa acostumbrada por los ministros de Persia y Turquía (1).

«Yo mismo, escribe, quando el Gran Turco estaba en Persia, leía á Sinán los documentos en italiano y los convertía en turquesco (2).»

IX

Acercábase la vida de Sinán á su término, el cual habían de apresurar su credulidad y los desaciertos de un médico judío. Exasperaban el ánimo del Bajá las continuas dolencias que padecía, y como se le acercase un médico judío, prometiéndole curar radicalmente todas sus afecciones, se puso en las manos de éste, cuyo absurdo tratamiento le llegó á minar lentamente la existencia. En efecto, le propinó tan activas purgas, que el enfermo se debilitó en extremo, y al poco tiempo murió repentinamente. «Metiéronle en un ataúd de ciprés y tomáronle entre cuatro Bajás, con toda la pompa que acá harían al Papa, que no creo que era menor señor, y lleváronle á una mezquita que su hermano tenía hecha, que se llama *Escuta*, una legua de Constantinopla (3).»

viene á la bona amicitia que con la sua imperial magestate habiamo, á le parole del quale pregamo la magnificentia et excellentia vostra sia contenta prestar fede non altrimenti que la faria á noi medesimi, et li sui anni siano molti el felici. Datis in hoc Ducali palatio anno á Christo nato 1554, *mensis aprilis die* 16 *in dictione* 12.—(Ob. cit., fol. 126.)

(1) *Viaje de Turquía*, folios 109 y 128.

(2) Ob. cit., fol. 126.

(3) *Viaje de Turquía*, fol. 59.

X

Vamos á fijarnos en un episodio de la estancia de Villalón en Constantinopla, y es su amistad con D. José Nasi, pues los datos que acerca de éste y de su tía Doña Gracia Nasi nos proporciona, pudieran derramar alguna luz sobre la impresión de la famosa Biblia de Ferrara.

Sabido es que de ésta hay dos clases de ejemplares: unos dedicados á Hércules de Este, cuarto Duque de Ferrara, por Duarte Pinel y Jerónimo de Vargas, á 1.º de Marzo de 1553; otros dirigidos á Doña Gracia Nasi por Jom Tob Athias y Abraham Usque, con igual fecha que los anteriores. Quién ha sostenido que pertenecen á dos ediciones distintas, y quién que son una misma con leves variantes, por destinarse á cristianos y judíos respectivamente (1).

(1) *Nomología ó discursos legales, compuestos por el virtuoso Rabí Imanuel Aboab, de buena memoria.*

Rossi, *Coment. Histor. de la Typogr. Hebraico-Ferrar.—De Bibliis Hispanicis Ferrariensibus.*

Rodríguez de Castro, *Biblioteca española, que contiene noticia de los escritores rabinos, desde la época conocida de su literatura hasta el presente: Madrid, Imp. Real*, 1781.

D. Abraham Usque nació en Lisboa á fines del siglo XV; fué notable jurista y escribió este libro: *Nahom Israel; consolación de Israel;* impreso por él mismo en Ferrara, año 1553.

Probablemente era hermano suyo D. Samuel Usque, quien publicó en Ferrara, dicho año, la siguiente obra: *Tratado de los ritos de los judíos en los días Ros Hasansah, Principio del año, y Yom Cipurim, día de las Purificaciones.*

¿Pero quién era la mencionada Doña Gracia Nasi? Cristóbal de Villalón nos dice que era una judía portuguesa, inmensamente rica, la cual estuvo en Italia el año 1553, precisamente cuando salía á luz la celebrada Biblia. He aquí sus palabras:

«Quando visitaba alguna señora, venían muchas damas á berla, y hazían un corrillo y metíanme en medio: unas me hablaban turquesco, otras griego, otras italiano, y aun algunas fino español de las moriscas que de Aragón y Valencia se huyen cada día con sus maridos y haciendas, de miedo de la Inquisición. Pues judíos me dezid que se huyen pocos; no había mes que yo no supiese nuebas de toda la christiandad, de muchos que se iban desta manera á ser judíos é moros, entre los quales fué un día una señora portuguesa, que se llamaba Doña Beatriz Méndez, muy rica, y entró en Constantinopla con quarenta caballos, y quatro carros triunphales llenos de damas y criadas españolas; no menor casa llebaba que un duque de España, y podíalo hazer, que es muy rica, y se hazía hazer la salva; destaxó con el Gran Turco desde Venecia, que no quería que le diese otra cosa en sus tierras, sino que todos sus criados no truxesen tocados como los otros judíos, sino gorras y vestidos á la veneciana; él se lo otorgó, y más si más quisiera, por tener tal tributaria. Porque son los judíos allá muy abatidos, y no les harían mal con el ábito de christianos, pensando que lo fuesen. Viérais á la señora Doña Beatriz mudar el nombre y llamarse Doña Gracia de Luna *et tota Hierosolima cum illa.* Desde un año vino un sobrino suyo á Constantinopla, que era año de 1554, que en corte tenía gran fausto, ansí del Emperador como del Rey de Francia, y merescíalo todo porque era gentil hombre y diestro en armas, y bien leído y amigo de amigos, y hay pocos hombres de quenta en España, Italia y Flandes que no le conosciesen, al qual el Emperador había hecho caballero, y llamábase D. Juan Micas, y por-

que aquella señora no tenía más de una hija, á la qual daba trescientos mill ducados de dote, engañóle el diablo y circuncidóse y desposóse con ella: llámase agora Josef Nasi. Los gentiles hombres suyos, uno se ponía D. Samuel, otro D. Abraham y otro Salomón. Los primeros días que el D. Juan Micas estubo allí christiano, yo le iba cada día á predicar que no hiziese tal cosa por el intherese de quatro reales, que se los llevaría un día el diablo; y hallábale tan firme, que cierto yo volvía consolado, y dezía que no iba más á ber su tía, y se quería luego bolver.

»Quando menos me caté, supe que ya era hecho miembro del diablo; preguntado por qué había hecho aquello, respondió que no por más de no estar subjeto á las Inquisiciones de España, á lo qual yo le dixe: pues hágoos saber que mucho mayor la ternéis aquí si vibís, lo qual no penséis que será mucho tiempo, y aquél malo y arrepentido; y no pasaron dos meses que le ví llorar su pecado, pero consolávale el diablo con el dinero (1).»

Tenemos, por consiguiente, probado que Doña Gracia Nasi estuvo en Venecia el año 1553, y quizá pasaría por Ferrara cuando Jom Tob Athias y Abraham Usque le dedicaron el libro que imprimían. Lo cierto es que ya entonces había cambiado de nombre y apellido. Es probable que sufragara todos ó parte de los gastos ocasionados con

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 122.

De Doña Gracia Nasi escribe lo siguiente Aboab en su *Nomología*, pág. 304: «Quasi en el mismo tiempo gozó nuestra nación de la liberalidad de otra generosísima matrona, que fué la muy ilustre señora Doña Gracia de Nasi, de cuyas excelentes virtudes y nobles hechos se podrían escribir libros de mucho ejemplo. No quiso dar su ilustre hija por mujer á muy ricos condes y marqueses. Dióle el Señor por yerno su mismo sobrino, meritísimo Duque de Nacsia.»

la publicación de la Biblia, y que D. José Nasi facilitara manuscritos á los traductores, pues parece que tenía muchos y notables (1).

XI

La situación de Cristóbal de Villalón era precaria muerto su protector: pidió la carta de libertad, que tenía guardada el mayordomo del Bajá difunto; mas sabedora de esto la Princesa, mujer de Rustán, ordenó que se la negaran, pues quería fuese médico de palacio. Al saber tal resolución, determinó huir de la manera que Dios le diese á entender. Concertóse con un griego, por nombre *Estamati*, para que le sirviese de guía; dejó sus libros, que eran muchos, en casa de una vecina; tomó las mejores ropas que tenía, y juntamente con otro cautivo que también huía, disfrazados ambos de monjes griegos, partieron á media noche de Constantinopla (2). Como el compañero de

(1) Aboab, en su *Nomología*, dice: «También me acuerdo aver oído cómo en la ciudad de Constantinopla tiene un noble hebreo muchas y muy perfectas Biblias de mano, y algunas dellas quedaron del Ilustrísimo Señor Don José Nasi, dignísimo Duque de Nacsia.»

(2) «Los que ayudan y favorezen á los esclavos fugitivos, tienen pena de muerte y confiscación de bienes; mas con esto, los armenios y griegos encubren y ayudan á los captivos christianos: múdanles el hábito y llévanlos á las naves de venecianos y de los mercaderes christianos que por sus mares acuden con sus mercancías, y danles lo necesario para su camino, y usan con ellos todo género de humanidad, y dizen que lo mesmo hallan ellos entre los latinos quando van á Roma ó á Santiago de Galicia.» (*Relación del Imperio y costumbres de los turcos*, fol. 20; Bibl. Nac., *I*-200.)

nuestro médico ignoraba la lengua griega, acordaron que se fingiese sordo. Pocas leguas habían andado, cuando se encontraron con unos jenízaros que la Princesa había enviado en su persecución; mas el hábito que llevaban y lo bien que Cristóbal de Villalón hablaba el griego, despistaron á los turcos por completo, y aunque anduvieron luego juntos algún tiempo, nada sospecharon. Trece días después que partieron los fugitivos de Constantinopla llegaban al puerto de Caballa, donde despidieron al guía y se embarcaron para el Monte Santo. Los vientos contrarios les hicieron arribar á la isla de Schiatho, donde corrieron peligro de ser descubiertos. Poco después llegaban al lugar que deseaban, al Monte Athos.

XII

Al Oriente de Salónica, en el Mediodía de Macedonia, la Península Calcídica avanza dentro del mar, semejante á una mano gigantesca, apenas unida á las estribaciones del Ródope. Es una Grecia en pequeño, por la forma de sus costas, admirablemente recortadas por multitud de bahías y promontorios, y por sus montañas que se elevan en medio de las llanuras, como las islas del Archipiélago en medio de las ondas. Griega por el aspecto, lo es también por su población esta comarca: solamente en el pueblecillo de Nisvoro viven algunos turcos.

De las tres lenguas de tierra que componen la Península Calcídica, la del Oriente está casi aislada del continente. Dícese que Jerjes la separó por completo, abriendo un canal de mil doscientos metros por donde pasara su armada. Desde hace mucho tiempo es llamada Αγιον όρος, ó sea *El monte santo*. Una cadena de montañas calizas se extien-

de hasta la extremidad meridional, donde se halla el celebérrimo monte Athos (1). Imaginaban los antiguos que en la roca más alta había proyectado el arquitecto Dinocrates tallar una estatua colosal de Alejandro, teniendo en una mano el origen de un torrente y en la otra una ciudad. Allí, según cierta tradición local, fué donde el demonio llevó á Jesucristo para mostrarle los reinos de la Tierra. La verdad es que se disfruta desde él un vasto panorama: las costas de la Macedonia y de la Tracia, el Asia Menor y el abrupto cono de Samotracia, las aguas azules del mar Egeo y el golfo de Salónica.

(1) Del monte Athos tratan muchas obras; sólo citaremos las siguientes:

Christóphorus Buondelmonte, *Liber insularum archipielagi.* Escrito en el año 1422, y publicado por Sinner en el año 1824; Pedro Belón, *Memorabilium rerum in Græcia, Asia*, etc.: *Antuerpiæ*, 1559; Juan Comneno, *Descripción del monte Athos;* Porphyrio, metropolitano de Nicea, Περίοδος τοῦ Αγιωνυμου 'Ορους του Αθωνος *(Guía de la montaña santa de Athos);* Richard Pockocke, *Description of the East;* Clarke, *Travels in various countries of Europa, Asia and Africa;* Leake, *Travels in northern Greece;* Didrón, *Le mont Athos* (publicada en los *Anales Arqueológicos*); Bowen, *Mount Athos, Thesaly and Epirus;* Proust, *Voyage au mont Athos (Le tour du Monde*, año 1861); Olaus Celsius, *De Athone dissertatio;* Martín Krauz (Crusius), *Turco-Græcia, libri octo;* Curzon, *Visits of monasteries of the Levant; Geographie de Ptolémée. Reproduction photolithographique du manuscrit grec du monastere de Vatopédi au Mont Athos, par Victor Langlois: Paris, typographie de Ambroise Firmin Didot*, 1867: un volumen en folio, con un prólogo acerca de la historia del monte Athos, y el catálogo de las obras manuscritas y documentos que se conservan en los monasterios de esta península.

Entre los escritores antiguos, hablan del monte Athos: Herodoto, lib. VI; Tucídides, lib. IV; Esquilo, *Agamemnon*, ver. 285; Pomponio Mela, lib. II, cap. II. Ya se cita en la *Iliada*, canto XIV, versos 229 y siguientes.

Desde hace más de diez siglos este país se halla habitado únicamente por monjes, en su mayor parte griegos. Forman una de las Comunidades monásticas más importantes del Oriente. Cuando el Tratado de Berlín zanjó las cuestiones surgidas en Oriente con motivo de la guerra turco-rusa, un artículo declaró que se respetarían los territorios y derechos que tenían los religiosos del monte Athos. En la actualidad hay unos seis mil de éstos, quienes viven en veintiún conventos. Está prohibido en absoluto que mujer alguna entre en la Península. Es más: ni aun las hembras de cualquier especie animal pueden vivir en aquella tierra santa. Así, no pudiendo los monjes tener gallinas, les llevan los huevos de la isla de Lemnos.

Los monasterios están construídos en forma de ciudadelas, con altas murallas, flanqueadas por torreones: uno de ellos, llamado *Simopetra*, edificado en una altura, parece completamente inaccesible.

La Historia conservará siempre un grato recuerdo de estos lugares: aquí fué donde el arte bizantino se conservó durante la Edad Media, y donde se hicieron multitud de copias de obras que se hubieran perdido sin la paciente laborioridad de los religiosos griegos (1).

(1) He aquí los conventos que en la actualidad hay en Monte Athos: *Chilantari*, *Esphigmenon*, *Vatopédion*, *Karyes*, *Iviron*, *Koutloumosi*, *Philotheos*, *Karacala*, *Laura*, *San Pablo*, *San Dionisio*, *San Gregorio*, *Simopetra*, *Xeropotamou*, *Rússicon*, *Xenophon*, *Dokarcion*, *Castamóniti*, *Zographou*, *Pantocrator* y *Stavroníkita*.

Los más importantes son los de *Iviron*, *Laura* y *Vatopédion*. Este último fué edificado, según cuenta una tradición, por el Emperador Arcadio, quien siendo niño naufragó en aquel paraje cerca de un frambueso (βάθος), de cuya palabra y παίς, δος, viene el nombre del Monasterio. Tiene éste preciosos manuscritos, entre ellos unos Evangelios del siglo XIII. Está habitado por trescientos monjes.

XIII

Curiosa es en extremo la descripción que Cristóbal de Villalón hace del país que nos ocupa y de las costumbres de sus habitantes; cedámosle la palabra:

«Terná de cierto cuasi tres jornadas buenas y es quasi isla, porque por las tres partes le bate la mar, en el cual hay veinte y dos monasterios de fraires, y ningún pueblo hay en él, ni vive otra gente, ni puede entrar mujer, ni hay en todo él hembra ninguna de ningún género animal. Los veinte y dos monasterios, todos, sino dos, están en la mesma ribera de la mar, y cada uno tiene una torre, y puertas de hierro, y puentes levadizos, no más ni menos que una fortaleza; tiene ansimismo cada monasterio su artillería y fraires que son artilleros, y una cámara de arcos y espadas.

»La distancia de un monasterio á otro no será de dos leguas adelante. En el punto que sueltan una pieza de artillería concurrirán al menos tres mil fraires armados, y aun muchos dellos á caballo, y resistirán á un ejército si fuere menester.

»Cada mañana en amanesciendo, que se abre la puerta y bajan la puente, veréis vuestros fraires todos salir con unos sayos de sayal hasta la espinilla y unos bicoquis como éste: veinte por aquí con sus azadas á cabar las viñas; otros tantos por acullá con las yubadas; por la otra parte otros tantos con sus hachas al monte á cortar leña ó madera; otros cincuenta están haciendo aquel cuarto de casa, enyesando, labrando tablas y todo, en fin, que ninguno hay de fuera: maestros hay de hacer barcas y navíos pequeños; otros van á pescar para la casa; otros guardan ove-

jas; los de oficios mecánicos quedan en casa, como zapateros, sastres y calceteros, herreros, de tal manera que si no es el Prior y el que ha de decir la Misa y algún impedido, no queda, hasta una hora antes que el sol se ponga, hombre en casa.

»Cada monasterio tiene fuera sus metoxias ó granjas junto á Sidero Capsia, y en las islas del Archipiélago algunas, como son en la isla de Lemno y del Schiato, donde yo estuve, y Schiro, y son de distancia del Monte Sancto quince leguas por mar, y en estas metoxias tienen sus mayordomos con tantos fraires que basten á labrar las viñas y heredades, y con navíos pequeños que hacen, van y vienen y venden lo que les sobra, y allí tienen ganado y gallinas para los huevos, porque carne no la comen, y otras granjerías de fraires; de la lana del ganado hacen de vestir para todos (1).»

XIV

Llegó Cristóbal de Villalón á un monasterio llamado *Chilantari*, donde fué benévolamente recibido, sin inspirar sospecha alguna; por la tarde asistió con los monjes á Vísperas, y en la madrugada á Maitines. Dotado de un espíritu observador, se fijaba atentamente en las ceremonias de los religiosos y en sus diferencias con las de los latinos. Creyó conveniente manifestar al Superior de aquella casa quién era y con qué motivo caminaba, suponiendo hallar en él protección; mas temiendo el monje la ira de los turcos, le rogó que abandonara el convento. Así lo hizo, resolviendo decir en adelante que era natural de Chíos, isla

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 73.

donde se hablaba el italiano, para que nadie extrañara su acento extranjero: esto mismo había hecho creer á los jenízaros, con quienes antes tropezara en el camino. Prosiguiendo su viaje por el Monte Santo, se hospedó en los conventos de *Vatopédi*, *Padocrátora*, *Iviron*, y últimamente en *Santa Laura*, donde suponía hallar nave en que embarcarse para Chíos. Repitió al Superior lo que había dicho al de *Chilantari*, y obtuvo la misma respuesta desfavorable; solamente se compadeció de su suerte un religioso, por nombre el Papa Nicolás, quien le propuso se hiciera monje de veras, á lo cual se negó Cristóbal de Villalón. Decidióse éste á ir de convento en convento, deteniéndose, como era costumbre, tres días en cada uno, hasta que hallara ocasión de embarcarse; en todos ellos decía ser natural de Chíos. «Caminando de un monasterio á otro, escribe, veía aquéllos que cierto parescen hombres salvajes con aquellos cabellazos y barbas; preguntábanme:—*¿Po poi agiosini su pater agiótate? ¿Santíssimo padre, dónde va vuestra sanctidad?*—Yo, muerto de hambre y con mis alforjaças á cuestas, respondía primero entre dientes:—La p..... que os parió con vuestras santidades.—Usase entre ellos, aunque sea al cozinero y al herrero llamar sanctidad (1).» De esta manera visitó los monasterios de *San Pablo* y *San Jerónimo*, donde vióse en grave apuro al afirmar que era de la isla mencionada ante varios turcos y un renegado de la misma. Aprendió á la maravilla la liturgia de aquellos religiosos. «Era tan buen fraire como todos ellos, cuanto más que sabía ciertos psalmos en griego de coro y otras cosillas con las cuales los espantaba, y me llamaban *didaskalos*, que quiere decir *Doctor* (2).»

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 73.
(2) Idem id., fol. 74.

XV

Hallándose en el convento de *Xeropotamou*, vió entrar un marinero que con un pequeño buque se dirigía á la isla de Lemnos; rogóle Cristóbal de Villalón que lo admitiera en él y dejara en la de Chíos, á lo cual accedió gustoso. Era entonces el mes de Febrero del año 1555. «Embarquéme con mi compañero, y de aquel monesterio donde yo salí se embarcaron seis fraires, los quales metieron harto bastimento, principalmente vino; comenzamos de alzar vela y navegar, y era quasi noche y diez y seis de Hebrero; comenzó á abibar el viento y dixe al patrón del nabío:— Mirad, señor, que es inbierno y la noche larga y el nabío pequeño: mejor será que nos quedemos aquí esta noche, porque el viento refresca y podrá ser que nos veamos en aprieto.—Como iban él y los fraires bebiendo y borracheando lo que habían metido, no hicieron caso ninguno de lo que yo dezía; antes se reyeron, y quasi todos beodos: á las once de la noche alborotóse la mar, no así como quiera, sino la más brava y hinchada que en mi vida la ví; los marineros, parte por lo poco que sabían, parte por el vino, perdieron el tino, de tal manera que no sabían dónde se estaban y no hacían sino vomitar; quiso Dios que cayeron en la quenta que echásemos en la mar todo quanto llevábamos para alivar el nabío; esforzando más el viento, llevónos el árbol y antena con sus velas; ya era el día y halláronse menos borrachos, pero perdidos; comenzó de divisarse tierra y no sabían qué era: unos decían que Salónique, otros que Lemno, otros que Monte Sancto; yo reconoscí, como había estado otra vez allí, que era el Schiatho, y díxeselo; mas ya desesperados, viendo que íbamos

á dar en unas peñas, dixeron:—Agora por Dios verdadero nos ahogamos todos; señores, ¿qué haremos?—Dexó el patrón el timón ya por desesperado, y hincáronse de rodillas y comenzaron de invocar á Sant Nicolás, y tornaron á preguntarme á mí:—¿Qué haremos?—Respondí con enojo:— *Nai emas pari ó diábolos olus; que nos lleven todos los diablos,* —y salto donde estaba un pedazo de vela viejo y hago de dos pedazos una vela chica y pongo en cruz dos baras largas que acerté á hallar, y díxeles:—Tened aquí: tirad destas cuerdas, y tirando llamad quantos sanctos quisiéredes; no penséis que los sanctos os ayudarán si vos no os ayudáis. —Comenzó de caminar nuestro nabío con aquel trinquete; como la fuerza del viento era tan grande, cada hora serían bien tres leguas, y fuénos la vida que durase la fortuna, porque si estonces cesara y nos quedábamos en calma, todos peresciéramos de hambre, porque estábamos en medio del golfo y el bizcocho todo había ido á la mar por salvar las vidas y no podíamos caminar sin viento. Llegamos á distancia de tierra por tres ó quatro leguas, y allí avivó de tal modo el viento, que nos llevó el trinquete, que del todo desesperó á todos. Dixo el patrón:—Señores, todo el mundo se encomiende á Dios, porque nuestro nabío va á dar en aquellas peñas, á donde todos pereseeremos;—y comenzó de mantener quanto podía el nabío, que ni anduviese atrás ni adelante, y decía:—Si alguno tiene dineros, delos á estos marineros, que saben muy bien nadar, que por ventura se salvará y hará algún bien por el ánima.—Yo les dixe, aunque ciertamente no me faltaban una docena y dos de ducados, que no tenía blanca; mas aunque la tuviese, ¿qué se me daba á mí perdiéndome yo que también la mar se sorbiera el dinero? En esto quiso Dios que nos acercamos á tierra mucho más, y con la grandíssima furia que la mar tenía no se pudo dexar de dar al través en aquella isla, y fuénos llevando la mar, y yo, como me ví quasi en tierra, sin saber, nadar acudiciéme á saltar, y si no me sacaran

dos marineros, yo me quedara allí; los demás no quisieron saltar, por el peligro, y ensoberbecióse la mar más, y dió con el nabío más de un quarto de legua fuera del agua junto á una ermita de Nuestra Señora que allí estaba, y asentad ésta por cabezera entre todas las merzedes que de Dios he rescibido; y aquella isla del Schiatho donde dimos al través tiene de cerco treinta y cinco leguas, y en ninguna parte de todas ellas podíamos dar al través que no peresciéramos todos, porque es por todas partes peña viva, sino á donde dimos, que había un río pequeño que daba en la mar y era arena todo, y allí embocó el nabío, que no sería de ancho cient pasos (1).» Refugiáronse los náufragos en cierto santuario que no lejos había, y una vez que se calentaron y repararon las fuerzas, intentaron desenterrar el navío, que estaba medio cubierto de arena. Cristóbal de Villalón juzgó más conveniente buscar un puerto donde embarcarse de nuevo. Penetró en la isla, que es montañosa, y como á la sazón arreciaba el frío, se hallaba toda cubierta de nieve: tales trabajos pasó en este viaje, que hizo propósito de volver á Constantinopla si la fortuna no mitigaba sus rigores, y pedir perdón de su huída. Llegó por fin á un pueblecillo de la costa, donde halló un griego, sastre de oficio, con quien había navegado desde Caballa á Schiatho. Hospedado en casa de éste, al momento se esparció por todo el lugar la noticia de que había un monje, y como era entonces Cuaresma, solicitaron que un día confesara en la iglesia.

«Yo concedí lo que demandaban, y aquella noche el sastrecillo me dijo: —*Yo os prometo, si acertáis á confesarlos, la ganancia será bien grande.*—Bien quisiera yo deshacer la rueda, aunque me parescía que según son idiotas lo supiera hacer. Avisáronme que para el segundo día de Cuaresma yo estuviese á punto para ello, y el primer día era

(1) *Viaje de Turquía*, fols. 74 y 75.

de ayuno fasta la noche, que no se podía comer, y yo determiné que nos bajásemos con un pan á la mar y un pañizuelo de higos y nueces, diciendo que íbamos á traer ostras para la noche, y teníamos muchos griegos que querían cenar con el padre confesor, y en la mar metíme entre unas peñas, y representándoseme dónde estaba y cómo y los trabajos pasados, no pude estar sin llorar, pues de tal manera vino el ímpetu de las lágrimas á los ojos, que no las podía restañar, sino que parescían dos fuentes: quedé el más consolado del mundo de puro desconsolado (1).»

En tan grave apuro y en cierto modo cómico se veía el fingido monje, cuando supo que unos bajeles cargados de trigo se dirigían á Metellín. Embarcóse en uno de éstos; mas la desgracia, que parecía perseguirle, hizo que dos naves turcas fuesen en su alcance con pretexto de que exportaban cereales, cosa prohibida; fué preciso dar al capitán cincuenta ducados, que Cristóbal de Villalón pagó de su bolsillo, con lo cual les dejaron proseguir su camino. Un viento contrario les hizo arribar á la isla de Lemnos, fértil y abundante en ganados, pero desprovista de árboles; «no tiene en veinte leguas alrededor más de un olmo que está junto á una fuente,» escribe nuestro viajero. Casi lo mismo dice en su obra monumental el geógrafo Elíseo Reclus. Desde allí se dirigieron á Chíos. Había sido esta isla de la República de Génova, y aunque después consiguió la independencia la gobernaban por siete magistrados electivos que habían de ser genoveses. Hablábanse en ella las lenguas italiana y griega; la religión dominante era la católica. Pagaba al Sultán un tributo anual de catorce mil ducados. Sus habitantes, de carácter afable y bondadoso, protegían á los esclavos que huían de Constantinopla, para ocultar los cuales habían destinado un monasterio llamado *Santo Sidero*, donde los tenían ocultos hasta que se embarcaban.

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 77.

En éste fué hospedado Cristóbal de Villalón, quien ya no se fingió fraile griego. Durante su estancia recibió innumerables pruebas de afecto, en agradecimiento de ciertos beneficios que había hecho á los isleños cuando era intérprete de Sinán Bajá.

XVI

Después que Cristóbal de Villalón estuvo en la isla de Chíos cerca de un mes, saboreando la dulce libertad que con tantas fatigas había conseguido, partió en un buque mercante que salía para la isla de Sicilia, el cual hizo varias arribadas en el trayecto con no poco gusto de nuestro viajero, ávido de conocer pueblos y costumbres. Así tuvo ocasión de visitar Esmirna y el Pireo. Estuvo también, si bien poco tiempo, en Atenas, cuya decadencia le inspiró profunda compasión: allí, donde en la antigüedad habían escrito Platón sus inmortales *Diálogos* y Demóstenes pronunciado sus arengas, reinaba la más profunda ignorancia.

«Ni en Atenas ni en toda Grecia hay escuela ni rastro de haber habido letras entre los griegos, sino la gente más bárbara que pienso haber habido en el mundo. El más prudente de todos es como el menos de tierra de Sayago. La mayor escuela que hay es como acá los sacristanes de las aldeas que enseñan leer y dos nominativos; ansí los clérigos que tienen iglesia, tienen encomendados muchachos, que después que les han enseñado un poco leer y escribir, les muestran cuatro palabras de gramática griega, y no más, porque tampoco ellos lo saben (1).»

Curiosas son las observaciones que hace á continuación

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 83.

de esto, sobre la pronunciación del griego y diferencias entre el antiguo y el moderno.

«En el tiempo de Demóstenes y Esquines, Homero, Galeno y Platón y los demás, en Grecia se hablaba el buen griego, y después vino á barbarizarse y corrompióse de tal manera, que no la saben, y guardan los mesmos vocablos, salvo que no saben la gramática, sino que no adjetivan; en lo demás, sacados de dos docenas de vocablos bárbaros que ellos usan, todos los demás son griegos. Dirá el buen griego latino: βλεπο τον ανθροπον, *veo un hombre*; dirá el vulgar: βλεπο ανθροπω; veis aquí los mismos vocablos sin adjetivar (1).

»Quiero que sepais de mí como de quien sabe seis lenguas, que ninguna cosa hay para entenderlas y ser entendido más necesaria y que más importe que la pronunciación. La mayor dificultad que para la lengua griega tuve fué el olvidar la mala pronunciación que de acá llevé, y sabía hablar elegantemente y me entendían; después, hablando grosero y bien pronunciado, era entendido (2).»

Prosiguiendo su navegación llegó á la isla de Samos, que estaba despoblada por las invasiones de los corsarios, y donde hubo de esperar tres días á que los vientos se calmaran; después, pasando cerca de Milo, Miconos, Tinos y Delos, donde admiró las ruínas del templo de Apolo, y á vista de Creta y las islas de Zante y Cefalonia, entró en el mar Adriático, en el cual sufrió una tempestad formidable que hizo encallar el navío. Pudo al fin llegar felizmente á Mesina, á donde parece que fué en una nave de Rafael Justiniano, y que ésta con otras tres, cuando se dirigían á Nápoles, fueron apresadas por los turcos, quienes pidieron á Justiniano mil ducados por su rescate; como entonces asolaba la peste aquella ciudad, tuvo que sufrir una larga

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 83.
(2) Idem, fol. 84.

cuarentena, cuyos incidentes refiere en estas palabras: «A quantos traían cartas que dar en Mesina, se las tomaban y las abrían, y quitándoles el hilo con que venían atadas y tendiéndolas en tierra, rociábanlas con vinagre, diciendo que con aquello se les quitaba todo el veneno, y la mayor vellaquería de todas era que á los que tenían mercadurías y eran pobres solíanles dar licencia dentro de ocho días; pero á mí, por respecto que los mercaderes no se quexasen diciendo que por pobre me dexaban y á ellos por ricos los detenían más tiempo, me hicieron estar como á ellos, y cada día me hazían labar en la mar el capote y camisa, y á mí mismo.» Noticioso de que los corsarios recorrían entonces las costas de Nápoles, renunció á ir á esta ciudad por mar. En Nápoles vió «muchos galanes que no quieren poner la vida al tablero, sino andarse de capitán en capitán á saver quando pagan su gente para pasar una plaza y partir con ellos y beber y borrachear por aquellos bodegones, y si los topáis en la calle tan bien vestidos y con tanta criança os harán picar, pensando que son algunos hombres de bien (1),» y halló bastantes amigos que lo socorrieron é hicieron mercedes. Una vez pasado el estrecho emprendió el viaje por la Calabria, expuesto á caer en manos de los bandidos que infestaban el país. Desde Nápoles fué á Roma, donde estuvo quince días. Allí no vió la majestad del Pontificado, sino su nepotismo; no la sabiduría de los Prelados, y sí las costumbres licenciosas de algunos; en su modo de observar las cosas de la Ciudad Eterna, mostró su espíritu siempre inclinado á poner de relieve las corruptelas y vicios de la sociedad.

«Yo pensaba, escribe, que la galera fuese el infierno abreviado; pero mucho más semejante me paresció Roma (2).»

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 88.
(2) Idem, fol. 90.

Visitó luego de camino varias ciudades, algunas de las cuales ya conocía. En Viterbo vió con sonrisa digna de Rabelais los cordones milagrosos que en el monasterio de Santa Rosa daban á las mujeres estériles que deseaban ser madres; de paso estuvo en Sena, que había padecido graves calamidades con las guerras de aquellos años, y admiró la hermosa Catedral de fino mármol; de allí marchó á Florencia, de cuyos moradores pondera la riqueza y laboriosidad, y luego á Bolonia (1), donde, según él afirma, recibió el grado de Doctor en Medicina, cosa que no sabemos hasta qué punto sea cierta.

«Me hicieron los Doctores todos de la Facultad mill mercedes por intercesión de unos colegiales amigos míos;

(1) El Colegio de San Clemente de Bolonia debe su origen á D. Gil Albornoz, descendiente de una ilustre familia de Cuenca. Clemente VI lo hizo Cardenal en Aviñón, é Inocencio VI le encargó la reconquista de los Estados Pontificios, lo cual llevó á cabo con su valor y prudencia. Solía residir en Bolonia, y por tal razón cobró singular afecto á dicha población; así que al morir dispuso que con sus bienes se fundara en ella un magnífico Colegio. Edificóse éste en los años 1365 á 1367. Había en él veinticuatro becas que debían ser adjudicadas á españoles, número que se aumentó con posterioridad hasta el de treinta y uno. De los muchos hombres notables que allí estudiaron, sólo mencionaremos al célebre canonista Don Antonio Agustín, Arzobispo de Tarragona, y Antonio de Nebrija.

Cuando la visitó Villalón, dice éste que solía tener el Colegio mil quinientos á dos mil alumnos, y que su Rector lo era á veces de la Universidad.

Vid. Lafuente, *Historia de las Universidades*, tomo I, capítulo XVI.

D. Hermenegildo Giner publicó en la *Revista de España*, año 1876, un notable estudio acerca del Colegio de San Clemente.

y como yo les hize una plática de suplicacionero, no les dexé de parescer tan bien que perdonándome algunos derechos me dieron con mucha honrra el doctorado, con el cual estos pocos días que tengo de vibir pienso servir á Dios lo mexor que pudiere; pero abísoos que no me lo llaméis hasta que venga otro tiempo, porque veo la medicina ir tan cuesta abaxo en España por nuestros pecados, que antes se pierde honrra que se gana (1).»

Prosiguió su viaje y de paso visitó las ciudades de Módena, Arezzo, Parma, Plasencia y Milán; gustábale ver en Lombardía las vides trepando por el tronco de los olmos, lo cual le recordaba aquello de Virgilio: *ulmisque adjungere vites*. En Génova se encontró con algunos compañeros de infortunios. Finalmente, yendo por Casal de Monferrato, Alejandría de la Palla, Novara, Verceli, Turín, Susa, Lyon, Fuenterrabía y Vitoria, llegó á Valladolid, probablemente á últimos del año 1555.

XVII

Pocas noticias tenemos de Cristóbal de Villalón después de las aventuras referidas. Parece que se dedicó á la enseñanza de Humanidades y residió bastante tiempo en Valladolid. Aquí es donde compuso *El Crotalón*, el *Viaje de Turquía* y el *Libro de las transformaciones*. En la dedicatoria de su *Gramática castellana* dice que vivía en una aldea cuando escribió tal libro, publicado en el año 1558; debió retirarse á algún pueblo inmediato á la corte para descansar de las fatigas pasadas. Ignoramos la fecha de su muerte.

Una vez que Cervantes fué rescatado por los Padres

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 96.

Trinitarios en el año 1580, creyó oportuno hacer una información auténtica de su buena conducta como español y como católico, para sincerarse de las calumnias contra él lanzadas por el traidor Blanco de Paz. Entre los testigos que declararon figura Cristóbal de Villalón, natural de Valbuena. ¿Era éste el mismo de quien nos hemos ocupado, cautivo de nuevo en poder de los musulmanes? Cosa es que no podemos afirmar ni negar sin pruebas indiscutibles. Por un lado tenemos la identidad de nombre y apellido; á más, el ser del mismo país, pues ni Valbuena del Duero ni Valbuena de Pisuerga distan mucho de Valladolid; pero hay el inconveniente de que el Villalón compañero de Cervantes tenía en el año 1580 cuarenta y cinco de edad, y el autor de *El Escolástico* debía contar á lo menos sesenta, una vez que ya en 1536 había publicado, siendo Bachiller, la *Tragedia de Mirrha*. ¿Habrá un error de edad, cosa que era frecuente con tales informaciones, y ambos serán el mismo? Si esto sucediera, se explicarían fácilmente las relaciones que hay entre *El Crotalón* y el *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*, pues Villalón pudo leer ó dar idea á Cervantes de aquel libro. Dejamos la cuestión indecisa, esperando que nuevos documentos la iluminen.

Los datos que hemos expuesto no constituyen una biografía completa; pero son suficientes para formar una idea precisa del carácter de Cristóbal de Villalón y de su evolución como escritor. Distinguido helenista desde su juventud, amplía sus no vulgares conocimientos en sus viajes por el Oriente. Como había tenido ocasión de observar multitud de gentes, creencias y costumbres, libró su espíritu de las pequeñeces y preocupaciones propias de quien nada conoce más allá de su patria. Así le vemos dotado de un criterio tan independiente, á lo cual también contribuyó la lectura de Erasmo y otros escritores del Renacimiento. Por su vida y carácter seméjase no poco á Cervantes:

la misma serenidad de ánimo en los peligros; igual decisión para acometer una empresa, por arriesgada que fuese. Ambos en la más dura esclavitud consiguieron granjearse el respeto de sus enemigos y hacer patente cómo una firme y enérgica voluntad se sobrepone á los rigores y contratiempos de la fortuna.

OBRAS

DE

CRISTÓBAL DE VILLALÓN

I

Tragedia | de Mirrha, en la qual se recuentan | los infelices amores que ouo con | el Rey Ziniras su padre. Com | puesta por el Bachiller | Villalon: dirigida al | licenciado Diego Martinez (1), *su | muy gran | de ami | go. M.D.XXXVI.*

(Al fin.) ¶ *Fue impresa en Medina | del Campo por Pe | dro Touans.*

Un vol. en 4.º, letra gót.—14 hojas sin foliar.—Signaturas *A-B*, la primera de 8 y la segunda de 6 hojas, á dos columnas.

Portada con una orla de figuras igual á la que Pedro Tovans puso en la *Segunda Celestina.*—Al v.º, carta del autor dirigida al Licenciado Diego Martínez, *su muy gran señor y amigo.*—Texto que acaba en el v.º de la sexta hoja de la sign. *B*, con este final: ¶ *Fenesce la Tragedia de Mirrha: en la qual se recuentan los infelices amores que ouo con el Sey* (sic) *Ziniras su padre.*—Colofón.

(1) Creemos que este Diego Martínez es el mismo que en el año 1576 publicó en Medina del Campo un *Formulario de provisiones de Prelados.* Hay otra edición del año 1578.

Es una novela dialogada, cuyo asunto se ha tomado del libro X de las *Metamorfosis* de Ovidio.

Es la obra menos importante de cuantas compuso Cristóbal de Villalón.

II

Ingeniosa comparacion | entre lo antiguo y lo presente. Hecha por el Ba | chiller Villalon. Dirigida al Illustre y reuerendíssi | mo Señor Don Fray Alonso de Virues, Obispo | dignissimo de Canaria: predicador y del Con | sejo de la Cathólica y Cesárea Magestad. | En la qual se disputa quando ouo | mas sabios, agora o en la anti | güedad. Y para en prue | ua desto se traen todos | los sabios &. in | uentores antiguos y | presentes en todas | las sciencias y artes. | Año M.D.XXXIX.

(Colofón.) *Fenesce la ingeniosa comparacion de las dos edades, antigua y presente, en la qual se disputa quando ouo mas sabios en qualesquiera sciencias y artes. Fue compuesta por el Bachiller Villalon. E impresa por maestre Nicholas Tyerri impresor en la muy noble villa de Valladolid. Acabose á quince de Enero. Año de* 1539.

Un vol. en 8.º de 20 hojas.—Signaturas *A-C: A* y *B*, de 8 hojas; *C*, de 4 (1).

(1) Alguna semejanza tiene este libro con otro compuesto por Alfonso de Toledo, intitulado *Invencionario en el qual se hallan los primeros inventores de las cosas, ansí temporales como espirituales, &., los motivos é las causas de las invenciones.*

En la Biblioteca Nacional se conserva un buen manuscrito acabado de copiar á 21 de Abril de 1474. Perteneció á D. Diego Sarmiento, Marqués de Gondomar. Un vol. en folio de 116 hojas, á dos columnas.

El único ejemplar de que tenemos noticia se conserva en el Museo Británico (1).

(1) Hállase encuadernado en pergamino con otros dos opúsculos en un tomo que lleva el siguiente título en letra del siglo XVI: *Quatro tratados muy antiguos. Juntados por Don Gutierre de Terán, en el balle de Iguna, Montañas y Arçobispado de Burgos. Dedicado á Don Baltasar de Zúñiga y Abila, Gentilhombre de la Cámara de Su Magestad y Comendador de Daymiel, de la Orden de Calatraua, hijo segundo del Excelentíssimo Señor Marquvés de Myrabel.*

Aunque según dice el título debía haber cuatro libros, solamente contiene tres, que son:

1.° *Tractado de Vita beata: fecho e cōpuesto por el Honrado e muy | discreto varon Juan de lucena ēbaxador y del consejo del rey. In | titulado al Serenissimo Principe e glorioso rey Don Juan el segun | do: en nombre de Castilla de inmortal memoria.*

2.° *Breue summa lla | mada Sossiego y descanso del ani | ma.* IHS.—*M.D.XLI.*

Fol. v.° Epistola de Joan de Brocar impressor «*á los muy magnificos y muy reverendos señores los señores Dean y Cauildo de la Sancta Yglesia de Auila.*»—Fol. 2. Prólogo. *Al muy illustre e muy magnifico Señor Don Pedro de Auila, marqués de las Nauas y Señor de la casa de Villa franca su seruidor y capellan Francisco de Fuensalida profesor de latin en la muy noble ciudad de Auila.* —Fol. 3 y siguientes: texto.—Al fin (fol. 32 recto). *Aquí se acaba esta breue summa llamada sossiego y descāso del anima. La qual fue leyda y aprouada por el magnifico y muy reverendo Señor el Licēciado Pedro de la Gasca Vicario general en esta Metrópoli de Toledo, y despues con su licencia impressa en Alcalá de Henares en casa de Joan de Brocar á diez dias del mes de Deziembre, del año de nuestro Saluador Iesu Christo MD.XLI.*

Sigue *La Ingeniosa comparación.*

Este volumen perteneció al Conde de Poeting, como se ve por estas iniciales que hay al principio: F. E. C. D. P. (Francisci Eusebii Comitis de Poeting).

En la cubierta se leen las fechas 1539 y 1665; ésta es al parecer de mano del Conde de Poeting.

Ninguna observación haremos acerca de esta obra, ya que la publicamos íntegra con notas. Sólo nos fijaremos en una idea luminosa que en ella se expone, y es la noción del progreso. Mucho antes que Francisco Bacón (1), Descartes (2) y Pascal (3) combatieran el error de que

> cualquiera tiempo pasado
> fué mejor,

según cantó nuestro Jorge Manrique, Villalón hace ver cómo la humanidad, á semejanza de río caudaloso, va atesorando las riquezas intelectuales de todas las edades, aumentándolas con nuevos descubrimientos y observaciones. Verdad es que la doctrina de Villalón tiene muchos puntos de contacto con la desarrollada en la antigüedad por Lucrecio en el libro V, *De rerum natura*, y por Manilio en el I de su *Astronómicon:* ya estos poetas habían celebrado el progreso del género humano á contar desde aquellos tiempos remotos en que apenas se distinguía de las bestias, hasta que nuevo Titán abandonó las supersticiones que le asustaban y

> Eripuit cœlo fulmen viresque tonandi (4),

verso que parece escrito por un enciclopedista del siglo XVIII. Mas el progreso, tal como lo expone Villalón, no se funda en la filosofía epicúrea, tan semejante á la moderna positivista; es más bien la idea cristiana de la perfectibilidad, calurosamente defendida por varios Santos Padres é ilustres Doctores de la Iglesia.

(1) *Organum novum*, tomo I, pág. 84, traducción de Riaux.
(2) *Discurso del método.*
(3) *Pensamientos.*
(4) *Astronómicon*, lib. I.

III

Prouechoso tracta | do de cambios y contrataciones de merca | deres y reprouacion de usuras | por el licēciado Cristoual de Uillalon | graduado en Sancta Theologia. | Dirigido al muy Illustrissimo | y Reuerendissimo señor | don Francisco de Na | uarra, Obp̄o. de | Cibdad rodri | go, Prior de Roncesva | lles: y del | cōsejo de | la sc̄ta | inqui | siciō. | Prouechoso para conoscer los | tratantes en que pecan | y necesario para los | confessores sabe | llos juzgar. | Visto por los señores ynquisidores. | Año de M.D.XLI.

(Colofón.) *A gloria y alabanza de nuestro señor fenesce el | presente libro contra la vsura: hecho por el licē | ciado Villalon: ympresso en la muy no | ble villa de Valladolid, cerca de las | escuelas mayores, por Fran | cisco Fernandez de Córdoua | ympressor. Acabosse en |* xx *días del mes de | Deziembre: | año del nascimiento de nuestro saluador | de mill é quinientos y quarenta y uno.*

Un vol. en 8.º m. de 46 fols. nums.—Sign. *A-F* (1).

(1) Tres ediciones más se hicieron de esta obra; he aquí su descripción bibliográfica:

Prouechoso | tratado de cambios, y contrata | ciones de mercaderes, y repro | uaciō de vsura. Hecho por el licē | ciado Cpōual de Villalon gra | duado en sancta theología. Dirigi | do al muy Illustre y Reuerendíssi | mo señor dō Frācisco de nauar | ra, Obispo d' Ciudad rodrigo del cōsejo d' la sancta inquisiciō. Pro | uechoso para conocer los tratātes | en que peccā. Y necessario para los | cōfessores sabellos juzgar. Visto | y de nuevo añadido y emēdado | Año de M.D.XLII. (*Colofón.*) A gloria y alabāça de nuestro Señor Jesuchristo | y de la gloriosa virgē madre suya. Fenesce el pre | sente libro contra la vsura: hecho por el licēcia | do Villalō: agora de nuevo corregido y | añadido por el mismo. Impresso en la | muy noble &

A causa de la mayor importancia que con motivo del descubrimiento y la conquista de América adquirieron en España las transacciones mercantiles, varios moralistas del siglo XVI se ocuparon de esta materia en bien de las conciencias. Sólo citaremos la obra de Fr. Tomás Mercado, *Tratos y contratos*, y otra de Fr. Luis de Alcalá, intitulada *Tratado de los préstamos entre mercaderes y traficantes, y, por consiguiente, de los cambios, compras y ventas*, impresa en Toledo por Juan de Ayala el año 1546.

insigne villa de Va | lladolid, cerca de las escue | las mayores, en la offi | cina de Francisco | Fernández de cordoua im | pressor. | Acabosse | en veynte días | del mes de mayo. | Año del nascimiēto de nue | stro salvador Jesuchri | sto de mill & quiniē | tos y quaren | ta y dos | años. | Laus Deo & matri eius.

48 hojas en 4.°, letra gótica.—Sign. *A-F*.

Portada.—Dedicatoria.—Texto.—Tabla de capítulos.—Colofón.

Prouechoso tra | tado de cambios e | contrataciones de mercaderes: y reprouaci | on de vsura. Hecho por el licenciado Christo | ual de Villalon. Graduado en sancta theolo | gía. Deregido al muy Illustre y reuerendi | ssimo señor don Francisco de nauarra. Obis | po de Ciudad Rodrigo. Prior de Roncesualles y del consejo de la sancta Inquisicion. | Prouechoso para conoscer los tratantes en | que pecan: y necessario para los confessores | saberlos juzgar. (*Colofón.*) A gloria: y alabança de nuestro señor. Fenes | ce el presente libro contra la vsura. Hecho por | el licenciado Villalon. Fue impresso en la | muy noble: y muy leal ciudad de Se | uilla. Por Dominico de Rober | tis. Acabosse á veynte y siete días | del mes de Mayo. | Año del nascimiento de | nuestro Saluador | Jesu Christo de | Mill é quini | entos: y XLII años. | ✠ | Laus Deo: é matri eius.

48 hojas en 4.°, letra gótica.—Sign. *A-F*.

Portada.—Dedicatoria.—Texto.—Tabla de capítulos y materias.—Colofón.

Provechoso tratado de cā | bios é cōtrataciones d' mercade-

El libro de Villalón fué tan bien acogido, que se hicieron de él en pocos años cuatro ediciones, y rara es la biblioteca de alguna antigüedad donde no se encuentre algún ejemplar. Para que se forme una idea de su contenido, copiamos el índice, tomándolo de la edición del año 1541.

Capítulo I.—Que trata la difinición de usura y quántas maneras de usura hay.

Cap. II.—En el qual se ponen razones naturales por donde se reprueba la usura.

Cap. III.—En que se muestra ser reprovada la usura por leyes y costumbres antiguas.

res, y reprouacion, | de vsura. Hecho por el licēciado Christóual de | Villalō, graduado en sancta theologia. Pro | uechoso para conoscer los tratātes en que | peccā, y nescessario para los cōfessores | saberlos juzgar. Vā añadidos los | daños que ay en los arrēda | mientos d' los obispados | y benefficios eclesi | asticos, cō un | tratadico d' | los proue | chos | q̄ se sacan de | la Confession. | Visto y examinado por los señores del muy alto Cōsejo y | sancta Inquisicion. Año de 1546. (*A la conclusión.*) A gloria y alabança de | nr̄o señor Jesu Christo. Fenesce el muy | prouechoso tratado d' los prouechos d' | la cōfessión. Hecho por el licēcia | do Cristoual de Villalō. Im | presso en la muy noble villa | d' Valladolid cerca d' las | escuelas mayores. | En la officina d' Francisco fernandez d' cordoua | impressor. Acabósse en quince días del mes de Agosto. | Año de 1546. | Laus Deo et matri eius.

63 hojas en 4.°, letra gótica.—Sign. *A-G.*

Portada.—Al lector.—Texto.—Tabla de capítulos y materias.—Exhortación á la confesión.—Nota final.

De esta obra y de su autor solamente da Nicolás Antonio la siguiente noticia:

«Christophorus de villalon, theologus, scripsit utíliter: *Tratado de cambios y reprobación de usuras.* Hispali apud Dominicum de Robertis, 1542: 8.°—Cordubæque, 1546: in 4.°»

No conocemos esta edición de Córdoba; quizás esté equivocado Nicolás Antonio al afirmar su existencia.

Cap. IV.—Que declara quál sea el oficio del cambiador y logrero.

Cap. V.—Que trata de tres maneras de cambios reales.

Cap. VI.—Que trata de los mercaderes que, embiando á pagar en estrañas tierras sus mercadurías, embían los dineros con ventaja.

Cap. VII.—Que trata del cambio para Sevilla y Portugal.

Cap. VIII.—Que trata del cambio para Valencia.

Cap. IX.—Que trata del cambio seco de protesto.

Cap. X.—Que trata de cambios dichos árbitros.

Cap. XI.—Que trata de cambios para León en Francia.

Cap. XII.—Que trata de cambios para la Italia.

Cap. XIII.—Que trata de los provechos que tienen los cambiadores en el pagar.

Cap. XIV.—Que trata de los hazedores y correspondientes y del estar del creer.

Cap. XV.—Que trata de los corredores de cambios.

Cap. XVI.—Que trata de los cambios que se hacen con príncipes y señores.

Cap. XVII.—Que trata de cambios de feria á feria.

Cap. XVIII.—Que trata de los banqueros que hazen negocios para Roma.

Cap. XIX.—Que trata de los mercaderes que venden más caras las mercadurías fiadas que al contado.

Cap. XX.—Que trata del interesse que se lleva respecto del daño en que incurrió.

Cap. XXI.—Que trata de los contratos de compañía.

Cap. XXII.—Que trata de los regatones.

Cap. XXIII.—Que trata de contrataciones del trigo.

Cap. XXIV.—Que trata de las prendas y censos al quitar.

Cap. XXV.—Que trata de la merchanería y alparcería.

Cap. XXVI.—Que trata de la restitución del usurero, á quién y cómo se debe hazer.

Cap. XXVII.—Que trata si satisfaze el usurero con ofrescer los dineros al acreedor, y qué se requiere para bastantemente restituyr.

Segunda parte.

Que no sea lícito tomar dineros á usura de ningún cambio, tratante ni mercader, según persuasión moral.

En el *Tractado de cambios* se leen ya algunas censuras contra la ambición de los eclesiásticos, si bien no tan fuertes como las de *El Crotalón*. Así, en el cap. XXIX, *que trata de los contratos de arrendamientos de obispados y rentas eclesiásticas quanto á la malicia que en ellos se acostumbra*, dice:

«Acostumbran arrendar Obispados y beneficios por grandes sumas y quantías de dineros, purándolos y subiéndolos en cada año en gran cantidad, agora por dañarse unos á otros, agora por saber unos más industrias que otros para sacar más aventajadamente su interés. Lo qual todo es en gran peligro de los tales eclesiásticos, porque perece mucho en esta obra su fe, pues claramente se quieren asegurar de Dios..... Dixo Dios á los sacerdotes:—Yo les soy su posesión, que no tienen necesidad de otra hazienda en que suceder, y ansí se la puso tan en contingencia por los sugetar en la confiança más.—Y ellos, olvidados de la intención de su Dios, trabajan por lo asegurar con arrendamientos y contrataciones de puxas y pregones como en qualesquiera otras haziendas profanas, diziendo en alta voz:—¿Quién da más? Aunque Dios no dé pan, ¿quién me lo da á mí? ¿Ay más estremada specie de incredulidad?—En fin, hazen ferias de la sangre de Christo. También venden la hazienda y patrimonio de Dios antes que ella dé, y el sudor y el trabajo de los miserables labradores, que al fin los

arrendadores la han de sacar aunque peligre el feligrés, y no veo yo ley que permita que los diezmos y primicias se puedan arrendar antes que ni la tierra ni Dios lo den (1).»

IV

El Scholastico, en el qual se forma una académica | república o scholastica universidad con las con | diciones que deuen tener el maestro y discipulo | para ser varones dignos de la vivir. He | cho por el licenciado Cristobal de Villalon, dirigido al | muy alto y muy poderoso Principe | don Phelipe nuestro señor hijo del | muy invictisimo emperador | Carlos Quinto deste | nombre nuestro Rey | y Señor.

Manuscrito de mediados del siglo XVI. Un vol. en folio de 163 hojas.

Este manuscrito perteneció en el siglo XVI á D. Alonso Mejía de Tobar, y luego á D. Diego Sarmiento de Acuña, Marqués de Gondomar, según consta del catálogo de la biblioteca de éste; al fol. 175 se lee: *Cristóbal de Villalón. El Scholástico, en el qual se forma una Académica república;* después fué á parar á la que formó D. Luis de Salazar y Castro, y ahora pertenece á la Academia de la Historia. El catálogo citado se conserva en la Nacional, con la signatura *Uu*-46. Un vol. en fol., letra de principios del siglo XVII.

(1) Este capítulo no existe en la edición de 1541; pero sí en la de 1546, á la cual agregó su autor, además, un pequeño *Tratado sobre la utilidad de la confesión.*

«Los diezmos, escribe en el canto III de *El Crotalón,* fueron dados á los sacerdotes porque rueguen á Dios por el pueblo y porque administren los Sacramentos. Y ansí, pues los seglares no son hábiles para los administrar, queda por averiguado que no pueden llevar los diezmos.»

La biblioteca del Marqués de Gondomar, una de las más ricas que había en España, contenía 15.000 volúmenes, que ocupaban cuatro salas en la casa del Sol; una de ellas contenía los manuscritos (1). A principios de este siglo fué adquirida por la Nacional, si bien faltaban ya numerosas obras.

Difícil es fijar los años en que fué escrito *El Escolástico*. Parece que no lo compuso Villalón en Salamanca, donde se había dedicado á la enseñanza, pues habla en él de su cátedra como de cosa pasada, y sí en Valladolid, en cuya ciudad residía ya el año 1539, pues allí escribió indudablemente la *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*. Fundados en estas consideraciones y en la íntima relación que tiene con este diálogo, creemos que sería redactado por los años 1538 y siguientes (2).

Ya el mismo Villalón defendió la originalidad de su obra, diciendo que había querido imitar directamente los diálogos de Platón y Cicerón, y en ninguna manera á *El Cortesano*, de Baltasar Castellón, recientemente traducido por Boscán (3), conforme le dijeran los amigos á quienes leyó su libro.

(1) Antolínez de Burgos, *Historia de Valladolid*, capítulo LXXX.

(2) Una observación haremos, y es que en los dos proemios de *El Escolástico* aparece borrada la palabra Bachiller aplicada á su autor, y sobrepuesta ó enmendada la de Licenciado, lo cual prueba que se debió de empezar á escribir antes del año 1541, en que ya Villalón tenía este grado.

(3) *Los cuatro libros de El Cortesa | no, compuestos en italiano por el Conde Baltasar | Castellón, y agora nuevamente traducidos en len | gua castellana por Boscán.*

(Colofón.) *Aquí se acaban los cuatro libros de El Cortesa | no, compuestos en italiano por el Conde Baltassar Castellón, y | traducidos en lengua castellana por Boscán, imprimidos en | la muy noble ciudad de Barcelona por Pedro Mon | pezat, imprimidor. A dos*

Es indudable que entre *El Cortesano*, de Baltasar Castellón, y *El Escolástico*, de Villalón, hay algunas semejanzas. En ambos libros se comienza hablando de una tertulia literaria: la del primero tiene lugar en casa del Duque de Urbino, enfermo de gota á los veinte años; Emilia Pía, su mujer, recibía afablemente á varios amigos, que son: la Duquesa Isabel, hija de Federico, Marqués de Mantua, esposa de Guidubaldo de Montefeltro, Duque de Urbino, murió el año 1526; Emilia Pía, hermana de Hércules Pío, señor de Carpi; César Gonzaga, pariente de Castellón; el Conde Luis de Canosa, Obispo de Tricárico y Embajador de Francisco I en Venecia; Federico Fregoso, sobrino del Duque Guidubaldo, y Octavián Fregoso, hermano del primero; Pedro Bembo, insigne humanista; Gaspar Pallavicino; Julián de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico; Bernardo Accolti; Francisco María de la Rovère, sobrino de Julio II; Nicolás Frigio, criado del Emperador Maximiliano; Morello de Ortona, Roberto de Bari, Fr. Serafín, Ludovico Pío, Juan Cristóbal Romano, escultor; Vienzo Calmeta, Pedro de Nápoles, el Marqués Phebus, Constanza Fregosa, y Margarita Gonzaga, dama de la Duquesa Isabel.

del presente mes de Abril | Mil y quinientos treinta y cuatro. En folio, 113 hojas, letra gótica.

Ocho ediciones más se hicieron de *El Cortesano* en España durante el siglo XVI, y son las siguientes: en Toledo el año 1539; en Salamanca, por Pedro Touans, el de 1540; en Amberes, por Martín Nucio, el año 1544; en Zaragoza, por Miguel de Zapila, el año 1553; en Amberes, por la viuda de Martín Nucio, el año 1561; en Valladolid, por Francisco Fernández de Córdoba, el año 1569; en Amberes, por Felipe Nucio, el año 1574; hay otra sin fecha que lleva la cifra de Guillermo de Millis, impresor de Salamanca, por los años 1540 y siguientes.

Tanto en *El Cortesano* como en *El Escolástico*, hay una disputa acerca del bello sexo y una apología de las mujeres ilustres, sobre todo de la Reina Católica; pero fuera de estas coincidencias, el asunto es completamente distinto y sólo tienen cierta semejanza en la factura, que puede ser muy bien resultado de imitar directamente las obras de Platón, Cicerón, Aulo Gelio y otros clásicos griegos y romanos.

Los personajes que intervienen en *El Escolástico* son: D. Francisco de Mendoza y Bobadilla (1); D. Francisco de

(1) D. Francisco de Mendoza y Bobadilla, el célebre autor del libelo denominado *Tizón de la Nobleza*, nació en Córdoba á 25 de Septiembre del año 1508; sus padres fueron Don Diego Hurtado de Mendoza y Doña Isabel de Bobadilla, Marqueses de Cañete. El Obispo de Cuenca, D. Diego Ramírez de Villaescusa, le dió el beneficio simple de Cañete, y Don Francisco de Bobadilla, su tío, que gobernaba la Iglesia de Salamanca, el Priorato de Aroche. Estudió en Alcalá y salió consumado en las lenguas griega y latina; graduóse de Doctor en la Universidad de Salamanca, y en ella explicó el griego; en 1528 fué nombrado Maestrescuela; después Arcediano de Toledo, y en 1536 Obispo electo de Coria. Al año siguiente celebró un Sínodo en el cual se dispuso, entre otras cosas, «que los hijos bastardos y espurios de los clérigos no sirvieran á sus padres en la iglesia diciendo Misa ó en otra cualquier manera.» Precaviendo los fraudes que se inventarían para eludir esta prohibición, conminóse á los que tal hicieran con excomunión mayor.

Así consta en las *Constituciones y actos de la sancta Sínodo del Obispado de Coria, hechas por el Reverendísimo señor Don Francisco de Bobadilla, Obispo de dicho Obispado de Coria: Arcediano de Toledo: del Consejo de sus Magestades en el año MDXXXVII.*

Salamanca. En casa de Mathías Gast. Año MDLXXI. Un vol. en fol. de 73 hojas.

En el año 1558 fué promovido á la Iglesia de Burgos. Des-

Navarra, Prior de Roncesvalles; D. Alonso Osorio, hijo de D. Alvaro Osorio, Mayordomo de Carlos I; D. Francisco de la Vega, natural de Toledo; D. Antonio de Velasco, hijo de Doña María de Velasco, aya que fué de la Reina de Portugal; D. Guillermo Carrillo, natural de Toledo; D. Alberto de Benavides, nacido en Ubeda; D. Gaspar de Mendoza, de Valladolid; el maestro Hernán Pérez de Oliva (1), y D. Francisco Manrique, caballero portugués.

empeñó cargos importantes como el de Gobernador de Sena, y recibió á Felipe II en Génova cuando en el año 1547 éste pasó á Italia. Recibió el encargo de acompañar desde Roncesvalles hasta Guadalajara á Doña Isabel de Valois cuando se casó con el rey de España. Asistió al Cónclave en que fué elegido Pontífice Julio III. Nombrado arzobispo de Valencia, murió en Arcos cuando se encaminaba á dicha ciudad el día 1.° de Diciembre de 1566. Fué sepultado en la Catedral de Cuenca.

D. Francisco de Bobadilla, tío del anterior, fué hijo de Don Andrés de Cabrera, alcaide de Segovia, y Doña Beatriz de Bobadilla. Estudió con Alonso de Paradinas. Los Reyes Católicos le dieron el obispado de Ciudad-Rodrigo, y pocos años después el de Salamanca, donde entró el 7 de Abril de 1511. En el año 1517 asistió al Concilio V de Letrán. Estaba en Roma cuando la asaltó Borbón en 1527. Falleció en Babilafuente, pueblo de su diócesis, á 29 de Agosto de 1529.

(1) El maestro Fernán Pérez de Oliva nació en Córdoba el año 1494. El mismo nos ha dejado noticias preciosas de su vida en el *Razonamiento que hizo en Salamanca el día de la lición de oposición de la cátedra de Philosophía moral*. Según vemos en este opúsculo, estudió en las Universidades de Salamanca, Alcalá y París. Desde esta ciudad pasó á Roma, donde vivía un tío suyo; allí prosiguió sus estudios. En París leyó tres años *Las Eticas*, de Aristóteles. Vuelto á España, ganó por oposición una cátedra en Salamanca, de cuya Universidad fué Rector el año 1524. Murió el de 1533. El insigne historiador Ambrosio de Morales publicó en 1585 las obras del maestro Oliva, si

En estas palabras expresa Villalón la causa de escribir *El Escolástico:*

«Estando muchas veces retraído en mi cámara, rodeado de libros, estudiando la lición para leer á los discípulos en las escuelas, por cumplir la deuda que tenía á cargo por la renta que llevaba dellas, consideraba cada vez que para ello estudiaba, cuánta mayor curiosidad y trabajo tenía yo en releer y probeer aquella lición, muy mayor que el provecho que en los estudiantes había de hacer, y esto no por culpa mía, sino de su negligencia y poco estudio, y aun porque no sabían ni querían saber cómo avían de ser discípulos y estudiar; preciábanse de sólo el nombre de estudiantes, y satisfacíanse con ir á las escuelas diziendo que cumplían con cursar y parescer allí, pensando que aquello los haze letrados sin nunca más ver libro. ¡O Dios y quántas lágrimas costó esta consideración á mi coraçón y ojos, con los persuadir cada día que hiziesen más quenta de sí y de las letras, porque los amonestaba de parte de la esperiencia que yo tenía, que les avía después de doler su descuido y poca curiosidad, y que cuando se

bien el famoso *Diálogo de la dignidad del hombre* había sido impreso años antes.

Compuso los siguientes libros, además de los ya citados:

Discurso de las potencias del alma y del buen uso dellas.

Razonamiento que hizo en el Ayuntamiento de la ciudad de Córdova sobre la navegación del río Guadalquivir.

Lamentación al saqueo de Roma, año 1527.

Enigmas (13 estancias de arte mayor).

Enigma de la hormiga (3 estancias).

Enigma del gusano de seda (5 estancias).

Tradujo la *Venganza de Agamenón*, de Sófocles; *Hécuba Triste*, de Eurípides, y el *Amphitrión*, de Plauto.

Otras obras, como el *Diálogo del uso de las riquezas*, el *Diálogo de la castidad* y el *Tratado de la piedra imán*, por no estar acabadas, dejó de imprimirlas Ambrosio de Morales.

quisiesen aprovechar del tiempo perdido y del saber, les diría:—*Nescio vos!*—Puesto yo en esta consideración noches y días, presumí que otro tanto debría acontescer en qualquiera otra general escuela de las otras sciencias, como acontescía en la mía, pensando ser universal el descuido en la juventud, y así proponía con gran congoja de mi spíritu qué remedio se podría dar para socorrer á esta gran necessidad (1).»

Comienza *El Escolástico* con un brillante elogio de la Universidad de Salamanca, el cual trasladamos:

«Muy mayores fuerzas de juicio se requieren que las mías para haber de engrandecer y loar la muy elegante y insigne Universidad de Salamanca; aún no digo para en todo, mas para decir algo della, y por tanto tengo por mejor callar, porque sería nunca acabar. ¿Quién bastaría á decir su fundamento, sus rentas y valer? ¿Quién podría narrar su orden y regimiento, sus leyes y constituciones y censuras? Aquella divina eleción de los supremos en dignidad, aquella obediencia muy humilde de magníficos y ilustres súbditos, aquel concierto de cátredas y leturas, nunca hasta hoy fué fundada entre egiptios, griegos ni latinos.

»Y quien presumiere que me adelanto mucho en el hablar, véalo, pues no alabo cosas tan antiguas que me sea lícito fingir. Yo me tengo por obligado por la dottrina que della saqué, esforzarme en quanto á mí fuere posible, con todo mi estudio, á estorbar que el inmortal olvido obscurezca esta clara memoria, y hazerla que en las venideras hedades y en los eternos siglos reviva en el ánimo de los que están por venir, y así ternán envidia á mi tiempo, pues suele acontescer en todos aquéllos que leen las cosas de los antiguos, que forman en su ánimo mayor opinión de aquéllos de quien se escribe (2).»

(1) Proemio, fol. 1.°
(2) *El Escolástico*, cap. II del lib. I.

A continuación expone Villalón cuándo y cómo los personajes citados trataron de las buenas cualidades que debían adornar al estudiante y las ciencias que convenía aprendiera.

«Sucedió que en el año de beynte y ocho fué elegido por Rettor, en mucha conformidad, el muy magnífico señor Prior de Roncesvalles, de todos muy amado por su mucho saber, buen natural, humanidad y afabilidad. Regocixóse el estudio y los generosos y toda la Congregación, y plazióle mucho al señor Don Francisco de Bobadilla, Maestrescuela, y así á todos los demás; gobernaba con tanta industria la Universidad, en tanta quietud y sosiego y con tanto peso y gravedad como si fuera el verdadero Solón Ateniense, ó Catón ó Camillo, ó si resucitara el mesmo Platón. Era tan bien quisto de todos, que ninguno se hallaba vivir sin él; siempre le visitaban y le comunicaban con mucho plazer por gozar de su muy magnífica conversación. Venido el estío, en el qual en alguna manera afloxan las letturas y estudio por causa del gran calor, exercítanse en virtuosos pasatiempos todos aquellos señores; en compañía unos de otros, acostumbran por recrear el spíritu y sacarle á espaciar, de salirse por las aldeas cercanas ó huertas deleytosas que la ciudad tiene alrededor de sí, y por mejor se festejar inventan pasatiempos y juegos honestos para su recreación. Pues el nuestro muy magnífico Rettor acordó en este tiempo de hazer una fiesta á todos sus señores y amigos, la qual todos por le complazer quisieron aceptar. Señalado el lugar, una aldea muy fresca que estaba ay cerca en la ribera de Tormes, y venido el día diputado, el señor Maestrescuela y todos los otros señores que propuse se juntaron para ir con el señor Rettor.»

De cuatro libros consta *El Escolástico:* en el primero, D. Francisco de Navarra (1) cuenta la amistad de Antifilo

(1) Cap. V.

y Demetrio, celebrada por Luciano, y D. Francisco de la Vega, la historia de Carixeno, Menipo y Menideno (1). Don Antonio de Velasco pregunta al Maestro Oliva la causa de que los filósofos anduviesen tan opuestos en sus opiniones, y éste procura satisfacerle (2). Llegados á la aldea, oyen misa, y ya en la posada, hablan de la vida de palacio, encareciendo las excelencias de la libertad (3).

»Tenían un huésped muy honrado, un viejo sabio y de buena edad, cuyo nombre era Bonifacio, el qual con mucho plazer les salió á la puerta á rescebir. Dadas y rescebidas las debidas salutaciones, se metieron todos en conversación, porque el viejo era mucho del palacio y bien hablado.»

Bonifacio pondera las molestias de la vejez; replícale D. Francisco de Mendoza, quien se extiende en su razonamiento, imitación del diálogo *De Senectute* (4). Después de esto, Bonifacio enseña á los huéspedes su casa y les muestra hermosas pinturas que decoraban los muros (5).

En el libro II los convidados van á una huerta bella y fresca sobre toda ponderación, en medio de la cual brotaba una fuente. Allí se quejan de que hubiera «muchos maestros de las primeras letras, como es Gramática, Latín y Retórica, tan bárbaros, idiotas, que puestos los discípulos debajo de su corrección, no los enseñan sino verdaderos barbarismos y solecismos, de tal manera, que venidos los tales á manos de dotor que los haya de enseñar dotrina más alta, tienen necesidad de tiempo para desarraigar dellos estas ruínes dotrinas que para enseñarles las buenas él (6). D. Alonso de Osorio alaba la Teología, D. Fran-

(1) Cap. VI.
(2) Cap. X.
(3) Cap. XI.
(4) Capítulos XII y XIII.
(5) Cap. XIV.
(6) Cap. II.

cisco de la Vega las Leyes y D. Guillermo Carrillo la Medicina (1). Según advierten, el escolástico debe temer á Dios y desechar la vanidad de los filósofos antiguos (2); D. Francisco de la Vega censura á los filósofos hipócritas y analiza el origen de la palabra filósofo (3); añade que el discípulo debe ser obediente á su maestro (4), recogido en casa y muy estudioso (5), ejercitarse en muchas ciencias y no dedicarse exclusivamente á una, sin presumir de alcanzar la ciencia abandonado á sus propias fuerzas, pues ha de atender las lecciones de sabios profesores (6); también es forzoso que rechace las artes mágicas, conjuros y encantamientos y se abstenga de la embriaguez (7), sin que esto se oponga á que se recree honestamente (8).

En el libro III el Maestro Oliva pondera la estimación en que los sabios fueron tenidos por los antiguos (9), y añade que en las repúblicas bien ordenadas es preciso que haya profesores distinguidos por sus letras y virtudes (10), sin que los esclavos puedan ascender á dignidad tan eminente (11). D. Francisco de Mendoza se opone á que los esclavos sean expulsados de las Universidades, y Oliva le contesta; añade que los maestros han de ser hombres notables por su saber (12), y no jóvenes, sino de edad madura, y harán que sus discípulos hablen poco, meditándolo antes

(1) Cap. IV.
(2) Cap. VI.
(3) Cap. VII.
(4) Cap. VIII.
(5) Cap. IX.
(6) Cap. XI.
(7) Cap. XIV.
(8) Cap. XV.
(9) Cap. I.
(10) Cap. II.
(11) Cap. III.
(12) Capítulos IV, V, VI y VII.

muy bien; llama bárbaros é idiotas á los enemigos de los autores clásicos, pues «aquel Thomás de Aquino santíssimo, fué secacísimo de Aristóteles y vínole á comentar sus obras (1).» Quiere que no se enseñe con castigos, sino con suaves amonestaciones (2); que el profesor y el alumno estudien los mismos libros (3).

En el libro IV, D. Francisco de Navarra dice que el escolástico debe ser grave en compostura, traje y saludos (4), apartándose de conversar con mujeres y de proferir chanzas impertinentes, pues «entre todas las naciones del mundo tiene la castellana por propia pasión el mofar y el burlar (5).» Pondera á continuación los trabajos que sufren los enamorados, por lo cual el estudiante conviene que se aparte de toda lascivia, ya que las mujeres «dan el amor destilado y como por medida, y el odio sin medida. Son todas pesadas, moledoras, pedigüeñas, avarientas, lujuriosas, parleras, astutas, sagaces, arteras, embaidoras, encantadoras, hechiceras, en fin, inventoras de toda maldad..... Si es fea, la has de sufrir, y si hermosa, la has de guardar (6).» D. Alonso de Osorio defiende al bello sexo, para lo cual recuerda la oración que pronunció Cariclea en el Senado romano (7). Contéstale D. Alberto de Benavides y afirma que «más hace el hombre que sufre á la muy buena mujer, que la mujer que sufre al mal varón (8).» El Maestro Oliva toma parte en la controversia y hace una apología de la mujer, citando gloriosos ejemplos como el de

(1) Cap. VIII.
(2) Cap. IX.
(3) Cap. X.
(4) Cap. III.
(5) Cap. IV.
(6) Capítulos VI y VII.
(7) Cap. VIII.
(8) Cap. IX.

Isabel la Católica (1). D. Francisco de Navarra sentencia el pleito en favor de las mujeres (2), y D. Francisco de Mendoza dice que el amor puro es lícito (3): en este pasaje se imita el diálogo de Platón, intitulado *Simpósion* ó *El Banquete;* Hernán Pérez de Oliva opina que el escolástico debe saber Música, Pintura, Arquitectura, Cosmografía y Agricultura (4). Concluyen diciendo que los chistes y donaires son permitidos al estudiante con tal que no encierren inmoralidad alguna (5).

Muchas noticias curiosas hay en *El Escolástico*, como son estos datos para la biografía de Hernán Pérez de Oliva:

«Dixo el maestro Oliva:—Quando el Papa Hadriano fué eletto en España, yo pasé en su servicio con él, y el mayor deseo que llevaba era de ver antigüedades y cosas notables de la Italia, y iba encima de Roma cient leguas por las ver, y fuí á ver una cueva lejos de la ciudad, que entrando un hombre de una raya adentro un pie moría súbito, y desde aquella raya fuera no rescebía algún peligro; y en otra provincia fuí á ver una laguna que qualquier animal que en ella cae de improviso se come hasta los huesos (6).»

V

Gramática | castellana. | Arte breue y compendiosa para saber hablar y escreuir en la lengua cas | tellana, congrua y

(1) Cap. X.
(2) Cap. XI.
(3) Cap. XII.
(4) Capítulos XIII, XIV y XV.
(5) Cap. XVI.
(6) Lib. II, cap. XIII.

de | *centemente.* | *Por el Licenciado Villalón.* | (Escudo del impresor: un muchacho dentro de una colmena, con la leyenda «Dulcis mixta malis.») *En Anvers.* | *En casa de Guillermo Simón, á la* | *enseña del Abestruz.* | *MDLVIII.* | *Con gracia y priuilegio* (1).

Empieza este notable libro con una carta para el Licenciado Santander (2), en la cual le dice: «Señor: en los ratos perdidos y hurtados á mi contino estudio de la Sagrada Escriptura que tengo en esta aldea, vine á soñar este borrón, en el qual presumo reducir á arte la lengua castellana en imitación de la latina y griega.» Añade en el proemio al lector que «cuantos hacen cuenta de las lenguas y de su autoridad, dizen que la perfección y valor de la lengua se deue tomar y deducir de poder ser reducida á arte. Y por esto dizen todos que las lenguas hebrea, griega y latina, son de más perfección. Lo cual me lastimó tanto que de afrenta enmudecí, maravillándome de que tanto varón cuerdo y sabio que ha criado esta Castilla, con su lengua natural no huuiesen intentado restituirla en su honra, satisfaciéndola con sus ingenios de aquella injuria que se le ha hecho hasta aquí.» Afirma que la Gramática de Nebrija, por tratar de «cosas muy impertinentes, deja de ser Arte para lengua castellana y tiénesse por tradución de la latina, por lo cual queda nuestra lengua, según común opinión, en su pristina barbaridad.» Envanécese de que los hombres cultos de casi toda la Europa procurasen aprender el castellano, y de que en esta lengua se dirigie-

(1) *Gramática castellana. Arte breve y compendiosa para saber hablar y escribir en lengua castellana. En Anvers, en casa de Guillermo Simón, á la enseña del Avestruz,* 1558.

Mayans tuvo un ejemplar de este libro, que es rarísimo, y habla de él en su *Biblioteca gramatical.* Quizá sea la misma edición que la anterior.

(2) Arcediano de Valladolid.

ron á Carlos V el Landgrave y el Duque de Sajonia después de la batalla del río Albis.

En cuatro libros divide Cristóbal de Villalón su *Gramática*. En el primero se ocupa del nombre, el que define «voz ó vocablo que sinifica las cosas propia ó comunmente, y no sinifica hazer ni padecer en tiempo;» también de la declinación, de los géneros y del pronombre. En el segundo del verbo, que es «una voz que sinifica hazer ó padecer alguna obra en alguna differencia de tiempo;» habla también de la preposición, del adverbio, de la interjección y de la conjunción. En el tercero trata de la sintaxis, y en el cuarto de la ortografía (1).

VI

El Crotalón de Christóphoro Gnosopho.

Dos manuscritos se conocen de este peregrino libro. El primero se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional, y antes perteneció al señor Marqués de la Romana. Es un tomo en 4.° que consta de 5 hojas de preliminares y 172 de texto. El segundo es propiedad de los herederos del Sr. Gayangos, que lo adquirió hace bastantes años, y tiene 5 hojas de portada, índice y prólogo y 210 de texto; en 4.° La letra de ambos es la misma que la de *El Escolástico*, manuscrito que posee la Academia de la Historia. En el del Sr. Gayangos faltan algunas líneas y aun párrafos que se encuentran en el del Marqués de la Romana, lo cual ha hecho presumir que éste sea el borrador y aquél copia en limpio. Los dos fueron escritos á mediados del siglo XVI.

(1) Esta *Gramática* ha sido reproducida casi íntegra por el señor Conde de la Viñaza en su *Biblioteca histórica de la Filología castellana*, págs. 482 á 502 y 1.108 á 1.122.

Esta obra, como su mismo autor declara al principio, es imitación de cierto libro de Luciano, donde un Gallo, hablando con el zapatero Micilo, censura los vicios de su tiempo. Además, cada canto está inspirado en un diálogo del Samosatense.

En el canto I es notable la descripción de una pestilencia que se cebó en Castilla la Vieja el año 1525, y el certamen musical organizado en Valladolid, en el cual venció Tespín al jactancioso Evangelista; hácese mención de los afamados guitarristas Narváez, Macotera y Torres Barroso. Es de advertir que así en éste como en los sucesivos cantos, el Gallo da por supuesta la metempsícosis, y refiere las peripecias que le acaecieron en sus varias encarnaciones.

Canto II.—Inténtase probar que los brutos son más felices y perfectos moralmente que el hombre; el sentido alegórico es que los vicios nos ponen á un nivel más bajo que las bestias. En algunos párrafos tiene semejanzas con el *Diálogo de la dignidad del hombre*, obra maestra de Hernán Pérez de Oliva.

Canto III.—Trata de la desordenada codicia de los eclesiásticos, quienes daban suma importancia á las cuestiones relacionadas con los bienes temporales, en detrimento de la salvación de las almas. Un episodio notable contiene: en él se desarrolla una ficción igual á la de *El curioso impertinente*. Cierto clérigo había tenido una hija, llamada Ginebra, á la que amaba sobremanera; educóla virtuosamente, apartada de su madre, y llegada á edad conveniente, la casó con Menesarco, dándola rica dote; recelando éste que su mujer le fuese infiel, adquirió una copa fabricada por la sabia Morganda: el marido que bebía en ella conocía si su esposa faltaba ó no á los deberes matrimoniales; la prueba resultó favorable á Menesarco, quien no satisfecho, consiguió tomar la forma de un joven, por nombre Licinio, del cual andaba celoso; así desfigurado, se pre-

sentó ante Ginebra, la cual resistió al principio los halagos del seductor; mas al fin cedió, con tal que su buena fama quedara en salvo. Entonces Menesarco murió de repente, efecto del dolor que concibió con semejante desengaño. Es probable que Cervantes imitara esta fábula en su famosa novela.

Canto IV.—Refiere el Gallo cómo su alma encarnó de nuevo y vino á ser el hijo de un pobre labrador de la montaña. Era éste vasallo de un señor en extremo codicioso, que lo abrumaba con infinitas cargas y pedidos.

Queriendo dicho villano que sus hijos fueran más felices que él lo había sido, pensó darles una profesión, y así cuenta el Gallo: «Yo elegí ser sacerdote, que es gente sin ley.» Hecha esta elección, empezó á estudiar las primeras letras con un clérigo de una vecina aldea. Dirigióse después á Zamora, á fin de estudiar Gramática latina con un bachiller; los domingos iba por las casas echando el agua bendita á la hora de comer, y de este modo conseguía algunas limosnas con que sustentarse. Habituado ya á la mendicidad, reunióse con una compañía de vagabundos llamados *zarlos* ó *espineles*, de quienes aprendió notables imposturas. Recorrió más tarde, y ya solo, diversas provincias, unas veces cubierto con un hábito de tosco buriel, y otras disfrazado de religioso con sayo y escapulario.

Cansado ya de tan miserable vida, determinó hacerse clérigo, y sin ciencia alguna, mas provisto de seis perdices y otros tantos conejos, consiguió del Provisor ser admitido á los sagrados órdenes. Veamos lo que Alejandro refiere de su vida de sacerdote: «Me vine á vivir á una muy buena aldea de buena comarca y de hombres muy ricos. Ofrecíanme cada domingo mucho vino y mucho pan, y cuando moría algún feligrés, toda la hacienda le comíamos con mucho placer en entierros y honras.» Los placeres de la mesa le arrebataron la existencia, y su alma fué á encarnar «en un corpezuelo de un burro que estaba por nacer.»

En el canto V se propone el Gallo hacer patentes los engaños y lascivia de muchas perversas mujeres, y juntamente los daños que acarrean á los jóvenes incautos, para lo cual refiere lo que le acaeció cuando habiendo su alma encarnado nuevamente, fué el hijo de un alto personaje. Habiendo los franceses invadido el reino de Navarra en el año de 1522, el Condestable D. Iñigo de Velasco ordenó á los señores que reuniesen sus mesnadas; y cuenta el Gallo que, siendo su padre de edad avanzada, le encomendó llevar ante el Capitán general los doscientos hombres de armas que había en sus dominios: con ellos se dirigió á Navarra. Era ésta el país clásico de la brujería: dábase por cierto que allí había mujeres tan doctas en las artes mágicas, que anublaban los aires, paraban el sol, obscurecían la luna, se transformaban en hermosas doncellas y convertían los hombres en bestias de varias especies. Lo cierto es que tales supersticiones estaban muy arraigadas en tal región durante los siglos XVI y XVII (1).

Caminando por este reino el mancebo de nuestra historia, trabó conversación con un hombre que hallara en el camino, quien después de advertirle cuánta cautela era precisa para no ser envuelto en las redes de las hechiceras, muy numerosas en aquella comarca, le rogó se aposentara en la casa de una señora muy principal á quien él servía. Condescendió, y salió á recibirle, una vez llegado á la villa próxima, cierta dueña de respetable edad, que era maga extremada y mujer liviana. Conociendo el peligro en que se hallaba, dispuso marcharse; y como le suplicara la dueña que honrara con su presencia el castillo de una sobrina suya, situado á poca distancia, prometió que así

(1) Véase Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, cap. IV.

Fr. Prudencio de Sandoval, *Vida del Emperador Carlos V;* lib. XVI, párr. XV.

lo haría. Partió, en efecto, el joven, y al declinar la tarde llegó «á un pequeño y muy apacible valle, donde parecía que se augmentaba más la floresta con muchos jazmines altos y muy graciosos naranjos que comunicaban en aquel tiempo su oloroso azahar, y otras flores de suave y apacible olor. En el medio del cual valle se mostró un fuerte y gracioso castillo que mostraba ser el Paraíso terrenal.»

La bella Saje, habitadora de tan relumbrante mansión, tenía consigo una corte de jóvenes doncellas, porque «nunca allí entró cana, arruga ni vejez, sino solamente juventud de doce hasta treinta años.»

Nuestro doncel fué obsequiado con ricos banquetes entre los acordes de la música, el suave olor de los perfumes y las miradas amorosas de Saje, de quien llega á enamorarse y es correspondido.

En este canto vemos cómo los libros de caballerías ejercían no poco influjo en Cristóbal de Villalón.

El canto VI es notable por la descripción que contiene de varias pinturas que adornaban las salas del palacio encantado. El asunto de ellas era las batallas ganadas por las tropas del Emperador Carlos V en Pavía, Túnez y junto al río Albis. La relación de estas victorias constituye un curioso documento para nuestra historia.

En el canto VII zahiere el Gallo la vida regalada de los frailes, de tal manera que recuerda los diálogos de Erasmo sobre el mismo particular. El episodio en que se cuenta la vida de una célebre ramera tiene algunos puntos de contacto con el *Casamiento engañoso*, de Cervantes.

En el canto VIII el Gallo censura el espíritu mundano de las religiosas, cuyas aspiraciones se reducían á «descender de los godos y negar su propio linaje,» granjearse amigos y vivir en continuas rivalidades dentro del mismo convento. A la conclusión hay una batalla entre ranas y ratones, imitación del poema atribuído á Homero.

Cuenta el Gallo en el canto IX cómo fuera en otro tiem-

po cierto joven llamado Alberto Cleph, unido con Arnao Guillén por los vínculos de una desinteresada y estrecha amistad. Habiéndose éste casado con Beatriz, doncella de rara hermosura, continuaron él y su amigo en la misma comunidad de afectos é intereses que antes. Dirigiéronse en cierta ocasión á Londres, donde debían realizar algunos créditos, y como se levantara una furiosa tempestad, cayó Alberto á las olas, de donde fué sacado por Arnao Guillén, quién se arrojó á ellas con grave peligro de su vida. Mas he aquí que Beatriz se enamora locamente de Alberto, quien reconociendo los inmensos beneficios que le había hecho su constante amigo, evitaba cuidadosamente las ocasiones de que le declarara su pasión aquella mujer lasciva. Repítese por fin el episodio de la esposa de Putifar. Alberto, avergonzado ante la calumnia de Beatriz, huye á un país donde no se tenga noticia alguna de él ó perezca á manos de corsarios, y Arnao Guillén, que sabe la inocencia de su amigo, emprende largos viajes, buscándole para mostrarle su gratitud por tan admirable fidelidad.

Canto X.—Alberto ha llegado á Marsella, donde se alista entre los soldados que se habían de embarcar en una escuadra que el Rey Francisco preparaba. Salida ésta del puerto, se avista á los pocos días con otra turca y es derrotada después de un sangriento combate. Alberto cae en poder de los infieles, quienes lo llevan cautivo con otros muchos prisioneros á la Morea, y es encerrado en una hedionda cárcel, donde sufre tormentos cruelísimos. Destinado más tarde al remo, sirvió en una galera que con varias fué cogida por el experto marino Andrea Doria. Llegado que hubo con éste á Génova, es reconocido por su antiguo amigo Arnao, quien lo demanda ante el juez, no más que para dar público testimonio de la ejemplar fidelidad y abnegación de Alberto, cuya fama con tal motivo se esparce por toda aquella región.

En el canto XI hace ver el Gallo lo irracional que es el

temor de la muerte, porque si bien se considera no es otra cosa que la separación del alma y del cuerpo, la cual, verificándose en un momento, no ha de causar los dolores que la imaginación nos representa. Censura á continuación el vano aparato y ostentación de los funerales, y á propósito refiere lo que vió en el entierro del Marqués del Basto, que murió en Milán el año 1546.

Una observación tenemos que hacer sobre este canto, y es que la relación del entierro y funerales del Marqués del Basto no debe ser original, sino copiada de otra impresa ó manuscrita (1). Induce á creerlo así el verla entre los apuntes del Licenciado Sebastián de Orozco, quien no es de presumir que la tomase de *El Crotalón*, ni fué autor de ella, toda vez que es obra de un testigo ocular. Sabido es que Orozco, como hombre curioso, insertaba en su *Miscelánea* los documentos que le interesaban, á la vez que describía los hechos por él presenciados en Toledo, su residencia (2).

En el canto XII, imitación del Icaro Menipo, supone el Gallo que subió al cielo y desde él vió los reinos de la tierra.

En el XIII se refiere la historia de Andrónico y Drusila. Habiéndose dado palabra de casamiento, Drusila fué solicitada por el Rey de Tracia para su hijo Raimundo; al verse éste desairado, declaró la guerra al padre de aquélla y lo venció en el primer encuentro. Por entonces cayó prisionero Andrónico en poder del soberano de la Lidia, y Drusila resolvió libertarlo, á cuyo fin se vistió de hombre y marchó á dicho reino: allí se granjeó el afecto de Sofrosina, hija del monarca; valiéndose de cierto anillo que ésta

(1) Biblioteca Nacional, *Aa*-105.

(2) Acerca de la *Miscelánea* de Orozco hay un erudito trabajo al frente de su *Cancionero*, publicado por la *Sociedad de Bibliófilos andaluces*.

le cedió, saca de la cárcel á su amado, quien corresponde con ingratitud horrible á la abnegación de Drusila, dejándola abandonada en una isla; Raimundo venga á la nueva Ariadna; se apodera de Andrónico, y lo ata á la cola de un fogoso caballo, que lo despedaza arrastrándolo.

En el XIV se hace una descripción del cielo; incidentalmente satiriza á los filósofos de su tiempo, quienes habían «inventado unos no sé qué de géneros de setas y opiniones que nos lanzan en toda confusión. Unos se llaman reales y otros nominales; que dejando aparte las niñerías y argucias de sofismas, actos sincategoremáticos y reglas de instar..... en la Filosofía, es vergüenza de decir la diversidad de principios naturales que ponen: insecables átomos, innumerables formas, diversidad de materias é ideas.»

En algún pasaje se pudiera sospechar que late el germen luterano, como es en el siguiente:

«Micilo.—Pues dime, Gallo, ¿qué decían allá en el cielo de las bulas y indulgencias? Que casi quieren decir los theólogos deste tiempo que el Papa puede robar el Purgatorio absolutamente.

»Gallo.—Dejemos esas cosas, Micilo, que no conviene que se diga todo á tí, y sabe que otro lenguaje es el que se trata acá, diferente del que pasa allá.»

En el XV se describen las penas de los condenados; algunos castigos, como el de las serpientes venenosas, recuerdan los que puso Dante en su *Infierno:* es un cuadro bien trazado; en él se admite la existencia del Purgatorio.

En el XVI se cuentan los horribles delitos cometidos por Rosicler, hija del Rey de Siria, al tener amores incestuosos con Narciso, su padre, y quitar la vida á su marido. Hácese mención de las almas de Lutero, Zuinglio y otros reformadores, arrojadas sin cesar por los demonios á hirvientes calderas de pez.

El canto XVII es una sátira mordaz é incisiva contra la licencia de los clérigos en sus banquetes; no hay en

todo *El Crotalón* páginas tan violentas como éstas contra los eclesiásticos. Zenón, hijo de Aristeneto, rico cambiador, decidió cantar Misa; llegado el día en que había esto de verificarse, «fuimos, dice el Gallo, con gran celebridad de canción de clérigos y gran música de instrumentos, laúd, rabel, vihuela de arco, psalterio y otras agraciadas sonajas que tañían hombres que para semejantes autos se suelen alquilar. Terminado el divino sacrificio, convida Aristeneto todos sus amigos á un banquete, donde los clérigos escandalizan á los seglares con sus bufonadas y groserías.»

El canto XVIII, aunque alegórico, excede en la exageración con que se revisten los pensamientos á las narraciones de Simbad el marino. Cuenta el Gallo cómo á raíz de la conquista de México determinó ir á este país, para donde se embarcó en compañía de varios jóvenes, como él aventureros. En medio del Océano hallan una ballena tan grande como un continente, que se traga el navío, y ya en el estómago sin lesión alguna los navegantes, contemplan fértiles vegas, ricas viñas y arroyos de leche. En una humilde casa hallan dos mujeres, quienes declaran ser la Bondad y la Verdad, y se lamentan del descubrimiento de las Indias, que ha despertado la avaricia en muchos corazones; censuran la rapacidad de los escribanos, las trapacerías de los comerciantes y la avaricia de los clérigos. Después de esto, consiguen los viajeros presos en el vientre del cetáceo huir de cárcel tan temerosa.

En el canto XIX se esfuerza el Gallo en probar cómo la felicidad no se encuentra en los palacios: él había probado la vida de éstos, y solamente de recordarla se le saltaban las lágrimas. «Servir á los poderosos, dice, es hacerse esclavo por un mezquino sueldo, sufrir mil impertinencias y á la postre ser despedido con fútiles pretextos. ¿Quién es aquél que teniendo algún oficio ó arte mecánico, aunque sea de un pobre zapatero como tú, que no quiera más con

su natural y propia libertad con que nació, ser señor y quitar y poner en su casa, conforme á su voluntad, dormir, comer, trabajar y holgar cuando quiera, antes que á voluntad ajena vivir y obedecer?»

En el canto XX, Demóphon, vecino de Micilo, pregunta á éste la causa del pesar que le abrumaba, á lo que responde haber perdido su mejor amigo, un Gallo que había sido el filósofo Pitágoras, y se lo habían muerto unas mujeres en Carnestolendas. «Con él, dice, pasaba yo mis trabajos de noche y día; no había cosa que yo quisiera saber ó haber, que no se me diese á medida de mi voluntad. El me mostró la vida de todos cuantos en el mundo hay; lo bueno y lo malo que tiene la vida del rey, del ciudadano, del caballero, del mercader y del labrador. El me mostró todo cuanto en el cielo y en el infierno hay, porque me mostró á Dios y todo lo que gozan los bienaventurados allá.» A continuación hacen ambos vecinos una triste pintura de Valladolid, corte de España por aquel tiempo. «*Allí*, dice Demóphon, *tan sólo hay pecados y ofensas de Dios, pleitos, hurtos, usuras, mohatras, juegos, blasfemias, simonias, trapazas y engaños.*» Terminan despidiéndose con propósito de acomodar su vida á los sabios consejos del Gallo.

VII

Viaje de Turquía.

Dos manuscritos se conservan de esta notable obra en la Biblioteca Nacional. El primero, que es indudablemente el borrador, fué empezado á escribir, según consta al fin de la dedicatoria á Felipe II, el 1.º de Marzo de 1557: consta de 150 hojas en folio. Al principio tiene un minucioso índice, como si el libro fuese destinado á imprimirse inmediatamente; sigue el texto, en que se refieren las aventuras de Pedro de Urdemalas (Cristóbal de Villalón); en

el folio 133 comienza una descripción de Constantinopla, y desde el 139 hasta la conclusión contiene la historia de los Emperadores y Sultanes de aquella ciudad. Tiene dos numeraciones: la primera por folios, y la segunda por páginas; es lástima que falten algunas hojas, á saber, desde la pág. 182 á la 218. Los interlocutores son designados en las primeras hojas con los nombres de Apatilo (de ἐξαπατάω, engañar), Panurgo (de πανοῦργος, astuto) y Polítropo (de πολύτροπος, multiforme). Después se cambian en los de Juan de Voto á Dios, Mátalas Callando y Pedro de Urdemalas (1). El segundo es una copia exacta de éste, hecha en el último tercio del siglo XVI. Ignoramos cuál es el verdadero título de estos diálogos, pues el que hemos puesto aparece escrito posteriormente.

Ambos manuscritos pertenecieron á D. Diego Sarmiento de Acuña, Marqués de Gondomar, según consta en el catálogo de su biblioteca, folio 169. Son citados con este título: *Libro que trata del viaje de Turquía;* y á continuación: *hay dos de éstos del mismo autor.*

Otro manuscrito vió Gallardo; copiamos la descripción que de él hizo, publicada en el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos:*

Diálogo de Pedro de Urdimalas y Juan de Voto á Dios y Mátalas Callando, que trata de las costumbres y secta de los turcos, y de otras cosas de aquellas partes.

Manuscrito en folio; original (B. Camp.)

«Es lástima que falte el fin de la dedicatoria y el principio de la obra, donde estaría el nombre del autor.

»El título que llevo estampado le copié del encabezamiento de la segunda parte de esta obra.

»Es obra escrita en el último tercio del siglo XVI y que merece ser leída muy detenidamente, porque sin duda ha de dar luz para ilustrar la Historia de aquellos tiempos y

(1) Tiene la signatura *M*-529.

la vida de varios sujetos célebres, empezando quizá por la de Cervantes.»

Increíble parece que bibliógrafo tan sabio como Gallardo cayese en los errores que contienen las líneas transcritas. En primer lugar, es falta imperdonable el que, sospechando hubiera en el manuscrito noticias biográficas de Cervantes, no lo leyese atentamente; además, resulta imposible el que mencionara siquiera al autor del *Quijote*, pues fué empezado á componer el *Viaje de Turquía* en el año 1557, cuando Cervantes era un niño de diez años. Ponemos en duda el que fuese original el manuscrito visto por Gallardo: sería probablemente una copia de la época; el autógrafo, y por consiguiente verdadero original, es el de la Biblioteca Nacional, ya mencionado.

Una vez que Villalón salió del cautiverio, quiso escribir la relación de sus trabajos y de lo que había visto, á imitación de otros que le habían precedido en arrastrar la cadena, cuales fueron Díaz Tanco del Frexenal, Antonio Menavio y Bartolomé Georgievitz (1). Compúsola en diá-

(1) *Libro intitulado Palinodia de la nephanda | y fiera nacion de los Turcos, y de su engañoso arte y cruel modo de guerrear, y de los | imperios, reynos y provincias que han subjetado y poseen con inquieta ferocidad.* (Al fin.) *Este libro llamado Palinodia..... acabose de imprimir á quinze días de Seticmbre del año de nuestra redencion M.D.XXXXVII.*

Un vol. en fol. á dos columnas; 62 hojas numeradas, y 10 de principios sin foliación.

Gio. Ant. Menavino.—*I costumi et la vita de Turchi con una prophetia et altre cose turchesche: Fiorenza, L. Torrentino*, 1551.

Un vol. en 8.°

Libellus Barth. Georgievitz diversas res Turcharum tradens: Romæ, s. i., 1552.

Un vol. en 8.° con grabados.

En el prólogo dice: «Divina voluntate suscitatus illiusque voracissimi et insatiabilis draconis orco et faucibus ereptus

logo, como casi todas sus obras, y aunque los interlocutores están encubiertos con el velo del pseudónimo, hemos podido identificarlos. Son: Pedro de Urdemalas ó Polítro-

ejusque tormentis et supliciis liberatus-fratribus meis christianis illarum penarum certissimus nuntius veni.»

Cita un vaticinio de los turcos sobre la destrucción de su imperio, transcrito en el *Viaje de Turquía*, y que comienza así: «Patissahomoz ghelur ciaferum memleketi.....»

En otro libro refiere las penalidades de su cautiverio, y dice: «Omnibus bonis spoliatus, catenis vinctus, per áspera atque lubrica Thraciæ Asiæque Minoris loca ut jumentum aliquod oppidatim, vicatim et plateatim venum ductus, ad gravissima variaque rustica negotia septies venundatus, ibique sub Turcica ac rústica férula et áspera disciplina in fame et siti, in frigore et nuditate sub dio cubans, gregem ovium armentaque pascere, agriculturam exercere, equos curare, militiæ artem discere compulsus sum. Unde capta fuga, glandibus, herbis agrestibus earumque radicibus amaris modico sale conditis victitans, in solitúdine arctico polo errans inter voracíssimas feras versatus sum. Hellespónticum mare trábibus fune colligatus trajicere conatus sum, tandem captus, ad herum deductus, mánibus ac pédibus ligatus in terram prostratus fustibus duriter cæsus, postea ad mangones atque lanistas venum rejectus, ita ut tredecim annorum spatio adversæ fortunæ flúctibus agitatus sub Imperio Turcarum multas miserias, calamitates, afflictiones et persecutiones pro fide Catholica experiri patique coactus sum.» (De *Turcarum moribus. Lugduni, apud Joan. Tornæsium*, MDLVIII.)

Como en el siglo XVI, sobre todo, España y Turquía se disputaron la preponderancia en el Mediterráneo, las cosas del Imperio otomano interesaban á los españoles, y de aquí el que se escribieran ó tradujeran varios libros que trataban de aquella nación; enumeraremos los principales:

Relacion de la guerra que el Rey de Persia hizo al Turco, año 1553.

Biblioteca Nacional, *E*-106, págs. 112 y siguientes.

po, Cristóbal de Villalón, Juan de Voto á Dios ó Apatilo, Alonso de Portillo, Mátalas Callando ó Panurgo, el clérigo Granada.

Alonso de Portillo, Rector de la Universidad de Alcalá

Hystoria en la qual se trata de la origen y guerras que han tenido los turcos desde su comienzo hasta nuestros tiempos. Recopilada por Vicente Rocca: Valencia, s. i., 1556.

Un vol. en fol.

Crónica de los Turcos, por Antonio de Herrera.

El manuscrito original se conserva en la Biblioteca Nacional; es un vol. en fol. Sign. *L*-224.

Paulo Jovio. *Noticia de la milicia y poder de los Turcos, Traducido del latin con adiciones: Barcelona, por Carlos Amorós*, 1543.

Un vol. en 4.°

Nuevo tratado | de Turquía | con una descripcion | del sitio y ciudad de | Constantinopla | costumbres del Gran Turco | de su modo de gobierno, de su Palacio | Consejo, martyrios de algunos marty | res y de otras cosas notables; compuesta por Don Otauio Sapiencia: Madrid, año 1622.

Un vol. en 4.° de 40 folios.

Relacion del Imperio y costumbres de los Turcos.

Está escrita con las noticias que hay en las obras de Paulo Jovio, Antonio Menavio, Pedro Belonio y el P. Antonio Báez.

Letra de principios del siglo XVII. Un vol. en fol. de 87 hojas.

Biblioteca Nacional, Manuscritos, *I*-200.

Relacion de la ciudad de Constantinopla y de las cosas más notables que hay en ella..... Hecha por Gerónimo Paronda, entretenido por Su Magestad en Nápoles con cargo de la correspondencia secreta de Levante en 30 *Luglio* 1631.

Letra de la época; 19 hojas en fol.

Bibl. Nac., Mss., *I*-153.

Grandezas de Constantinopla, compuesto por el Rabí Moysen Almosnino, y traducido por Jacobo Cansino: Madrid, por Francisco Martínez, 1638.

Un vol. en 4.°

en el año 1515 (1), fundó el hospital de la Resurrección, que fué en algún tiempo casa llana. En el siglo XV García de Sagredo legó el derecho de mancebía á la Cofradía de

Gobierno de los Turcos, por Miguel Fabro de Novi: Madrid; Imp. de Antonio Román, 1693.

Un vol. en 4.°

De las obras que tratan de Turquía, impresas en el extranjero, sólo citaremos las siguientes:

De rebus turcarum ad Franciscum Gallorum Regem, Christophoro Richerio authore. Parisiis, ex officina Rob. Stephani, anno 1540.

Un vol. en 4.°

Andrea Gambini.—*Commentaria della origine de Turchi et Imperio della Casa ottomanna.* S. l., año 1540.

Commentarii delle cose de Turchi con gli fatti et la vita di Scanderberg, per Paulo Giovio: Vinegia, Figliuoli di Aldo, 1541.

Historia universale de l'origine et imperio de Turchi, racolta da M. Francesco Sansovino: Venetia; Michel Bonelli, M.D.LXXIII.

Un vol. en 4.° de 471 folios.

Lo Ottomano, del Signor Lázaro Soranzo: Napoli, Constantino Vitale, MDC.

Un vol. en 4.° de 79 hojas.

(1) He aquí los datos que sobre Alonso de Portillo hemos hallado en los documentos del Colegio de San Ildefonso, que se conservan en la Biblioteca Nacional y en el Archivo Histórico Nacional:

Año 1512.—Bachilleres, Fabián de Nebrija y Alonso de Portillo.

Año 1513.—Mayordomo, Alonso de Portillo.

Año 1514.—Maestros, Agustín Pérez de Oliva, Fabián de Nebrija, Alonso de Portillo y Miguel Carrasco.

Año 1515.—Rector, Alonso de Portillo; Maestro, Juan de Vergara.

Año 1517.—Rector, Miguel Carrasco; Maestros, Alonso de Portillo y Juan de Hontañón.

Como las constituciones del mencionado Colegio mandaban

la Consolación y Concepción, y en el mismo edificio de ésta se hallaba el lupanar. Dicha Cofradía cedió tan inmundo privilegio á la ciudad, á cambio de 20.000 maravedís de renta anual. En 25 de Marzo del año 1553, Alonso de Portillo, Gregorio de Torquemada y el Licenciado Granada entraron en la mancebía, arrancaron las llaves á la dueña y expulsaron las meretrices; el local fué dedicado exclusivamente á hospital con el título de la Resurrección (1): éste es sobrado conocido por haberlo inmortalizado Cervantes con el *Coloquio de los perros Cipión y Berganza* y las aventuras del alférez Campuzano del *Matrimonio engañoso,* preliminares de aquel diálogo.

«El ospital de la Resurrezión, dice un manuscrito de la Nacional, a sido su principal fundador Alonso de Portillo, clérigo que al presente le administra, y en sus principios le ayudaron á ello Granada, cura que fué de San Salvador, é Gregorio de Torquemada, defuntos. Están gastados en el edificio dél como nuebe mill ducados, poco más ó menos, de limosnas que se an allegado, y lo que está hecho está muy bien edificado, é tiene mucho sitio para se edificar é proseguir el edificio, como se haze (2).»

que fuese Rector uno de los treinta y tres colegiales, no vemos dificultad en que este Alonso de Portillo sea el mismo que fundó el hospital de la Resurrección y murió en el año 1584.

(1) Sangrador y Vitores, *Historia de Valladolid*, tomo I, pág. 435.

(2) *Papeles sobre la reduction de los ospitales que ay en esta villa [de Valladolid] y la relacion dellos y sus rentas.*

Letra del siglo XVI (Bibl. Nac., P. V., fol. C-10, n.° 64.)

Es un informe sobre los hospitales de aquella ciudad, mandado hacer por Felipe II en Cédula dada á 22 de Febrero de 1578, la cual está copiada al principio.

Portillo murió en el año 1580, como consta de su epitafio copiado por Floranes en un libro suyo que contiene los epitafios más notables de Valladolid:

Que Juan de Voto á Dios, esto es, Alonso de Portillo, había estudiado en Alcalá, lo dice él mismo en el *Viaje de Turquía:*

«Yo acabé de oir mi curso de Theología, como me dexastes en Alcalá, con la curiosidad que me fué posible, y agora, como veis, nos estamos en la corte tres ó quatro años há, para dar fin, si ser pudiese, á mis hospitales que hago (1).»

Mata, ó sea el clérigo Granada, exclama en otra ocasión:

«Pluguiera á Dios que yo hubiera estado lo que en Alcalá, en París ó en Bolonia, que á fe que de otra manera hubiera sabido aprovecharme (2).»

De dos partes consta el *Viaje de Turquía:* la primera, en que refiere Villalón sus aventuras, empieza con un cuadro satírico de los peregrinos que iban á Santiago, muchos de ellos vagabundos ó rateros.

Buena prueba de los infinitos abusos que se cometían con ocasión de las peregrinaciones, es una pragmática dada por D. Carlos y Doña Juana en el año 1523, por la que se prohibe á los romeros apartarse cuatro leguas de los pueblos del camino ordinario. Las Cortes de Toledo, año 1525, y de Madrid, año 1528, se ocuparon del mismo asunto. Felipe II expidió una Real cédula á 13 de Junio de

Pedro Alonso de Portillo, administrador que fué deste hospital, el qual ayudó al principio dél con su santo celo y industria y aumentó perseverante en él casi cuarenta años, hasta que murió, sávado á 17 de Octubre de 1584.

Del Bachiller Granada se hace mención en los *Libros de actos y grados de la Universidad de Alcalá de Henares,* que se guardan actualmente en el Archivo Histórico Nacional; tomo I, año 1520.

(1) *Viaje de Turquía,* fol. 16.

(2) Idem, fol, 97.

1590, por la cual se prohibe á los españoles andar en traje de peregrinos y se les manda llevar licencia por escrito de sus Prelados. En cuanto á los extranjeros, les permite usar hábito de romeros, siempre que fueran provistos de las correspondientes dimisorias de sus Obispos. Tanto para unos como para otros, se repite la prohibición de desviarse cuatro leguas del itinerario acostumbrado (1).

En la introducción de que hablamos imítase la del diálogo de Alfonso Valdés, intitulado *Lactancio y el Arcediano*, donde el primero se encuentra en la plaza de Valladolid con el Arcediano del Viso, que llega de Roma en traje de soldado, con sayo corto, espada ceñida y barba larga, de lo cual se admira su antiguo amigo. Por la íntima relación que tiene con nuestra novela picaresca en sus comienzos, pues *El Lazarillo de Tormes* (2), fuente primordial de todo este género literario, se había publicado cuatro años antes, la copiamos íntegra:

«JUAN.—La más deleytosa salida y más á mi gusto de toda la cibdad y de mayor recreación es ésta del camino francés, ansí por la frescura de las arboledas como por gozar de la diversidad de gentes, variedad de naciones, multitud de lenguas y trajes que el señor Santiago nos da por huéspedes en éste su peregrinaje.

MATA.—Como todas las cosas que debaxo de la luna están tienen su haz y embés, tampoco ésta se puede escapar, por donde yo la tengo en poco uso.

JUAN.—Al menos es cierto que aunque Dios la criara perfecta, en vuestra boca no le tiene de faltar un sinó, como es de costumbre: ¿qué tacha ó falta tiene?

MATA.—No me la iréis á pagar en el otro mundo, ansí Dios me ayude.

(1) *Novísima Recopilación*, lib. I, leyes 6 y 7.

(2) Villalón conocía esta novela, impresa en el año 1553: menciona á su protagonista en *El Crotalón*, canto VIII.

Juan.—Si no habláis más alto, este aire que da de cara no me dexa oyr.

Mata.—Digo que es gran trabajo que por todo el camino, á cada paso no abéis de hablar otra palabra sino «Dios te ayude:» verdaderamente, como soy corto de bista, aquel árbol grueso y sin ramas que está en medio del camino, todas las vezes que paso junto á él, pensando que me pide, le digo «Dios te ayude.»

Juan.—Buen remedio.

Mata.—Eso es lo que deseo saber.

Juan.—Darles limosna y callar.

Mata.—A sólo vos es posible tal remedio, que como soys de la compañía de Juan de Voto á Dios, no pueden faltar, por más que se dé, las cinco blancas en la bolsa; pero á mí, que soy pobre, mexor me está demandar que dar.

Juan.—Nadie es tan pobre que alguna vez no tenga que dar una blanca ó un poco de pan, ó al menos un pedazo de compasión de no tener que dar, y dolerse del pobre; pero vos sois amigo de beber la tarja que sobra y no acordar que ay mañana.

Mata.—La mayor verdad es que al propósito se puede dezir, y por tal no la contradigo, y pues jugamos el juego de dezirlas, quiero también yo salir con la mía.

Juan.—No de manera que muerda.

Mata.—No dexará señal más que un rayo; veinte y más años há que nos conoscemos y andamos por el mundo juntos, y en todos ellos, por más que lo he advertido, me acuerdo aberos visto dar tres vezes limosná; sino al uno porque no sirbes un año; al otro, gran necesidad tenía Santiago de tí; al otro, en el ospital te darán de cenar, y á bueltas desto mil consejos airadamente porque piensen que con buen zelo se les dize; pues el «Dios te ayude,» ¿yo de quién lo aprendí sino de vos? Que en mi tierra á solos los que estornudan se les dize esa salutación. Creo que pensáis que por ser de la casa de Voto á Dios sois libres de

hazer bien como quien tiene ya ganado lo que espera; pues mandoos yo que á fe no estáis más cerca que los que somos del mundo, aunque más ospitales andéis fabricando. Mas dexad esto aparte: en todo el año podemos salir á tiempo más á vuestro propósito; ¿no miráis quánto bordón y calabaza?; ¿cómo campean las plumas de los chapeos?; para mí tengo que se podría hazer un buen cabezal de las plumas del Gallo de Señor Sancto Domingo; bien aya gallo que tanto fructo de sí da; si como es gallo fuera obeja, yo fiador que los paños vaxaran de su precio; ¿pensáis que si el clérigo que tiene el cargo de rrepartirlas ubiera querido tratar en ellas, que no pudiera aber embiado muchas sacas á Flandes?

Juan.—Mirad aquel otro bellaco tendido qué regozijado va en su caballo y qué gordo le lleba el bellaco, y esta fiesta pasada, quando andaba por las calles á gatas, qué vozes tan dolorosas y qué lamentaziones hazía; el intento del ospital de Granada que hago es por meter todos estos y que no salgan de allí y se les sustentará; para éstos son propios los ospitales, y no los abía de dexar salir dellos, sino como casa por cárcel, dándoles sus raciones suficientes como se pudiesen substentar.

Mata.—Si eso ansí fuese, presto abría pocos pobres aplagados.

Juan.—Claro es que no quedaría ninguno.

Mata.—No lo digo por eso, sino porque en viéndose enzerrados, todos se ahorcarían y buscarían maneras como se matar; ¿luego pensáis que los más, si quisiesen, no ternían sanas las llagas?

Juan.—¿Por qué no lo hacen?

Mata.—Porque ternían enfermas las bolsas, las quales agora están bien aforradas; no ay hombre destos que en un librico no traiga por memoria todas las cofradías, memorias, procesiones, ledanías y fiestas particulares de pueblos, para acudir á todo por su orden: dezid, por amor de

mí, ¿quántas ferias abéis visto que en la cibdad ni sus derredores se hagan sin ellos?

Juan.—Opinión es de algunos de nuestros theólogos que son obligados á restitución de todo lo que demandan más de para el substentamiento de aquel día, so pena de malos christianos.

Mata.—Mejor me ayude Dios, que yo no los tengo por christianos, quanto más por buenos; ni precepto de todos los de la ley guardan.

Juan.—Eso es mal juzgar sin más saber.

Mata.—Ellos, primeramente, no son naturales de ningún pueblo, y jamás los ví confesar ni oir misa; antes sus boces ordinarias son á la puerta de la iglesia en la misa mayor, y en las menores de persona en persona, que aun de la devoción que quitan tienen bien que restituir, y no me espantan éstos tanto como el no advertir en ello los que tienen cargo, que jamás ubo obispo, ni probisor, ni visitador, ni cura, ni governador, ni corregidor que cayesen en la quenta de ver cómo nunca éstos que piden por las iglesias oyen misa, y si la oyen, quándo; al menos yo en todas las horas que se dizen, mirando en ello todo lo posible, no los he podido descubrir; aun quando alzan, apenas se ponen de rrodillas ni miran allá. En lo que dexistes de la restitución, querría preguntaros, no quánto os an restituído, porque no tienen qué, pues tampoco les abéis dado; ¿pero quánto abéis visto ú oído que an restituído?

Juan.—Restituir no les ví jamás; pero vender hartas camisas y pañizuelos que mugeres devotas les dan, infinitas, entre las quales, por no ir lexos, esta semana vendió uno tres, y se andaba con todo el frío que hazía en viuas carnes.

Mata.—Qué bien andada tenía la mitad del camino para los cient azotes que merescía, si el corregidor lo supiera hazer; mas ay algunos ministros destos quel Rey tiene para la justicia, tan ipócritas en estos pequeños negocios,

que pensarían que pecaban grabísimamente en ello, aunque más acostumbrados estén á pasar sobre peine casos más graues.

JUAN.—¿No es poco graue éste?

MATA.—Llamo casos graues, como ellos también, los de importancia que ay en que ganan y de que sacan las costas. Y estos otros bordoneros, ¿pensáis que en las aldeas no saben zebar las gallinas con el pan del zurrón y tomarles las cabezas debaxo el pie? Bien podéis creer que no se dexan morir de hambre, ni se cansan de las jornadas muy largas; no hay despensa de señor mejor probeída que su zurrón, ni se come pan con mayor liuertad en el mundo: no dexan, como los más son gascones y gabachos, si topan alguna cosa á mal recado, ponerla en cobro quando entran en las casas á pedir limosna, y quando vuelven á sus tierras no van tan pobres que les falten seis piezas de oro y mantenidos.

JUAN.—Gran devoción tienen todas estas naciones extranjeras; bien en cargo les es Santiago.

MATA.—Más que á los españoles, principalmente á los vezinos de Orense y toda Galicia, que en verdad que tengo por cierto que de mill ánimas no va allá una, ni aun creo que de diez mill.

JUAN.—¿Qué es la causa deso?

MATA.—Que piensan que por ser su vezino, que ya se le tienen ganado por amigo, como vos que por tener el nombre que tenéis, os parece no es menester creer en Dios ni hazer cosa que lo parezca.

JUAN.—Mirá lo que dezís, porque salís del punto que á ser yo christiano devéis.

MATA.—No lo digo por injuriaros ni pensar que no lo soys; pero como dizen, una palabra saca otra.

JUAN.—Dexémonos de metrificar; aora sepamos: estos clérigos que aquí ban, en sus tierras no deben de tener beneficios, que de otra manera no irían pidiendo.

MATA.—También á vueltas destos, suele haber algunos vellacos españoles que hazen de las suyas y se juntan con ellos, entre los quales ví una vez que andaban seis confesando y tomaban el nombre del penitente y escribían algunos de los pecados y comunicábanselos uno á otro; después venía uno de los compañeros que se trocaban, y tomábale en secreto, diziendo que por qué no se enmendaba, que Dios le había rebelado que tenía tal y tal vicio, de lo qual quedaba el pobre penitente muy espantado y lo creía, y con esto les sacaban dineros en quantidad.

JUAN.—Y á esos ¿qué les hizieron?; que dignos eran de grande pena.

MATA.—No nada, porque no los pudieron coger, que si pudieran, ellos fueran á remar con Iesuchristo y sus apóstoles y el Nuncio que están en las galeras.

JUAN.—También fué la de aquéllos solemne vellaquería.

MATA.—Bien solenemente la pagan; ansí la pagaran estos otros, y quizá no ubiera tantos vellacos.

JUAN.—Mas ¿quién se va á confesar con romeros ni forasteros, teniendo sus propios curas y confesores?

MATA.—Las bulas de la Cruzada lo permiten, que antes á todos los forzaban á confesarse con sus curas; mas hay algunos idiotas y malos christianos que no han tenido vergüenza de pecar contra Dios, ni de que Dios lo sepa y lo vea, y temen descubrirse al confesor que conoscen, paresciéndoles que quando le encontraren los ha de mirar de mal ojo, no mirando que es hombre como ellos, y buscan estos tales personas que los confiesen que nunca más los ayan de ver de sus ojos; pues las oras canónicas que estos clérigos rezan de como salen de sus tierras fasta que buelvan, se vayan por sus ánimas, que yo no les veo traer sino unas oras pequeñas francesas en la letra, y portoguesas por de fuera con tanta grosura.

JUAN.—Pues la mejor invención de toda la comedia está por ver; ya me maravillava que ubiese camino en el mun-

do sin fraires. ¿Vistes nunca al diablo con hábito de monje?

MATA.—Hartas vezes y quasi todas las que le pintan es en ese hábito; pero vibo, ésta es la primera; maldiga Dios tan mal gesto; valdarriedo, saltatrás, Iesús mill vezes; el mesmo hábito y barba que en el infierno se tenía debe de aber traído acá, que esto en ninguna orden del mundo se usa.

JUAN.—Si ubieses andado tantas partes del mundo como yo, no harías esos milagros; hágote saber que ay mill quentos de invenciones de fraires fuera despaña, y éste es fraire extrangero; bien te puedes aparejar; un Dios te ayude, que hazia nosotros endereça su camino.

MATA.—Siempre os holgáis de sacar las castañas con la mano ajena; si sacáis ansí las ánimas del Purgatorio, buenas están; abrán huçia.

JUAN.—Deogracias, padre.

PEDRO.—*Metania.*

MATA.—¿Qué dice?

JUAN.—Si queremos que taña.

MATA.—¿Qué tiene de tañer?

JUAN.—Alguna çinfonía que debe de traer, como suelen otros romeros.

MATA.—Antes no creo que entendistes lo que dixo, porque no trae aún en el hábito capilla, quanto más flauta ni guitarra: ¿qué dezís, padre?

PEDRO.—*O Theos choresi.*

MATA.—Habla aquí con mi compañero, que ha estado en Jerusalem y sabe todas las lenguas.

JUAN.—¿De qué país estar vos?

PEDRO.—*Ef lógite páteres.*

JUAN.—Dize que es de las Italias y que le demos por amor de Dios.

MATA.—Eso también me lo supiera yo preguntar; pues si es de las Italias, ¿para qué le habláis negresco? Yo creo que sacáis por discreción lo que quiere, más que por enten-

dimiento; aora, yo le quiero preguntar: *¿dicatis sociis latines?*

Pedro.—*Ois ge afendi.*

Mata.—Oíste vos; ¿como puto, pullas me hecháis?

Pedro.—*Grego agio Iacobo.*

Mata.—Mala landre me dé si no le tengo ya entendido que dize que es griego y ba á Santiago.

Juan.—Más há de media hora que le tenía yo entendido, sino que disimulaba por ver lo que vos dixérais.

Mata.—¿Media hora dezís? más creo que há de veinte años que lo disimuláis; soys como el tordo del ropavejero nuestro vezino, que le pregunté un día si sabía hablar aquel tordo y respondióme que también sabía el *Pater noster* como la *Ave-María;* yo para mí tengo que habláis también griego como turquesco.

Juan.—Quiero que sepáis que es vergüenza pararse un hombre en medio el camino á hablar con un pobre.

Mata.—Bien creo que os será harta vergüenza si todas las vezes han de ser como ésta; mas yo reniego del compañero que de quando en quando no atrabiesa un triumpho; debéis de saber las lenguas en confessión.

Juan.—¿En qué?

Mata.—En confussión, porque como sabéis tantas, se deben confundir unas con otras.

Juan.—Es la mayor verdad del mundo.

Pedro.—*Agapi Christu elemosiny.*

Juan.—Dize que.....

Mata.—Dalde vos, que ya yo entiendo que pide limosna; ¿queríais ganar onrra en eso conmigo? Christo, limosna: ¿quién no se lo entiende? Las berzeras lo costruirán: preguntalde si sabe otra lengua.

Juan.—¿Saper parlau franchés ó altra lingua?

Mata.—Más debe saver de tres, pues se ríe de la grande necedad que le paresce aber vos dicho con tanta ensalada de lenguas.

JUAN.—El aire me da que hemos de reñir, Mátalas Callando, antes que volbamos á casa.

MATA.—Cómo, ¿tengo yo la culpa de que esotro no entienda?

JUAN.—Yo juraré en el ara consagrada, que no sabe, aunque sepa cient lenguas, otra más elegante que ésta.

MATA.—Eso, sin juramento lo creo yo, que él no sabe tal lengua, que por eso no responde.

JUAN.—Pues que estáis hecho un spíritu de contradictión, ¿sabrá ninguno en el mundo, agora que me lo hazéis dezir, hablar donde Juan de Voto á Dios habla?

MATA.—No, por cierto, que aun en el mundo no se debe hablar tal lenguage.

PEDRO.—No pase más adelante la riña, pues Dios, por su infinita bondad, el qual sea bendito por siempre jamás, me ha traído á ver lo que mis ojos más han deseado después de la gloria; ¡oh mis hermanos y mi bien todo!

JUAN.—Deo gracias, padre, teneos allá: ¿quién sois?

MATA.—Hideputa el prioste, *Chirie eleison, Chirie eleison;* bien decía yo que éste era el diablo; *per signum crucis* atrás y adelante.

JUAN.—Esperadme, hermano, ¿dónde váis? ¿qué ánimo es ese?

MATA.—No oigo nada; ruín sea quien bolviere la cabeza: en aquella ermita si quisieres algo.

JUAN.—Tras nosotros se viene; si él es cosa mala no puede entrar en sagrado; en el Humilladero le espero, y si es diablo, ¿cómo dezía cosas de Dios?

MATA.—Agora venga si quisiere.

JUAN.—De parte de Dios dinos quién eres, ó de qué parte somos tus hermanos.

PEDRO.—Soy muy contento si primero me dais sendos abrazos; nunca yo pensé que tan presto me pusiérais en el libro del oluido; aunque me veis en el ábito de fraire peregrino, no es ésta mi profesión.

MATA.—¡O más que felicíssimo y venturoso día, si es verdad lo que el corazón me da!

JUAN.—¿Qué es? por ver si estamos entrambos de un parescer.

MATA.—¡O poderoso Dios! éste, ¿no es Pedro de Urdemalas, nuestro hermano? Por el sol que nos alumbra él es: el primer abrazo me tengo yo de ganar. ¡O, que sea tan bien venido como los buenos años!

PEDRO.—No os lleguéis tanto á mí, que quizá llevaréis más gente de la que traeréis con vosotros.

JUAN.—Aunque pensase ser hecho tajadas, no dexaré de quebraros las costillas á poder de abrazos.

PEDRO.—Esos dádselos vos á esotro compañero.

JUAN.—Pues hermano Pedro, ¿qué tal venís? ¿dónde os preguntaremos? ¿en qué lengua os hablaremos? ¿qué hábito es éste? ¿qué romería? ¿qué ha sido de vos tantos mill años há?

MATA.—¿Qué diremos desa barbaza ansí llena de pajas, desos cabellazos hasta la cinta sin peinar y vestido destameña con el frío que haze? ¿cómo y tanto tiempo sin hauer escrito una letra? Más há de quatro años que os teníamos con los muchos, sin haber ya memoria alguna de vos.

PEDRO.—Una cabeza de yerro que nunca se cansase, con diez lenguas, me paresce que no bastaría á satisfacer á todas esas preguntas: al menos yo no me atreberé, si primero no vamos á beber, á comenzar á responder á nada.

JUAN.—Tal sea mi vida como tiene razón; mas primero me paresze que será bien que Mátalas Callando vaya por un sayo y una capa mía para que no seáis visto en ese hábito, y entre tanto nos quedaremos nosotros aquí.

PEDRO.—¿Mudar hábito yo? Hasta que los dexe colgados de aquella capilla de Santiago en Compostella no me los verá hombre despegar de mis carnes. Lo que yo podré hazer es que pues ya el sol se quiere poner, esperemos á que

sea de noche para no ser visto, y entonces entraremos en vuestra casa y holgarme he dos días y no más, y estos estaré secreto sin que hombre sepa que estoy aquí, porque ansí es mi voto; después de hecha mi romería y dexado el hábito, hazed de mí cera y pávilo, y hasta que esto sea cumplido no vale irme á la mano, porque es excusado; aun á mi madre, con estar tan zerca, no hablaré hasta la vuelta, ni siquiera deseo que sepa que soy venido.»

En la segunda parte, Villalón describe minuciosamente cuanto sabía por experiencia de la nación turca; acaba con la descripción de Constantinopla y la historia de los Emperadores y Sultanes que hubo en aquella ciudad.

El *Viaje de Turquía* es una de las obras más notables que acerca del Imperio otomano se escribieron durante el siglo XVI, pues dotado su autor de vastos conocimientos y de un espíritu observador, traza un excelente cuadro de la civilización y costumbres orientales, tanto cristianas como turcas. He aquí lo que dice sobre las diferencias del culto griego comparado con el latino:

«En el baptizar, dicen los cismáticos griegos que somos herejes, porque es grande soberbia que diga un hombre: *ego te baptizo*, sino δουλος θεου σε βαπτιθει, *el siervo de Dios te baptiza.* Yo, hablando muchas veces con el Patriarca y algunos Obispos, les decía que por falta de letrados estaban diferentes su Iglesia y la nuestra Romana, porque esto del baptismo, todo era uno decir: *yo te bautizo en el nombre del Padre, y el siervo de Dios te baptiza.* No echan el agua de el alto, sino tómanle por los pies y zampúzanle todo dentro de la pila. En la Misa no curan de hostia como nosotros, sino un pedacillo de pan algo crecido. Las mujeres que llevan pan á la iglesia, hacen una cruz á un lado del panecillo para que de allí tome el sacristán para sacrificar, y en un plato lo tiene en el altar. La casulla es á manera de manto de fraire hasta en pies, con muchos pliegues. No le verán decir la Misa, porque el altar está detrás de una

pared á manera de cancel, con dos puertas á los lados. El sacerdote, sobre la una, dice la epístola al pueblo y muchas oraciones que nuestra Iglesia dice el Viernes Sancto: ellos en todas sus Misas las tienen. En la otra puerta dice el Evangelio y el Credo. El *Pater noster* no le dice el sacerdote, sino un muchacho á voces en medio de la iglesia. Alzan el Sacramento desta manera: tiénele el sacerdote en un plato cubierto con un velo negro; sale por una puerta, y da vuelta por todo el coro á manera de procesión, y torna por la otra; y otro tanto al cáliz; de como sale hasta que torna ninguno mira hacia allá, sino todos, inclinadas las cabezas hasta las rodillas, y más si más pueden, están haciendo cruces. El sacerdote da por su mano á todos el pan bendito, que llaman *andidero*, y algunos entonces ofrescen algo, y no creáis que habrá griego que almuerce el domingo antes que coma el pan bendito (1).»

También encierra importantes noticias que pueden ilustrar la historia de nuestras guerras con los turcos, según puede verse por el párrafo que copiamos:

«Mandó el Sultán á Çinán Bajá venir hasta Sicilia, y que sobre una cibdadela que se llama Rigoles (2) hiciese alto, y hasta allí á ninguno hiciese mal, y allí abriese la comisión, la cual decía ansí: *Enviarás un Embajador á Juan de Vega, Virrey de Sicilia, y dile que te den la cibdad de Africa que me han tomado mal tomada y contra la tregua que teníamos; donde no, haz el mal que pudieres.* El Juan de Vega respondió que aquella cibdad no era suya, sino de Dargute (3), al cual se la habían tomado, y muy bien, y en lo demás él no podía hacer nada; que él escribiría al Emperador y haría en ello lo que le mandase. Llevaba ansí mesmo comi-

(1) *Viaje de Turquía*, fol. 72.

(2) Rijoli.

(3) Dragut. De estos sucesos habla largamente Sandoval en su *Historia del Emperador Carlos V*, libros XXX y XXXI.

sión de si topase á Dargute, que era un corsario, el cual no estaba subjeto á nadie, que le prendiese y hiciese dél lo que le paresciese. Tardósele la respuesta al Çinán y determinó de hacer cuanto mal pudiese, y lo primero tomó lo que pudo de Rigoles y la Calabria, y entre tanto llegó el Dargute y juntóse con él y rescibióle bien porque traía doce galeras y fustas, y aun creo que diez y seis; y como el bellaco es tan buen piloto, le dijo que se fuese con él y le pornía donde ganase honra y provecho, y llevóle sobre la isla del Gozo, junto á Malta, y tomáronla, de donde llevó seis mill ánimas, y de allí fueron á Trípol de Berbería, y el Gobernador era francés, el cual hizo traición y se dió á pacto con que dejasen salir todos los caballeros de Sant Juan; guardóselos, aunque no todos: llamábase Chambarín el Gobernador. De allí perdonó á Dargute y le dijo que se fuese con él á Constantinopla y le pornía en gracia del Gran Turco: vino en ello el Dargute y fuéronse con mucho triunfo. Fué bien rescibido el Dargute del Gran Señor, y dióle ciento y cincuenta mill ásperos de renta, que serán tres mill escudos, y grande crédito. De allí adelante este bellaco luego se le alzó á mayores á Çinán Bajá, y dijo al Gran Turco que haría él más con sesenta galeras que Çinán Bajá con doscientas, y tuvo razón, porque el año de 53 lo probó á hacer, y con sesenta galeras y las de Francia de compañía tomó á Bonifacio, y en Sicilia la Alicata y la Pantanalea, y el año de 54, con otras tantas que salió, tomó la ciudad de Bastia (1), en Apulla (2).»

(1) Basti.

(2) *Viaje de Turquía*, fol. 117. En el fol. 127 dice Villalón que hablaba en Constantinopla con Dragut y que era amigo de éste.

VIII

Diálogo de las transformaciones.

Debemos el conocimiento de este libro al sapientísimo escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien lo conserva en su rica biblioteca de Santander. Es un manuscrito en 4.°, de poca extensión, copiado hacia la segunda mitad del siglo XVI. Si bien no consta en él quién lo compuso, puede afirmarse que es de Villalón, por las íntimas relaciones que tiene con *El Crotalón*, tanto en la forma como en las ideas y el estilo. Sus interlocutores son igualmente Micilo y el Gallo; también se imita al principio el ingenioso diálogo de Luciano, Ὄνειρος ἢ ἀλεκτρυών *(El sueño ó el Gallo)*; más adelante el Λούκιος ἢ Ὄνος *(Lucio ó el Asno)* (1) y el *Asno de Oro*, de Apuleyo. Así como en el

(1) Luciano era bastante conocido en España á mediados del siglo XVI; algunas de sus obras fueron vertidas al castellano y publicadas el año 1550.

Diálogos de Luciano, traducidos del griego en lengua castellana.

León, en casa de Sebastián Grypho, MDL.
En 8.°
Contiene los diálogos siguientes:
«*De amicicia.—De Charon.—De el Gallo.—Menipo en los abismos.—Menipo en las nubes.—El amor fugitivo.*»

Durante el siglo XVII fué aún más leído, y sobre todo imitado por Cervantes en su *Coloquio de los Perros*, por Quevedo en los *Sueños* y por otros escritores.

Se publicaron las siguientes versiones:

Luciano español. Diálogos morales útiles por sus documentos. Traducción castellana del Licenciado Don Francisco Herrera Maldonado.
Madrid: Viuda de Cosme Delgado, 1621.
En 8.°

Viaje de Turquía hay fuertes invectivas contra los peregrinos que iban á Santiago, en el *Diálogo de las transformaciones* se leen otras no menos duras contra los que se dirigían á Roma, y acres censuras de la Corte Pontificia.

Renunciamos á dar más noticias de obra tan curiosa, porque acerca de ella se propone el Sr. Menéndez y Pelayo publicar un estudio, que será magistral y acabado cual todos los suyos.

Discurso sobre que no debe darse crédito fácilmente á la murmuración.

Trad. del griego en lengua vulgar por Don Sancho Bravo de Laguna.

Lisboa: P. Craesbeeck, 1628.

En 4.°

Almoneda de Vidas. Diálogo de Luciano traducido en vulgar.

Madrid: Imprenta de Francisco Martínez. 1634.

En 4.°

JUICIO CRITICO DE VILLALON

I

Un estudio, siquiera breve, de las obras de Villalón, convence á cualquiera de que su autor no puede ser considerado como luterano, sino como entusiasta adepto de la escuela erasmiana, y, sobre todo, imitador de Alfonso y Juan Valdés, cuyos diálogos había leído y releído. Así le vemos censurar las peregrinaciones, burlarse de las falsas reliquias, anatematizar la simonía de la Curia Romana, menospreciar las Ordenes religiosas y hablar de los Papas como de hombres malvados y corrompidos. No es extraño que se haya dicho, y con razón, que en la doctrina de Erasmo se ocultaba el germen del protestantismo. Mas no por esto se ha de creer que todos los españoles discípulos de Erasmo sacaban las consecuencias que la lógica exigía: los había de buena fe y aun de espíritu religioso, como el Arcediano de Alcor, que deseaban únicamente renovar en la Iglesia las santas costumbres y disciplina de los primeros siglos. Algunos, como Juan Valdés, cayeron en la Reforma; pero Villalón quedó, como Alfonso Valdés, en las fronteras del catolicismo y de la nueva secta, sin profesar en modo alguno los errores dogmáticos de ésta.

Cosa anticuada es ya, gracias á los inmortales escritos del Sr. Menéndez y Pelayo, creer que la España del siglo XVI careció de toda libertad filosófica, y que las inteligencias durmieron en el seno de la ignorancia, efecto de la tiranía ejercida por el Santo Oficio. Lejos de esto, el pen-

samiento español, sincrético por excelencia y enemigo de seguir paso á paso las investigaciones ajenas, hizo alarde de una espontaneidad que luego ha ido perdiendo, hasta contentarse con reproducir ideas extrañas. Así Fox Morcillo escribe: «El método que siempre me propuse en mis estudios fué no seguir por sistema á ningún maestro, sino abrazar y defender lo que me parecía más probable, ya viniese de Platón, ya de Aristóteles, ya de cualquier otro (1).» El escéptico Francisco Sánchez dice: «Muchas cosas se ocultaron á Platón que luego descubrió Aristóteles; muchas ignoró éste que fueron después sabidas, porque la verdad está oculta, pero nada hay más precioso que la verdad (2).» En las mismas ideas abundan Juan Luis Vives (3), Pedro de Valencia y el Brocense (4). Igual independencia muestra Villalón en todos sus escritos: veamos en prueba de ello un pasaje que hace ver claramente el estado de la conciencia filosófica en el siglo XVI, época de transición en que unos renegaban de lo pasado atacando con dureza al Estagirita, como Ramus y Hermolao Bárbaro; otros se refugiaban en la Teosofía natural con Jerónimo

(1) *De naturæ Philosophiæ,* pág. 1, ed. de Lovaina: 1554.

(2) *Minerva*, pág. 2.

(3) Prefacio á sus libros *De disciplinis.*

(4) Así lo vemos en su proceso, publicado en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España.*

«Los ignorantes, escribe Francisco Sánchez, vuelan á coger los libros de Aristóteles, los leen y releen, los aprenden de memoria, y es tenido por más docto el que mejor sabe recitar el texto aristotélico. Si les niegas algo de lo que allí se contiene, te llaman blasfemo; si arguyes en contra, te apellidan sofista. ¿Y qué les vas á hacer? Si quieren vivir eternamente engañados, que vivan en buen hora.»

(Citado por el Sr. Menéndez y Pelayo en su notable trabajo sobre los *Orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.*)

Cardán y Paracelso, ó en el averroísmo con Nifo y Julio César Vanini, no faltando quienes, á imitación de Juan Ginés Sepúlveda, defendían á capa y espada la escuela aristotélica.

«Juan.—¿Sancto Thomás y Escoto no supieron Philosofía?

Pedro.—De la sancta, mucha.

Juan.—No digo, sino de la natural.

Pedro.—Desa no por cierto mucha, como por lo que escribieron della consta; pues latín y griego, por los cerros de Ubeda.

Juan.—Ya començáis á hablar con pasión; hablemos en otra cosa.

Pedro.—¿No está claro que siguieron al comentador Averroes y otros bárbaros que no alcançaron Philosofía, antes ensuciaron todo el camino por donde iban los otros á buscar?

Mata.—¿Qué es la causa porque yo he oído decir que los médicos son mejores philósofos que los theólogos?

Pedro.—Porque los theólogos siempre van atados tanto á Aristóteles, que les paresce como si dixesen el Ebangelio lo dize, y no bale irles contra lo que dixo Aristóteles, sin mirar si lleba camino, como si no ubiese dicho mill quentos de mentiras; mas los médicos siempre se van á biba quien vence por saver la verdad; quando Platón dice mejor, refutan á Aristóteles, y quando Aristóteles, dicen libremente que Platón no supo lo que dixo; decid por amor de mí á un theólogo que Aristóteles en algún paso no sabe lo que dice, y luego tomará piedras para tiraros, y si le preguntáis por qué es verdad esto, responderá con su gran simpleza y menos saber que, porque lo dixo Aristóteles; mirad por amor de mí qué Philosofía pueden saber (1).»

(1) *Viaje de Turquía*, folios 84 y 85,

Tampoco era muy afecto á la Teología escolástica, y así escribe:

Por más que Villalón no escribió tratado alguno de Filosofía, apunta en varios pasajes de sus diálogos ideas que nos hacen ver la escuela á que estaba afiliado; era la misma que seguían Andrés Laguna, Huarte de San Juan (1) y Francisco Sánchez, caracterizada por la importancia que daban al procedimiento inductivo sobre el demostrativo, que al último le parecía únicamente semillero de so-

«Pedro.—Todos los sermones que en España se tratan, que aquí está Mátalas Callando que no me dexará mentir, son tan escolásticos que otro en los púlpitos no oiréis sino Sancto Tomás dice esto en la distinctión 143, en la questión 26, en el artículo 62, en la responsión á tal réplica; Escoto tiene por opinión en tal y tal questión que no; Alexandro de Hales, Nicolás de Lira, Juanes Macoris, Gayetano, dicen lo otro y lo otro, que son cosas de que el vulgo gusta poco, y creo que menos los que más piensan y entienden.

Juan.—¿Pues qué querríais vos?

Pedro.—Que no se traxese allí otra doctrina sino el Evangelio y un Chrisóstomo, Agustino, Ambrosio, Gerónimo que sobre ello escriben, y esotro déxenselo para los estudiantes quando oyen lectiones. (Ob. cit., fol. 84.)

(1) Examen | de ingenios para las sciencias. | Donde se muestra la differencia de ha | bilidades que hay en los hombres y | el género de letras que á cada vno res | ponde en particular. | Es obra donde el que leyere con attencion hallará | la manera de su ingenio y sabrá escoger la scien | cia en que más ha de aprouechar, y si por vẽ | tura la uviere ya professado, entenderá | si atinó á la que pedia su habilidad | natural. | Va dirigida á la Magestad del Rey D. Phelipe | nuestro señor, cuyo ingenio se declara | exemplificando las reglas y preceptos desta | doctrina. Con licẽcia: impreso en Baeça en casa de Iuan baptista de Montoya=1575.

De tan peregrino libro se hicieron las siguientes ediciones: Valencia, 1580; Huesca, 1581; Baeza, 1594; Medina del Campo, 1603; Barcelona, 1607; Alcalá de Henares, 1640; otra en la oficina Plantiniana, 1603; Amsterdam, 1662.

fismas. En *El Crotalón* (1) se burla de los teólogos que medían á palmos y á jemes la potencia de Dios, y en cambio ignoraban la distancia que había desde Cabezón á Valladolid, como si los argumentos de aquéllos fuesen castillos edificados en el aire.

Para él la experiencia es casi la única fuente y base del conocimiento, cuando afirma que todas las ciencias, incluso la Teología, necesitan de ella, y así escribe: «Sola la Medicina dicen que há menester experiencia; no hay Facultad que juntamente con las letras no la tenga necesidad, y más la Teología.» Mucho antes que Bacon publicara su *Organum novum*, algunos pensadores españoles habían encarecido la excelencia del método inductivo.

II

En el siglo XVI los libros de caballerías con sus imposibles aventuras se propagaban en España como la mala yerba y encendían la imaginación de pobres y ricos, de instruídos é ignorantes. De cuando en cuando se elevó alguna protesta contra novelas tan disparatadas, y así Juan Luis Vives las condenaba enérgicamente en su admirable obra *De institutione feminæ christianæ* (2). Entre los ingenios que por haberlas reprobado como libros perniciosos fueron precursores de Cervantes, se cuenta Villalón: lastímase que se haya perdido el pasaje en que hablaba de este asunto, y sólo quede la escueta notica que suministra el índice del *Viaje de Turquía*, donde leemos: «Libros de caballerías: abían de ser bedados por la Inquisición.» Quien de este modo pensaba en medio de la general depravación

(1) Canto XII.
(2) Cap. V.

del buen gusto, no era un espíritu vulgar que se dejara llevar por la común opinión.

El mismo criterio independiente que tenía en materias literarias, ostenta al hablar de las históricas: así lo vemos defender al Rey D. Pedro, monarca, á su juicio, recto y justiciero más que cruel, aunque muchos lo consideraban un Nerón redivivo. Los modernos estudios históricos más concienzudos é imparciales, confirman en gran parte semejante idea (1).

Nada diremos del profundo conocimiento que Villalón tenía de los autores clásicos griegos y latinos: basta leer *El Escolástico* para convencerse de que en este punto no cedía al Maestro Hernán Pérez de Oliva ni á los más insignes humanistas de su tiempo. En cuanto á su saber filológico, ya hemos visto en su biografía cuán admirablemente llegó á poseer el griego antiguo y el moderno, y que hablaba además cinco idiomas (2).

A causa de haber permanecido inéditas las obras más ingeniosas de Villalón, éstas ejercieron escasa influencia en nuestra literatura; únicamente parece encontrarse algunas reminiscencias de *El Crotalón* en el *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*. Esto no obsta para que deba ser

(1) En ciencias físicas rechaza algunas supersticiones canonizadas por hombres doctos en el siglo XVI, como el oro potable y otras.

(2) «Hay pocos en Grecia que hablen más elegante y cortesanamente su propia lengua que yo, ni aun mejor pronunciada.»

En otro lugar dice:

«Deprendí muy bien la lengua griega, turquesca y italiana, por las quales supe muchas cosas que antes ignoraba y vine por ellas á ser el christiano más privado que después que hay infieles, jamás entre ellos hubo.» (*Viaje de Turquía*, folios 60 y 84.)

considerado como uno de los escritores más eruditos é ingeniosos que florecieron en España durante el siglo XVI, y cuyos escritos inéditos debieran llamar la atención de nuestros bibliófilos antes que libros como *La Lozaña andaluza*, *La Comedia Thebayda*, *La Segunda Celestina*, de Feliciano de Silva, y otras obras parecidas á éstas.

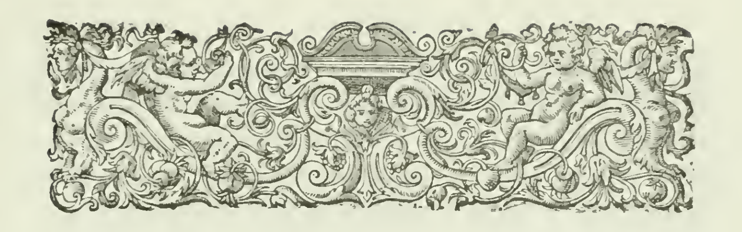
M. SERRANO Y SANZ.

Ingeniosa cõparaciõ

Entre lo antiguo y lo presente. Hecha por el Bachiller Villalõ. Dirigida al Illustre y reuerẽdissimo Señor don Fray Alonso de Virues, Obispo dignissimo de Canaria, predicador y del consejo de la Catholica y cesarea Magestad.

En la qual se disputa quãdo houo mas sabios agora, o en la antiguedad, y para en prueua desto, se traẽ todos los sabios & inuẽtores antiguos y presentes en todas las sciẽcias y artes.

Año. M.D.xxxix.



Al illustre y reuerendíssimo señor don fray Alonso de Virués (1), Obispo digníssimo de Canaria, predicador y del Consejo de la Cathólica y Cesárea Magestad. El Bachiller Villalón, su humilde criado y familiar, le offrece el presente Tratado y de continuo ruega á Dios por su salud.

Illustre y reuerendíssimo señor: Como de la grandeza de las cosas presentes aya nacido en el pecho de los que agora son vna admiración que les haze philosophar, ponen luego en questión: si las modernas sean agora más perfectas en sí que aqué-

(1) D. Alonso Ruiz de Virués nació en la villa de Olmedo. Fué predicador del Emperador Carlos V, y acompañó á éste cuando en los años 1540 y 1541 estuvo en Flandes y Alemania. Regresó en 1542, y al año siguiente tomó posesión del Obispado de Canarias, para el que estaba ya presentado en 1539, como se ve por la dedicatoria de Villalón.

Él mismo se firma Obispo de Canarias en una carta de pésame á S. M. por la muerte de la Emperatriz, fechada á 26 de Mayo de 1539 en Nuestra Señora de Mejorada.

Fué procesado por la Inquisición de Sevilla, y aunque en el año 1537 abjuró *de levi* y recibió la absolución *ad cautelam*, lo recluyeron en un convento y le privaron de licencias por dos

llas que tuvo la antigüedad. Y queriendo algunos fauorecer á la presente edad, tienen en mucha estima á muchos sabios varones en sciencias y artes, assí especulativas como mechánicas, los quales dizen que, comparados los antiguos con éstos, esceden los presentes á aquéllos sin alguna proporción. Otros dizen que conforme á lo que en los historiales leen de la antigüedad (que avnque se pueda presumir que algo fingió el historiador), excedieron aquéllos á éstos, como principio muy conoscido por sí. Otros que se tiemplan sin quererse afficionar, quedan perplexos sin determinación; y yo, algo molestado de las bozes que todos dan, acordé de exercitar mi juyzio y pluma, desemboluiendo esta dubda por ambas partes, no para que yo me determine, sino para dar luz al que lo escudriñare, como por cada vna de las dos edades se deuen dar gracias á Dios que tan cumplidas las formó. E ya que lo trabajo (avnque en lengua vulgar, porque todos lo gozassen en común), quíselo am-

años. El Papa anuló esta sentencia por un Breve dado á 29 de Mayo de 1538; al año siguiente fué electo Obispo de Canarias: tardaron bastante en llegar las Bulas.

Entre las proposiciones de que le acusaban, se encuentran las siguientes:

I. *El estado del matrimonio es más seguro para la salvación que el de los célibes.*

II. *Se salva mayor número de personas del estado conyugal, que de todos los otros estados.*

III. *La vida activa es más meritoria que la contemplativa.*

Murió, según dice Gil González Dávila, en el año 1549, y según afirma Gams *(Series episcoporum)* en el de 1545.

parar de la sombra de vuestra señoría como del fauor de mi señor. Suplico á vuestra señoría no tenga respecto á lo poco que ello es, sino á la voluntad, por lo qual tenga por bien de me recebir humanamente y de me amparar, porque como criado me atreuí, y assí me dará vuestra señoría ánimo para más.

COMPARACION

ENTRE LOS SABIOS ANTIGUOS Y PRESENTES: EN LA QUAL SE DISPUTA QUANDO OUO MAS EN TODAS LAS SCIENCIAS Y ARTES.

DIÁLOGO

INTERLOCUTORES

GASPAR.—HIERÓNIMO (1).

GASPAR.—¡O mi buen Hierónimo, con quánto plazer de mi coraçón os veo agora! ¡Dios os dé salud!

HIERÓNIMO.—Y vos, mi buen Gaspar, seáys saluo, que por el semejante me gozo en os ver; dis-

(1) Puede afirmarse con bastantes probabilidades que el primero es D. Gaspar de Mendoza, natural de Valladolid, personaje que figura en *El Escolástico*. También pudiera ser Don Gaspar de Quiroga, que nació en la villa de Madrigal, y después de haber estudiado Derecho civil y canónico, tomó la beca en el Colegio de Oviedo; en 1536 pasó al de Santa Cruz, de Valladolid; fué Obispo de Cuenca en 1571, y luego Arzobispo de Toledo. Murió el año 1594 según Gil González Dávila, y según otros en el siguiente.

El segundo es probablemente D. Jerónimo Suárez Maldonado, Colegial de San Bartolomé de Salamanca en el año 1515;

poned á vuestra á voluntad, que en todo os obedesceré.

GASPAR.—¿Estáys acaso ocupado en algún negocio? ¿Dónde vays, señor?

HIERÓNIMO.—Libre estoy para hazer lo que queréys.

GASPAR.—Dezidme, señor: ¿estuuistes la noche pasada en casa de nuestro amigo Gabriel? (1).

HIERÓNIMO.—Sí, estuue, señor; y os esperamos pensando que fuérades allá, como otras noches solíades yr.

GASPAR.—Tuue vn negocio que me estoruó; que mucho lo desseaua yo por gozar de vuestra conuersación. ¿Quién estuuo allí?

HIERÓNIMO.—Los que suelen yr. Estuuo Al-

fué Oidor de la Chancillería de Valladolid y del Consejo Supremo de la Inquisición; gobernó las iglesias de Mondoñedo y Badajoz. Murió el año 1545.—Vid. Ruiz de Vergara (Francisco), *Historia del Colegio Mayor de San Bartolomé de Salamanca; continuada por el Marqués de Alventós.*

No debe ser D. Jerónimo de Benavides, Marqués de Frómista; ni D. Jerónimo Manrique; ni D. Jerónimo de Mendoza, que combatieron en la guerra de los moriscos; ni D. Jerónimo de Sande, que se halló en la pérdida de Gelves; ni D. Jerónimo de Salinas, Gobernador de Puerto Hércules en Italia. Un Colegial hubo en Santa Cruz de Valladolid, llamado Jerónimo de Ocampo: murió, siendo Prior de Guadix, el año 1549.

(1) Acaso D. Gabriel de la Cueva y Velasco, Duque de Alburquerque, Virrey de Navarra hacia el año 1558, y más adelante Gobernador de Milán. También puede ser D. Gabriel Suárez de Valdés, Rector de la Universidad de Valladolid y Consejero de Castilla.

berto (1) y Guillermo (2) & Guillén (3), y el huésped Gabriel & yo.

Gaspar.—¡O qué biennuenturada compañía, y qué sabia disputa se deuió offrescer! Por amor de mí que nos salgamos por la puerta del Campo afuera, y hasta Sanct Spíritus tomaremos recreación en me contar lo que allí passó, porque me quitéys la lástima que tengo en os auer perdido ayer.

Hierónimo.—Plázeme; mas no sé si me acordaré por orden todo lo que se trató, porque era más de las doze horas quando anoche nos fuymos á dormir, por ser larga la questión.

Gaspar.—Dezídmelo, señor, quanto supiéredes, que con el desseo que tengo de lo oyr, por summas os entenderé. E primero me dezid en qué se disputó.

Hierónimo.—En el nombre de Dios. Bien os acordaréys, señor, que en la noche passada se trató, estando vos presente, de dónde pudo prouenir tan fragosa tempestad y corrupta pestilencia por las buenas letras, como son rectórica & latín y la eloquencia de aquellos sabios antiguos auctores que en las lenguas latina y griega reluzieron con grande eminencia, y puso en los ánimos de los hombres desta presente edad un común aborrescimiento dellas, y entremetió en nuestra conversa-

(1) D. Alberto de Benavides, que interviene en *El Escolástico.*

(2) D. Guillermo Carrillo, natural de Toledo.

(3) Acaso D. Guillén de San Clemente, Embajador que fué de España en Polonia durante el reinado de Felipe II.

ción para enseñar los mancebos en los estudios y vniuersidades, vna barbaridad de corruptos auctores que tengo empacho de los nombrar. Y acuérdeseos cómo Gabriel affirmó prouenir de la vuelta y movimiento de las estrellas y planetas, las quales causan las mudanças y sucessos en las cosas del mundo. Esto prouó ser ansí por esperiencia en todas las cosas, como en la mudança de los imperios, de las costumbres, de los hábitos & trajes de los hombres; en los estudios y fortunas, hasta en los mesmos ánimos y voluntades. Porque dezía hallarse por Astrología, tener cada qual estrella vna cierta fuerça de naturaleza, que vnas inclinan al estudio de las letras, y á otros á las aborrescer, y á otros aplican á la agricultura, y á otros á la guerra, y á otros á la paz. Desta manera concluyó que en vn tiempo los planetas causan que florezcan las buenas letras en vna región donde ellos reynan con su influencia, y después voluer y ser qualquier género de doctrina aborrescida y desechada de los hombres por causa de los contrarios planetas que influyen al reués, los quales creya al presente influyr en esta región.

Gaspar.—Bien me acuerdo que todo passó assí; y me acuerdo que Guillén, por no ser deuoto de la Astrología, procuró destruyr este parecer & sentencia, y trabajó con autoridades de sabios barones y graues escriptores persuadir que todas las cosas criadas en el Uniuerso ayan venido á la vejez; á tanto, que lo que ya el mundo de sí produce es flaco y de pocas fuerças por ser él ya viejo, y que por su fragilidad no podía ya produzir.

Y que aquellas madres gigantas antiguas que solían parir los Poliphemos, ya cansadas y viejas, eran hechas estériles y sin fruto, & que ya no parían sino hombrezillos muy pequeños. Y que la tierra nuestra madre, la qual en las primeras edades nos daua los fructos de suyo y los campos de arboledas con mucha fertilidad de pan y frutas muy abundante, agora, ya vieja, cansada, avn arándola, cauándola, y sembrándola y tratándola con los possibles regalos, avn no da los frutos mediados á los que en ella sembramos: más avn, con esperarla un año falta á otro. Y allí concluyó que desta manera los hombres deste tiempo eran muy flacos de ingenio, memoria & juyzio, en comparación de aquellos intiguos, y que ya naturaleza, cansada y vieja, produzía un género de hombres de muy más bajo ingenio que el de las mujeres de aquel tiempo, y que ansí como los hazía hombrezicos de pequeños cuerpos, assí los infundía vn juyzio flaco y de poco saber, de tal suerte, que avn aquellas cosas que los antiguos con sola lumbre de sus juyzios alcançaron, avn nosotros con dexárnoslo escripto en sus libros ansí amassado y aparejado, avn no podemos con nuestro cotidiano estudio entender. Mas que acontesce que como por rastro y á manera de diuinación venimos á caer en alguna parte de lo que quisieron dezir, y avn esto con mil leguas de la verdad. Y me acuerdo que luego Guillermo, reprobando estos dos paresceres, persuadió provenir esta falta de otra causa que destas dos. E ansí, començó á prouar que esta fuesse la negligencia de los patrone-

ros, gouernadores y rectores de las Universidades, porque en sus estudios, academias y chátedras no prouehen varones sabios y perfectos en cualesquiera sciencias por maestros, los quales, con la eminencia de sus doctrinas, enseñen á sus discípulos las sciencias en toda perfección, y que entonces, ellos enseñados, no podrían dexar de saber. Y acuérdome que la disputa de aquella noche quedó aquí.

Hierónimo.—Assí es; y anoche, como todos fuymos juntos, començóse á tocar la mesma questión, y Alberto, procediendo assí, començó:—No me parece, Guillermo, que deuéys culpar tanto á los gouernadores y rectores de las Uniuersidades por no elegir en sus academias maestros exmerados y en toda perfeción como vos los queréys, pues ya que los busquen ay tan pocos en el Universo, que oso afirmar que no se podrá hallar vno en el mundo en alguna arte con las condiciones que le queréys. Porque ya es venido el ingenio & juyzio del hombre á tanta inhabilidad, que os oso dezir, que ninguno sea tan sufficiente en el aprender, retener y conseruar, y después, en aquella elegancia y esperiencia en la plática y doctrina de que agora se puedan contar aquí, ni avnque muy lexos se merezcan los de agora comparar con algunas muy flacas mugeres de que las historias aucténticas nos dan fe. Y digo que la mayor parte deste mal, y el todo, está en no auer agora aquellos maestros y auentajados juyzios que auía en aquellas antigüedades en tiempo de Sócrates y Platón, en el qual se podían hallar grandes sabios que famo-

sos con sus altas doctrinas pudieran enseñar los discípulos con gran perfección. Porque si agora ouiesse aquel Pythágoras, vn Sócrates, Platón, Archita tarentino, Plutarcho, Séneca, Aristóteles, Demócrito, Talete, Solón, Chilón, Pithaco, Bias, Cleóbolo, Periandro, Tulio, Eschines, Demósthenes, Salustio, Homero, Virgilio, Oratio, Jubenal y Malcial, y otros muchos sabios en diferentes artes, ó semejantes á éstos, entonces fuera mucha razón que los gouernadores y rectores de las Uniuersidades tuuieran el cargo de los elegir, y fuera á su culpa, si en ellos ouiera alguna. Mas agora que en comparación destos no ay quien sepa hablar, deuémonos contentar con lo que se puede hazer, y pues el mundo no tiene mejor cosa que nos dar, échese la culpa á él, pues tanta falta ay de sabios famosos que se puedan buscar y elegir. Dadme agora en el Uniuerso vn sabio como Pythágoras Samio, príncipe de la philosophía Itálica, del qual escriue Justino, abreuiador de Trogo *Justi., li, X.* Pompeo, que fué el varón de más alta industria en el enseñar que ouo Uniuerso. Tuvo gran desseo de saber de grandes maestros. E assí se fué á Egypto, después á Babilonia, por aprender perfectamente los mouimientos de las estrellas, y la creación del mundo, de los sacerdotes magos y chaldeos, donde alcançó gran doctrina. De aquí fué á Creta y á Lacedemonia por ver las ínclitas leyes de Minos y Licurgo, que entonces ante todas las del Uniuerso relucían en obediencia. E después que fué bien instruydo en todo esto, vino á Crotón, ciudad en la Italia, el cual pueblo, estando puesto en todo

vicio de luxuria, por su buena doctrina & instrución, la traxo á toda honestidad y templança. Para enseñar la juuentud, solamente sacaua seys horas de la noche para dormir, y dos horas del día para recreación; todo lo otro consumía en el trabajo de las letras. En cinco años que los mandaua callar, los enseñaua las Mathemáticas, que entonces se llamauan las sciencias mayores, y después les daua licencia que pudiessen disputar. Dexó una hija llamada Litratha y vna hermana llamada Clarichea, las quales ambas fueron mujeres de alto saber. Dexó muchos muy famosos discípulos, que después fueron eminentes maestros, como á Thelages, á Xenophonte, á Parménides, á Empedocles, á Zenón, á Leucipo, á Demócrito, y otros muchos semejantes á éstos, en quien relució bien lo mucho que él sabía. Pues aquel gran maestro Thalete el de Mileto, príncipe de la jónica escuela, ¿quién nunca se pudo comparar con él? Fué tan alto en su doctrina y tan admirable en su manera de enseñar, que muchos de su tiempo le tuuieron por Dios, porque admiraua los hombres con su industria y saber. Tuuo por maestros á los sacerdotes de Egipto, y por discípulos á Anaximandro y á Anaximenes y á Anaxágoras, cuyo discípulo y succesor fué aquel famoso maestro Sócrates, de cuyo trabajo y sabias entrañas salieron, como del cauallo troyano, muchos príncipes de la seta académica, y Antísthenes de la cínica, y Aristipo de la cirinense. Este Aristipo fué padre de aquella sabia mujer Areta, de cuya fuente salió enseñado Aristipo el moço, su natural hijo, que con

su doctrina dió lumbre & fama á toda la Grecia; fué maestro de Theodoro y de Epiménides. Pues de aquella académica escuela de que fué fundador aquel gran Platón, ¿quién se la pudo comparar? cuyos discípulos y successores fueron aquellos famosos maestros Speusipo, Xenócrates, Palemón, Crantor, Crates, Lacides, Euandro, Hegessinio, Carneades, Clitomacho y Aniadas. ¿Quién bastará á encarecer el juyzio y elegancia de aquel más que fecundo philósopho Aristóteles, príncipe de la seta peripatética con sus discípulos y escuela? Era tenido en tanto su saber, que aquel gran Phelippo Macedón le escriuió quando le nació su hijo Alexandro, que por dichoso se tenía á él y á su hijo en le nascer en su edad, porque pudiesse ser su preceptor. En cuyo trabajo y escuela succedió su discípulo Theophrasto, del qual se lee que fué consumatíssimo maestro en el enseñar. Assí que si agora ouiera en el Uniuerso estos tales varones, gran culpa fuera á los discípulos en no los yr á buscar á sus patrias y prouincias donde viniessen por aprender dellos aquellas doctrinas; y mayor sería á los gouernadores y rectores si entonces no los traxessen con grandes premios y salarios á sus Uniuersidades. Mas agora que todo es venido en menoscabo y las doctrinas en menosprecio, & ya que no ay varón notable ni quien por sus letras merezca fama, no nos deueys culpar si desamparadas nuestras proprias tierras y casas no vamos á estrañas á aprender, ó que los principales de la Uniuersidad no los hallen para elegir. Por donde se suffre con lo que ay, pues no lo ha-

llamos mejor, & assí ordenad que sea lo mesmo en qualquier edad de las que vinieren, con tal que sean obligados á buscar los mejores preceptores que se pudieren auer, y que á lo menos muestren el buen desseo en la diligencia de los buscar. E si bien miráys, esta cayda no es en solas las letras, porque en los juyzios & ingenios de los hombres, en las destrezas, industrias & inuenciones os parescerá que es assí, porque ya aquellos hombres que en las artes mechánicas en los tiempos antiguos se preciauan exmerar y augmentar su industria & arte en gran perfeción, ya no los ay; mas como aya crecido la cobdicia y auaricia y aya menguado la estima del saber, como ya no es noble ni estimado sino el que más oro y riquezas tiene, & inhabilitado el que más sciencia y artes tiene, á esta causa aprenden poco los hombres y conténtanse con menos; con tanto que con ello y con alguna industriosa manera de entretenimiento puedan rescebir títulos de maestros y otros qualesquiera grados y dignidades, y auer cabida con los príncipes y ricos, y para poder auer grandes doctes, y traer sumptuosos atavíos, y sustentar grandes familias. Y para todo esto, el día de oy no es menester tantas letras, como saber acertar á saberse entremeter, agora por amistad, agora por cortesías, agora por exquisitas conuersaciones. A vnos se offrescen con presentes, á otros con dádiuas, y muchas vezes artificialmente suplen las faltas ó necessidades en que ven que están otros. Y en este propósito, os quiero dezir que me aconteció: que los días passados vn médico deste pue-

blo tuuo necessidad de mí para que yo le metiesse en casa de vn cauallero donde yo tenía conuersación, porque le diesse salario por curar, y él no sabía cómo me lo dezir; y acertó vn día que yo dixe delante dél hablando con nuestros amigos que tenía necessidad de vnas obras de Hypocras para ver vn poco que se me offrescía, y él luego dixo:—Yo las tengo, señor, muy buenas, impresas por Juan Frouenio en Basilea; yo yré á mi posada y os las embiaré á la vuestra, & yo se lo agradescí. Y supe que luego se fué á la librería y las compró para me las prestar, y después se lo pagué con hazer lo que me rogó. Están ya los hombres tan puestos en esto, que ya más estudian y se remiran en saber vsar estas maneras de biuir, entremetiéndose, haziendo muestra y profesión de grandes artes y sciencias que de aprenderlas, ni avn de quererlas saber. Que si agora se mirasse ó se alcançasse á conoscer quál es el buen médico, y quál es el buen theólogo, y quál es el buen jurista, trataríanse como fuesse cada qual. Mas como todos seamos presumptuosos de mucho saber (que es el primer escalón de la locura), biuimos ciegos con nuestra liuiana presumpción y sin saber conoscer lo que nos cumple, ni quál es lo mejor, ni agora ay sabios que podamos conocer; y si vnos dezís que no ay agora sabios, porque las estrellas del cielo son otras oy que las que reynaron ayer ó en aquel tiempo que Sócrates fué; e si otros dezís que es venido el mundo y naturaleza á vejez, y cansada ya de criar sabios y hombres de gran juyzio, cría qualesquiera sin ingenio, memoria ni

saber, yo digo que en todo esto os engañáis. Y que de sólo contentarnos agora los hombres con poco y no querer saber mucho, viene la perdición. Y que ya ni ay sabios, ni quien sepa, ni avn quien dessee ni quiera saber: presumpción harta ay. Aquellos varones antiguos, por la grandeza de sus juyzios, pensauan que por mucho que supiessen y aprendiessen era ninguno su saber, desseosos de saber más, y en ningunas artes se contentauan con poco, mas trabajauan alcançar la sciencia en toda perfeción. Mas agora en este tiempo no se hace assí; mas con dos letras que como de burla sepamos no queremos más saber, diciendo que nos sobra para nuestra necesidad. Si vamos discurriendo por los varones de aquel tiempo en qualesquiera artes y sciencias, veréys que digo verdad. Dezidme quién esforçó á aquellos philósophos de que al principio hablamos á se perfecionar en la philosophía, y á trabajar tanto con los discípulos que tenían. No es de dezir que tenían desseo de se entremeter con príncipes, pues leemos de Diógenes, cynico, que viéndole Alexandro biuir en una cuba (quando á fama de su bondad le vino á ver), le offreció sus reynos y prouincias, y él le menospreció, al qual dixo Alexandro:—Por cierto, si yo no fuera Alexandro, yo escogiera ser Diógenes.—Ni tampoco es de presumir que fuesse por cobdicia de posseer grandes riquezas, pues leemos de Crates Thebano que passando por el mar echó gran suma de moneda al hondo, diziendo:—Yo os ahogaré antes que vosotras me ahoguéys.—Y de Antísthenes se lee, que viniendo vna vez por el mar

con grandes riquezas, en una gran tempestad se le anegó, y quedando libre dixo:—Gracias te doy, Fortuna, que por fuerça me has embiado al estudio de la Philosophía con pobreza y libertad: en verdad, mayor riqueza lleuo agora en yr libre que nunca conoscí hasta aquí.» ¿Pues qué offresció Creso á Solón y él todo lo menospreció? ¿Quién diremos que hazía á éstos que amassen tanto el saber? Yo digo que el no se contentar con poco les hazía saber mucho, porque procurando alcançar cosa que les paresciesse á ellos algo, les daua ocasión á se perfecionar. Esta mesma intención hizo que Hipocras fuesse tan exmerado en su arte de Medicina, que le adoraron los de su tiempo por Dios. Y aquel famoso philósopho Demócrito, después de alcançar de la Medicina lo possible, avn no contento con esto se apartaua de la conuersación de los abderitanos y despedaçaua los animales con sus mesmas manos por les mirar las entrañas y entestinos, por saber de rays el assiento & lugar de qualquiera enfermedad que los cuerpos pudiessen tener, haciendo anatomía de qualesquiera miembros. Mas agora basta á los médicos deste tiempo tener industria para se entremeter. Pues si venimos á los varones antiguos dados al consulado & judicatura y al estudio de las leyes y Derecho ciuil, ¿quién os sabrá encarescer lo que alcançó aquel varón Mucio Céuola? del qual Tulio de contino que se le offresce dize que nunca se llegaba á él que no salía más sabio de su conuersación. Embidia tengo á aquel tiempo en que biuieron aquellos perfectos jurisconsultos Valdo,

De los médicos.

De los juristas.

Paulo, Socino, Saliceto, y aquél más que esclarescido varón Bártulo, el qual escriue de sí que estudió doze horas continuas el día que su padre murió. ¿Quién se puede agora comparar con éstos? Aquellos sabios juristas solamente trabajauan en alcançar las letras por solo saber y con ellas ganar fama, y por esta causa con ningún trabajo ni estudio se satisfazían, porque sabían que no tiene fin la sciencia, mas que quanto más se supiere, queda mucho más por saber. E como los de agora sólo quieren satisfazer la auaricia de su coraçón, no tienen paciencia para estudiar; mas en qualesquiera letras que les parezca á ellos que baste para auer familia y riquezas, comienzan á abogar y á ocuparse en negocios que los distrae del estudio, auiendo de dar una vuelta primero á todo el Derecho ceuil. Pues si nos venimos á comparar con los theólogos de aquel tiempo dados á la lectura de la Escriptura Sagrada, Hierónimo, Augustino, Crisóstomo, Ambrosio, Cyrilo, Sant Buenauentura y Sancto Thomás, ¿qué diríamos de los deste tiempo? Aquéllos eran verdaderos theólogos, porque se adornauan de vn amor de Dios y temor de su magestad, con el qual alcançauan el verdadero saber, y dispuestos en sanctidad, fácilmente eran alumbrados para escudriñar los secretos de la Escriptura, de los quales gustauan con tanto sabor, con tanta sinceridad, que mostrauan tener á Dios en sí, como en la grandeza de sus obras y escripturas se muestra bien lo que cada vno fué. Mas los theólogos de agora (¡o Dios inmortal, que no lo puedo dezir sin lágrimas!) que lo primero

De los theólogos.

que hazen es desnudarse de Jesuchristo, del qual primero se auían de vestir, porque agora dizen que el theólogo que sirue á Dios, no puede tener de comer. Y si Sant Hierónimo se fué al desierto de Palestina por se apartar de la conuersación y negocios, y desamparó al Papa Dámaso por poder mejor entender en la lectión de la Sagrada Escriptura puesto en la Penitencia, y teniéndose por indigno de leer ni entender de Dios sin tenerle primero en sí, tomaua la piedra en sus manos (como lo escriue á Eustochio), y dáuase con ella en los pechos, hiriéndose fuertemente hasta que sentía que Jesuchristo estaua en él. ¿Quál theólogo el día de oy imita á Orígenes? El qual, porque no le fuesse algún estoruo al buen estudio los pensamientos de la carne, se castró. Pues si defendemos á las artes mechánicas, veréys con quánta ventaja nos excedieron los antiguos.

¶ Primero vengamos á la Architectura y arte de edificios, & aquellos varones que señaladamente se mostraron sabios architectos; ¡quán bructos nos parescerá que somos los de agora! Leemos en Plutarcho en la *Vida de Marcelo*, de aquel sabio Archímedes, architecto eminentíssimo, que por la industria de su arte defendió de los romanos tres años á Siracusa, estando sobre ella el cónsul Marcelo, porque lo que los enemigos destruyan de día, lo restauraua él de noche con muy fuerte edificio de instrumentos bélicos, con los quales conseruó la ciudad hasta que se dieron á los enemigos por falta de bastimentos. Aquel excelente varón Demócrates cercó de muro inexpugnable la ciudad de

De los architectos.

Alexandría. Y Spintaro, y Aganides, y Trophimo, edificaron aquél tan admirable templo de Apolo en Delphos. Ctesipho edificó en Epheso aquel memorable templo de Diana, de artificio marauilloso, en dozientos y veynte años, de espensas de toda la Asia. Otros dizen que fué el que la hizo Archiphrón, y que tenía ciento y veynte & siete columnas de á sesenta pies de alto, de las quales las treynta y seys eran de marauilloso artificio labradas, que cada Rey de los que succedían hazían la suya. Y Meleageno, el que edificó el sagrario de Minerua en Priena. Y Scopas, y Briaxis, y Thimotes, y Leochares, todos juntos esculpieron aquel admirable sepulchro de Artemisa, en Caria. A la parte del Oriente labró Scopas; á la del Septentrión, Briaxis; á la del Mediodía, Thimotes; á la del Ocidente, Leochares. Y avnque Artemisa murió antes que se acabase, no cessaron por esso los officiales, por sólo el interés proprio de su gloria. Otros muchos fueron los que por la abundancia de su saber nos dexaron escriptos grandes volúmenes en este arte por dexar fama de sí y memoria de su sciencia: como fueron Zenodoto, Hermógenes, Agatarches, Demócrito, Anaxágoras, Dédalo, Sileno y Bitrubio, Theodoro & Philo. Pues si agora truxéssemos á la memoria los particulares edificios que en diuersas prouincias dexaron para manifestar lo mucho que ellos sabían, nunca pensaríamos acabar: de solos siete quiero dezir que por admirables los nombran «Los siete milagros del mundo.»

Plin., libro 36, cap. 14.

Los siete milagros del mundo.

El primero es en Egypto, la ciudad de Tebas, de grandeza nunca oyda, que se lee tener el muro cien

puertas de excelente artificio labradas, cada una de diferente lauor. El segundo es el muro de la ciudad de Babilonia, hecho de ladrillo por arte marauillosa. El tercero era aquel admirable sepulchro que Artemisa hizo á su marido Mausolo, en la excelencia del qual edificio procuró mostrar lo mucho que amó á su marido quando biuió. El quarto eran los pirámides de Egypto, cuya obra sobrepujaua á qualquiera otra hecha por manos de hombres, de la qual dize Diodoro Siculo que le faltan palabras con que los encarescer. El quinto es el Coloso de Rhodas, que era la ymagen del Sol, del qual dize Suydas historiador que se llamó Coloso por razón de su artífice, que assí se llamó, y otros dizen que fué Chares Lydo, discípulo de Lysipo. El sexto era el Capitolio romano, cuyas reliquias vemos hoy por espectáculo admirable. El séptimo son las termas Dioclecianas, de las quales se nos muestran agora en Roma admirables reliquias junto al templo de Sancta Susanna. También contauan entre éstos á Memphis y el templo de Júpiter Ammón en Egypto. E porque no se diga que los historiadores antiguos, por engrandescer á los successores su antigüedad, dexaron encarescidas estas cosas conforme á su affición, miremos algunos edificios que tenemos de los antiguos ante los ojos á quien con alguna curiosidad los quisiere ver, algunos de los quales están enteros y otros en pedaços de cimientos y ruínas de edificios; podemos conjecturar de su aparencia lo mucho que pudieron ser en su fresca y entera fundación. Vean á Puzol, y la gruta de Nápoles, y el Coliseo de Roma, y el Sep-

tizonio que hizo Seuero, y el aguja que está cabe Sant Pedro, que según dizen fué trayda por la mar de Egypto y subida al Vaticano y enhestada sobre otra que está debajo, y sabemos que el Papa Sixto daua mil ducados por cada passo que se la lleuassen hasta ponerla en la plaza de Sant Pedro, y no ouo quien lo osasse emprehender. Pues si venimos en España, hallaremos alguna semiente de aquéllos que muestra bien su grandeza, como la puente de Alcántara y la de Segouia, que espanta la sublimidad de aquel edificio que hizieron para sólo traer vn conducto de agua para la prouisión de la ciudad.

De los pintores.

Pues vengamos á los pintores & pinturas antiguas; ¡con quánta ventaja nos excedieron en industria y curiosidad!; porque aquéllos de noche y de día sepultados en unas hondas cueuas, no salían de allí hasta que en muy admirable perfección contrahazían á naturaleza que nos crió, por largo tiempo borrando y rehaziendo sin nunca se cansar, y reprehendían mucho á los que se preciauan hazer aquellas obras en breue. Assí leemos en Plutarcho que vn pintor mostró á Apeles vna ymagen que auía hecho, y preciándose como de gran cosa, le dixo:—Maestro, en breue tiempo la he hecho:—al qual él le respondió:—Y avnque tú lo callaras, yo lo quería dezir, porque en la pintura lo conocí.—Por refrán se traya entre los antiguos quando hablauan deste varón; dezían:—Apeles no sabe lleuantar la mano de la tabla,—dando á entender que se preciaua tanto hazer sus obras perfectas, que no sabía leuantar la mano, porque aun

Plutar., *De liber. educ.*

en largo tiempo no se podía contentar. E avn después desto, sacaua sus tablas á la plaça ó calles públicas y poníase detrás por ver qué tachauan los que passauan, por lo corregir. Pero los pintores de agora no lo hazen assí, mas con la mayor breuedad que pueden trabajan por acabar sus obras sin industria ni curiosidad, y luego buscan á quien las vender. Era tan grande la excelencia deste buen Apeles en el arte, que sólo consintió Alexandre que él le pintasse. E sobre todas sus obras, leemos de un Júpiter Olímpico que pintó que tenía vn rayo en la mano con que amenazaua los hombres, que no auía quien le viesse que no juzgasse tener la mano y el rayo en gran distancia fuera de la tabla: tan biua era la prespectiua que le dió en la pintura. Leemos en Plinio que Plin., libro en la olimpiada nouenta & cinco fueron dos pin- 35, cap. 10. tores, el uno Zeuso y Timantes, los quales en excelencia excedieron á muchos de aquel tiempo en aquel arte. Zeuso pintó en disputa con Parrhasio en vna tabla vn mochacho con vna cesta de hubas en la cabeça, que todos los páxaros que la vían, burlados de la perfectión de la pintura, se bajauan á las comer. Y Parrhasio, en la mesma competencia, pintó las sangrientas batallas de Troya, con aquella ferozidad de cauallos con que se podía imaginar, y después fingió encima vn delgado velo con que las mostró cubrir, y era tan grande la excelencia, que en el arte mostró estar tras el lienço el pintor, que no auía hombre que viesse aquella tabla, que con desseo de gozar bien della no se fuesse luego á la descubrir, el qual des-

seo hizo que Zeuso diesse la ventaja á Parrhasio quando se sintió burlado del cendal. Del Timantes, leemos vna pintura nunca acabada de engrandescer de los oradores, & fué quando los griegos sacrificaron en Aúlide á Iphigenia, que después que ouo pintado muy triste á Vlixes y más á Menelao, queriendo pintar sobre todos triste á su padre Agamenón, le pintó como que se limpiaua con vn paño los ojos, cubierto todo el rostro, remitiendo al juyzio del discreto juez lo que con el pinzel no pudo mostrar. Dexo de contar grandezas de Policleto, y de Aglaophón, de Canacho, de Prothógenes, de Nicomacho, de Arístides y de otros muchos varones que en la pintura se señalaron con tanta ventaja en la antigüedad, que los de agora no merescen su comparación.

De la estatuaria.

¿Pues en la estatuaria qué diría si me quisiesse detener? Praxitelles fué tan admirable en su arte, que espantaua los hombres; esculpió en Choo vna ymagen de la diosa Venus, cuya hermosura nunca pudo ser imitada de pintores ni estatuarios. De Calicles leemos que esculpió vnas hormigas de mármol de tan pequeños cuerpos, que no se podían deuisar los miembros. En poder de nuestro estatuario maestre Phelipe he yo visto vna ymagen de Porcia, mujer de Bruto Romano, que dize serle dada al Emperador, la qual es hecha de vn género de mármol que no alcançan agora los hombres herramienta con que se pueda labrar, sino con puntas de diamante, y avn con ellas en gran tiempo; & sé della dezir que no paresce ser obra de hombre mortal, porque el artífice la esculpió desnuda co-

miendo las brasas, y puédese gozar todo el cuerpo por delante y por detrás, y muestra aquellas venas, arrugas y puestos de miembros tan al natural, que paresce que naturaleza quiso hacer hombres de mármol como los hizo de carne, para mostrar su poder. Diógenes Laercio escriue que el philósopho Sócrates fué muy señalado en esta arte, y que esculpió muchas piedras muy admirables, las quales pusieron los athenienses en su torre principal, por le dar galardón.

Pues de los músicos hallamos grandezas que nos hazen espantar. Escriue Homero de aquel músico Chirón, maestro de Achiles, que hazía hablar la vihuela, con tanta dulçura y armonía, que muchas vezes incitaua á Achiles á las armas, y otras vezes le sossegaua la brabeza y furor. Cayo Graco tenía vn criado, tan estremado músico, que por la dulçura de sus canciones le reconcilió muchas vezes en gracia con el pueblo romano más efficazmente que con toda la eloquencia y elegancia de dezir. De aquel gran Thimoteo, excelente músico, escriuen muchos historiadores griegos, entre los quales dize Dion Prusense que, queriendo algunas vezes lisonjear á Alexandro Magno y ganarle la voluntad, no tenía más necesidad sino alcançar dél que le quisiesse oyr, que con la dulçura & industria de su música le atraya como con vn garfio ó cadena, y que muchas vezes, estando descuydado el rey, le incitaua con tanto ímpetu á las armas, que le daua ocasión á vencer. ¿Qué os diré de la música que alcançó Dionisio, maestro de Epaminondas? ¿Y de la de Heráclido, inuentor de la música de bozes?

De los músicos.

¿Y de Lyno, inuentor de la vihuela? el qual dizen ser hijo de Apolo, por ser tan gran músico. ¿Qué diré de Antes, y Pyerio, y Philamón y Demodocho, aquél que primero cantó en verso la destruyción lamentable de Troya, y Phemio, el qual cantó la buelta de los griegos en música muy acordada? ¿Y de Terpando, que primero dió trastes á la vihuela, y de Clonas, que halló la música de flauta, y de Hyagnes, que la tañó primero entre los griegos y la enseñó á aquel famoso hijo suyo, Marsia? Macrobio dize que el primero que inuentó arte de música fué Pythágoras; Plinio quiere que Amphión. Dexo de hablar de Sócrates, Platón y de Alcibiades, que como á padres & inuentores de la música los podría contar; y pregúntoos: ¿quién llega agora á poderse comparar con éstos? Pues en las inuenciones de los versos, tragedias y comedias; en el estilo de sátiras; la elegancia de escreuir y hablar, el menor varón de aquellos tiempos nos excedió sin comparación.

Pues en los traxes, hábitos & posturas; en las juegos & inuenciones de plazer; en las danças y bayles; en los motes y donayres; en las gracias y representaciones, fué todo aquello en ellos tan al natural, que esto de agora se puede dezir sombra de aquello, que era lo real. Pues aquella magnanimidad y esfuerço de los varones antiguos que en armas y destreza se mostraron, ¿quién se atreuerá á traerlas por exemplo de las que agora son? ¿Quién tiene agora las fuerças de Milon Crotense, el qual, en vna Olimpia, sostuvo vn buey sobre los hombros?; ¿quién el esfuerço de Cypión?; ¿quién la des-

Del esfuerço.

teza de Haníbal, la industria de Marcelo, el ardid de Mario, el spíritu de Alexandro, el ánimo de Julio César?; ¿quién es agora como Quinto Curcio, los Decios y Codros?; los quales, pospuesta la propia vida, se offrescían de voluntad á sus enemigos por libertar de grandes peligros á su patria. No puedo sino concluyr que es burla lo que agora ay, y que la falta de hombres sabios y elegantes nos hace ser todos assí. Por lo qual, me paresce que no deuéys, señor Guillermo, de condenar á los gouernadores y rectores de las Uniuersidades por no elegir varones que alcancen las artes en perfeción, pues en el mundo agora no los ay como en la antigüedad los solía auer. Ni ya ay tan diligentes hombres que lo quieran ser; mas que con poco se contentan y avnque les infundan la sciencia, no querrán más. Y como Alberto acabó assí de dezir, luego.....

Gaspar.—Por Dios, elegante & copiosamente habló.

Hierónimo.—¡Oh, pues si le viérades hablar á él mesmo, paresciéraos que Tulio, Demóstenes y Eschines, facundos oradores, no tuuieran que hazer con él! Viérades aquel torrente con que enhilaua el processo, aquella elegancia con que encadenaua las materias, aquella facundia con que encarescía las cosas, aquella grauedad con que ponderaua, aquella auctoridad con que fundaua, aquel ayre y donayre con que dezía, aquellos meneos con que señalaua, aquella mudança de habla y de vozes con que conmovía á atención, pudiérades admirado con justa razón decir: *nunquam sic*

locutus est homo. Luego Guillermo en contrario replicó: y no sé si me acordaré.

Gaspar.—Decidme lo que pudiérades, que gran plazer recibo en oyros, y principalmente quando procedéys tan en particular.

Hierónimo.—Lo mejor que yo pudiere trabajaré por os complazer. Luego Guillermo començo & dixo:—Gran prez me paresce que se me deuerá oy (¡o sabios varones!) si con la efficacia de mi razonamiento bastasse recuperar la honrra que por vos, señor Alberto, han perdido los varones que en esta presente edad profesan en el mundo sciencia. E pluguiera á Dios que se me diera agora la elegancia de Tulio, porque mejor sonara en vuestras orejas lo mucho que oy dixera en su loor, y ansí tuuiera más efficacia en vuestro entendimiento lo que de su grandeza quiero dezir. Bien veo que sobrepuja mi atreuimiento á lo que por mis fuerças puedo hazer; pero la piadad que tengo á los sabios varones que por la grandeza de sus juyzios dan claridad al presente siglo, me esfuerça á hablar, quanto quiera que ponga en peligro mi honrra & condición. Yo os entiendo prouar mediante el ayuda de Dios, que necessariamente han de ser muy más sabios los hombres de agora que los de qualquiera otro tiempo passado, y después os mostraré por esperiencia cómo muchos de agora exceden á los que en aquel tiempo pudieron ser, en qualesquiera sciencias y artes, & assí en todo lo demás. Digo, pues, quanto á lo primero, que si con atención miramos las cosas hallaremos claro la gran ventaja que tienen los presentes á los antiguos, si

Loor en las casas de la presente edad.

venimos á cotexar y comparar lo moderno con lo antiguo; si miramos á la simplicidad y rudeza de aquellos primeros hombres que, nacidos en los desiertos y campos sin compañía, eran comparados á las piedras y árboles en los versos y prosas de los poetas & historiadores antiguos. Ni me paresce que otra cosa quieran sentir quando dizen que aquel Horpheo con su harpa tenía atentas las bestias fieras en las montañas, y Amphión con su vihuela hazía baylar las piedras de los muros de Thebas, y que en las seluas deleytosas & sombrías conmouía á atención á los árboles y los hazía saltar de plazer. No quieren otra cosa significar sino que fuessen aquellos varones Amphión y Horpheo (como lo cuentan Homero y Hesiodo) los más eloquentes varones que en aquellas naciones se hallauan, y sus lenguas, por su dulçura y eloquencia fuessen comparadas á la Música, y que bastassen conmouer aquella gente bárbara (los quales por su rudeza eran comparados á los brutos y piedras), para los atraer á su subjeción y obediencia. Esto mesmo da á entender aquella antigüedad en que hallamos á Hércules Ogmio, que desde su lengua le pintan que van muchas cadenas, por las quales ata fuertemente por las orejas muchos franceses y los trae tras sí. Y assí, mostrando los egypcios la rudeza y rusticidad de aquellos primeros hombres, affirmaron auer sido engendrados del cieno y estiércol que el río Nilo dexaba quando después de la creciente se voluía á su madre; que entre aquellos ratones y sabandixas que con el sol y umidad nacían fueron criados los primeros hom-

bres, como nos lo cuenta Diodoro Siculo en el primer libro de la *Fabulosa narración*. En la primera edad andauan los hombres hechos saluajes por las montañas, rudos, agrestes, sin conuersación, ni paz ni amor, y se presume que huyesen vnos de otros, espantados de su semejante ymagen como de ver gran nouedad. Y después, como naturaleza los criasse para ayuntamiento y generación, ingerió en sus coraçones (como dize Hesiodo) vn amor, sin el qual dize que era el mundo un chaos ó confusa massa sin forma ni sér. E por este amor se vinieron los hombres á comunicar con las mugeres, y assí á engendrar. E luego, por causa de las mugeres & hijos, hicieron sus biuiendas juntos, agora en choças, agora en ramadas ó cueuas, por seluas, valles y montañas. Platón dize que juntamente nació con nosotros Amor & que nos crió naturaleza á cada vno dos vncidos por las espaldas, y que después hizo vno de cada meytad & ansí hizo de cada vno dos, los quales dize que son agora los amigos firmes y que no se pueden faltar, porque fueron hechos de dos meytades dos. De aquí presumo yo que fuesse á todos en esta edad la mesma lengua y habla común. Después, como fuesse cresciendo el amor entre ellos, fué cresciendo por el contrario la enemistad, porque quando naturaleza haze vna cosa, cría su contrario. E de auer sido hasta aquí por causa del amor las cosas en común, y como los fructos eran criados por la tierra en abundancia sin el trabajo de los hombres, luego que començó á reynar la enemistad y embidia començaron á tomar posse-

Plato *in Simposio.*

siones y á vsar destos vocablos, mío & tuyo. E para conseruar este dominio procuraron se juntar compañías de hombres y á cubrirse las carnes con vestiduras, agora de hojas de árboles ó pieles de fieras. Luego començaron á edificar casas fuertes y después cercarlas de muro, y de aquí començaron las repúblicas, ciudades y príncipes, y luego se diferenciaron las provincias y lenguas. Puestos los hombres en esta conuersación y comunidad creció la industria de las gentes, porque como dize Aristóteles, bestia era el hombre antes que viniesse á la congregación de la ciudad, quando andaua por el campo. E luego creció la diuersidad de las contrataciones, las mercadurías, para lo qual inuentó cada vno aquellos instrumentos y aparejos de que tenía necessidad cada cosa. E como dize Plinio, acostumbraron los antiguos con su ignorancia y simplicidad á adorar por dioses á qualesquiera inuentores que de nueuo les dauan noticia de aquellas cosas que auían menester. E assí adoraron por diosa á Ceres, porque inuentó el sembrar & harar y á moler y massar la harina. Y ésta dizen que fué la que primero dió leyes en que viviessen con orden los hombres, aunque otros affirman que las dió primero Rhadamantho. Josepho en sus *Antigüedades*, dize que el primero que labró la tierra y la labró fué Cayn, y que él hizo la primera ciudad, á la qual llamó Henochia, y que fué el primero que trató por peso y por medida y lo ordenó. E que Jabel, hijo de Lamech, fué el primero que hizo tienda en el campo y guardó ganado. E que Tubal, su pariente, fué el que in-

Plin., libro 25.

Diodoro, lib. 1.º; Joseph., lib 1.º

uentó la Música. E que Túbal Cayn fué el que halló la herrería y labró armas & instrumentos de guerra. Y que los caracteres de las Letras y Philosophía y Astrología hallaron los hijos de Seth, nietos de Adán. Diodoro Sículo dize que los primeros hombres escriuían pintando las cosas en sus mesmas figuras para significar lo que querían dezir. Como para significar el tiempo pintauan vna culebra deleznable, y para significar la vida pintauan el viento, y para significar la muerte pintauan vn cuchillo. E assí, de otras qualesquiera cosas que querían significar, dauan á entender por diversas figuras en que ellos tenían costumbre y semejança. Y después, andando el tiempo, cada prouincia y nación inuentó vn género de caracteres naturales, conforme á su habla y condición. Y dizen Diodoro y Aulo Gelio que entre los egypcios los inuentó Mercurio, y que la Philosophía & Astrología inuentaron sus sacerdotes. E los indios dizen que sus brachmanas y gimnosophistas. E los persas y babilonios dizeñ que sus magos. Plinio dize que el primero que inuentó los caracteres fueron los assirios, avnque los griegos dizen que las diez y seys letras del *a*, *b*, *c*, halló su Cadmo, á las quales añadió quatro Palamedes estando en el real sobre Troya, y otras quatro añadió Simónides Mélico. Dize Plinio que Apolo fué el que inuentó el comprar y el vender, y el que primero puso corona al Rey y dió triumpho al victorioso en la pelea. Y que el primero que edificó casa de ladrillo fueron aquellos dos hermanos athenienses Euríalo & Hyperbio, que antes todos

biuían en cueuas y choças. Aulo Gelio dize que el primero que hizo casa de barro fué Dogio, hijo de Celio, tomando exemplo de los nidos de las golondrinas. Plinio dice que Cinira, hijo de Agriope, inuentó las texas, y fué el primero que halló y labró el cobre, & inuentó el martillo y tenazas y cerrojo & yunque. Y que Dédalo, varón admirable en la architectura, inuentó los instrumentos della: la sierra, la açuela, la plomada, la escuadra, el niuel, el barreno, el engrudo y la cola, el torno y la llaue. E dize que Aristeo Atheniense halló el azeyte y cómo se sacasse de las oliuas, y la miel; y que Cadmo halló los metales, & Calibes los hundió. E los Cyclopas y Vulcano hizieron dellos primero armas, & Jonás hizo primero moneda. E Chorebo, la rueda y officio de olleros. Niceas, el perayre, y los egypcios el texer los paños, y los lydos texer las lanas. La Medicina inuentó Apolo; la Música, Amphión; la flauta, Pan. El que primero conosció el curso de los vientos fué Eolo, hijo de Eleno, y el que primero neuegó en naue fué Jasón, y el primero que inuentó galera de dos órdenes de remos fué Damástenes, y de tres órdenes, según Tucydides, fué Minocles; y de quatro órdenes, según Aristóteles, fueron los cartagineses, y de cinco Nesichtón Salamino, y de seys Xenágoras Seracusio, y de diez órdenes Mnesigetón, é de doze órdenes Alexandro, y de quince Tholomeo Sotero, y de treynta Demetrio Antígono, y de quarenta órdenes Tholomeo Philadelpho, y de cincuenta Philopatro. De manera que podemos dezir que aquellos primeros hombres de aquella

primera edad tuuieron como la simiente & principio del vso de razón, y después, creciendo la conuersación, malicia y auaricia entre ellos, han venido en tanta de viueza los juyzios humanos, que paresce que ya no puede más subir, como veemos de la sagacidad y arte con que agora los hombres viuen, tratan y conuersan. De aquí es de presumir que los que fueren aplicados al estudio de las letras agora, las alcanzarán más perfetamente con gran ventaja que los antiguos, en aquel mesmo excesso que agora exceden en industria y curiosidad. Y porque viérades esto por esperiencia, quisiera traeros á la memoria muchos varones que son viuos al presente ó murieron poco há, los quales en diversas sciencias y artes con grande eminencia han sobrepujado en saber. Mostráraos grandes juyzios de hombres que agora son en esta presente edad, de diuersas naciones y prouincias, en los quales entendimientos como en un espejo viérades reluzir las sciencias en gran perfectión. En tanta manera que os oso dezir que sola la presencia dellos les haze perder su estima y auctoridad, porque si aquellos muy señalados antiguos trocasen el sér con los que agora son, de tal suerte que los ausentes fuessen presentes, y ouieran sido los de agora en aquella antigüedad, los veneráramos agora sus nombres en gran ventaja sobre Sócrates y Platón. Pero como la embidia es un mal tan contagioso que no ay pecho en que no presuma assentar su venino y macular hasta los spíritus consagrados á Dios, nunca entiende con ésta su mala condición sino en reuoluer los coraçones humanos y

desassossegarlos de toda amistad y paz, por ser de su natural cavilosa, mordiscona y enemiga de todo bien. Por esta causa dexo de descendir á particular, nombrando admirables juyzios que agora ay en el mundo en varones que altamente se han mostrado en las letras, porque esta caudalosa ponçoña no inficione esta nuestra buena congregación, & mis palabras no den causa á reuoluer los ánimos de tales varones como vosotros vnidos en amistad por liga del Spíritu Sancto. Y si en vuestros pechos acaso no entrara por no le dar lugar vuestra sanctidad, no quiero que me dañe salido de aquí. Yo os contara, discurriendo por todas naciones, sabios en cada vna por sí, los quales, por sus obras de que acá tenemos noticia, pudiérades conjecturar lo mucho que son. Dixéraos de muchos de la Italia y Francia que viuen oy, que de su doctrina me atreuo á dezir que se han adelantado á la antigüedad. E de algunos de Alemaña, que avnque ha auido muchos herejes, os pudiera traer cathólicos de gran valor. No faltan en Flandes, Ingalaterra y en Holandia, de quien con gran notabilidad os pudiera dezir. Pues si viniéramos á nuestra España, pienso que nos faltara tiempo en que los contar, porque no ha florescido menos en el estudio de sciencias y artes que todas las otras naciones; mas antes os mostrara que más, quando viniéramos discurriendo por la admirable copia de los juristas y canonistas, y nombrando particularmente los varones, viérades la eminencia de sus letras; la excelencia & sinceridad de los theólogos, juntamente con su admirable religión; la curiosidad & indus-

tria de los médicos; el ingenio & subtileza de los philósophos; la elegancia y eloquencia de los rectóricos y sabios en la lectura humana, consumados en las lenguas latina, griega y hebrea. Pues si en particular viniesse á hablar de la judicatura, de la prudencia, destreza y saber de grandes varones que gouiernan en España, pensaría nunca acabar. Pero no dexaré de os notar, para argumento de lo mucho que os pudiera á dezir, que en el Consejo Real tiene el Emperador nuestro Señor doze notables monarchas, que en el consulado no ha auido par desde aquéllos que tuuieron la gouernación del Uniuerso en los romanos, con otros muchos varones que trae en sus consejos y consultas en su Corte, juntamente con doze oydores que residen en esta Chancillería, y otros doze en Granada, por los quales en España tiene título de justo rey. Pues si os dixera los cathólicos religiosos spíritus que con toda sinceridad siruen á Dios, mostráraos vnos hombres que á parescer de las gentes, son la hez y escoria del humano metal, y conuersados en el coraçón, hallaréis vnos vasos rellenos de charidad y spíritu de Dios; muchos contemplatiuos de gran spíritu, simplicidad y humildad, y grandes personas que en obras heróycas consumen el tiempo, destribuyendo las haziendas por los pobres de Jesuchristo, conforme á las leyes de perfeción. Pues en predicadores yo os mostrara cosas de gran notabilidad, los quales con lágrimas demandan á Dios les dé lo que han de decir. Y si me dixéredes por qué no hazen milagros como los antiguos, responderos he: porque no los tiene necessidad la

Iglesia de Dios. Quanto más que avn os podríamos dezir grandezas nunca oydas que de cada día hazen muchos seruidores de Jesuchristo, las quales, por la humildad de sus spíritus, no las quieren publicar. Pues en las abilidades & juyzios de las mujeres que al presente son, ¿qué tiempo bastaría para dezir algo si ouiéssemos de descendir en particular? Ay dueñas casadas, biudas y donzellas, de cuya bondad, sanctidad y religión nunca acabaríamos de dezir. Y destas ay pechos tan preñados & incumbrados en doctrinas saber que muchas dellas podrían entrar en comparación con grandes sabios de la antigüedad. Muchas tan leydas, tan agudas, tan prestas, ingeniosas, tan habladas, graues y de alto entendimiento y consejo, graciosas, donayrosas & agraciadas. Tan inuentiuas en sus costuras y labores de tanta biueza y delicadez, que muy famosos artífices no pueden en la plata & oro esculpir más sotilmente que ellas lo labran en sus lienços, telares y bastidor. Pero dexado esto, que basta lo dicho en este propósito, vamos á otras cosas que en particular engrandescen con esto la edad presente. ¿Qué os paresce que fuesse igual en los antiguos con la industria de los tratos y contrataciones de agora? ¿Aquellas delicadezas con que de mil maneras se resciben las mercaderías y monedas en cambios, bancos y ferias por libramientos, cédulas y pólices? ¿Aquellas agudezas con que se despachan los negocios para Roma, Francia, Venecia, Hierusalén & Turquía? ¿Aquella facilidad con que los hombres se atreuen á yr en breues tiempos grandes jornadas en estrañas prouincias,

no perdonando las fragosas tempestades del inuierno, ni temiendo los fuegos del verano; mas en postas y estafetas en vn punto se determinan y se ponen donde quieren. ¿Quién en esto ha sido más liberal en todos los antiguos que nuestro inuictíssimo Emperador? No ay antigua historia (con todo quanto tiene licencia que en loor pueda fingir) que con toda la adornada eloquencia que es possible, tal Príncipe nos han pintado hasta aquí, como en éste nuestro veemos por esperiencia y verdad. Ensalce quanto quisiere á su Achiles Homero, y á su Eneas y Héctor Virgilio, y á su Alexandro Quinto Curcio, y los romanos á sus Cypiones, Mario, Marcelo y Julio César; por que quanto quiera que se ayan adelantado con la pluma en el escreuir dellos, passa con la obra y verdad á todos aquellos sus Príncipes nuestro Emperador. Por que si todo el poder de romanos vencieron á Carthago en Affrica contra aquel braboso capitán Haníbal, siendo caudillo Cypión, esto fué en largo tiempo, siendo sitiada la ciudad por dos años. Mas el nuestro inuictíssimo César Carlos venció al pirata Cayredín Basa Barbarroja, el más soberuio y nunca vencido coraçón que jamás se vió, y no con aquel gran número de soldados que lleuó Cypión de Roma, mas con casi cinquenta mil caualleros, todos mayorazgos & hijos dalgo de la flor y casas antiguas de España, cuyo interesse era dar victoria á su Príncipe y ganar gloria perpetua cada vno para sí. No le duró la conquista largo tiempo, mas en mes y medio le dió conclusión, por que el exército salió de Barcelona á nueue días del mes de Junio

de mil & quinientos & treynta y cinco años, y llegó á la Goleta á quinze días del mesmo mes; y á seys días del mes de Agosto del dicho año, estaua tomada la ciudad de Túnez, y entregada juntamente con el Reyno á Muley Alhazén, Rey de Túnez, y hechos los conciertos, se partió su Majestad para Ytalia. E sin tomar algún descanso del trabajo que traya, hizo exército para entrar en Francia por ver si podría en alguna manera concertar al Rey con el Duque de Saboya, y no pudiendo, muerto Antonio de Leyua, despidió el campo, y sin temer la fragosidad del inuierno se vino á Rosas, puerto de España, donde llegó día de la Concepción de Nuestra Señora, ocho días del mes de Deziembre, año de quinientos & treynta & seys. Y hechas Cortes en España & Aragón, se voluió en Ytalia por se concertar con el Rey de Francia, por que vía que cumplía mucho para el augmento de la fee. Partió de Barcelona acompañado de algunos Grandes de España á veynte & cinco días del mes de Abril, año de mil & quinientos y treynta & ocho. Donde llegados, plugo á Dios que con su diuino fauor y con la medianería del nuestro muy Sancto Padre Paulo tercio, estando toda la christiandad en oración por vn jubileo vniversal que auía expedido su Sanctidad, se concertaron pazes por diez años entre los dos Príncipes. Y después, passando el Emperador por Marssella de buelta para España, se confirmaron perpetuas entre ambos á dos, lo qual fué muy manifiesta obra & misterio del Espíritu Sancto por nos hazer Dios merced. E vínose á España, donde llegó á Barcelona á veynte días del

mes de Julio de treynta & ocho años; donde agora con aquella mesma diligencia & cuydado apareja poner en execución imperiales pensamientos para el seruicio de Dios en engrandecimiento de la fee, los quales le dexe Dios acabar. Eos contado tan en particular las grandezas de nuestro glorioso Príncipe, trayendo el día, mes y año, porque veáys en quán breues tiempos ha comprehendido cosas tan arduas y de tanta dificultad para les quales ni para cada vna dellas no basta vn Príncipe de los antiguos, ni avn mil. Y avn dexo de os contar la breuedad con que se coronó en Bolonia, y después fué en proueer las cosas de Alemaña. Pues desta mesma manera, si queremos mirar particularmente en cada sciencia y arte, hallaremos tan proueydo el mundo, que creo yo que los que están por venir no nos ternán en menos veneración que la que nosotros tenemos á aquéllos que fueron muy señalados en la antigüedad; lo qual hallaremos ser assí si descurrimos por cada vna de las otras sciencias y artes, como vos, señor Alberto (dixo Guillermo), auéys hecho hasta aquí. Podemos traer muchos que en la Pintura, en la Architectura & Música, y en otras qualesquiera machinas, exceden á los antiguos sin comparación. En la Italia están quatro varones: Raphael Urbino, y el Bacho, y Michael Angelo, y Alberto (1), que de todos quatro oso dezir que remedan á Naturaleza en el pintar, y no puede el arte subir en más perfeción. Michael Angelo pintó en vna capilla del

De la Pintura.

(1) ¿Alberto Durero, quien residió algún tiempo en Italia?

Papa Clemente en las bóbedas y claues figuras de admirable spíritu, entre las quales está en el debujo la primera persona de la Trinidad, que muchos (aunque por experiencia saben que es pintura) temen quando allí entran, como si estuuiese allí biuo el mesmo Dios: tanta es la majestad que le dió el pintor. Aquí, en Valladolid, reside Berruguete (1), que los hombres que pinta no falta sino que Naturaleza les dé spíritu con que hablen, el qual ha hecho un retablo en Sant Benito, que auéys visto muchas vezes; que si los Príncipes Philippo y Alexandro biuieran agora, que estimauan los trabajos de aquéllos de su tiempo, no ouieran thesoros con que se le pensaran pagar; y como los hom-

(1) Alonso Berruguete, escultor, pintor y arquitecto. Nació en Paredes de Nava hacia el año 1480 y estudió pintura con su padre Pedro Berruguete; amplió sus conocimientos en Italia; se hallaba en Florencia el año 1503, y el de 1504 pasó á Roma en compañía de Buonarrota, á quien ayudó en los cuadros del Vaticano que le encargó Julio II. Vuelto á España, Carlos V le honró mucho y le mandó hacer varias obras en el Alcázar de Madrid y en el Palacio que se construía en Granada. Él y Felipe de Borgoña tallaron la sillería del coro de la Catedral de Toledo. Hizo treinta estatuas del tamaño de la mitad del natural para el retablo de San Benito el Real de Valladolid, bajo-relieves en ocho tableros y algunas pinturas en los intercolumnios. Murió el año 1561.

En el ejemplar de la *Ingeniosa comparación* que se conserva en el Museo Británico, hay una nota manuscrita, letra de últimos del siglo XVI, que da esta noticia de Berruguete:

«Deste descendio Don Alonso de Herrera, caballero de la Orden de Santiago, que se casó con la hija de Juan de Soria, del Consejo de Hacienda. Tienen sus casas de mayorazgo junto á San Juan.»

bres de agora, por la biueza de sus juyzios passan adelante, avn le hechan de ver. El Comendador mayor de León, Francisco de los Cobos, traxo aquí asalariados de Italia dos ingeniosos mancebos, Julio (1) y Alexandro (2), para labrar sus casas, los quales hizieron obras al gentil y antigüedad, que nunca el arte subió á tanta perfeción. Pues en los ingenios y biuezas que vemos en las tapicerías de agora, ¿quién no dirá que excedemos á lo antiguo sin comparación? Pues en la estatuaria tiene nuestra España á maestre Phelipe (3) y á Sylóe (4), que su excelencia alumbra y esclaresce nuestra edad, porque ni Phidias ni Praxiteles, grandes estatuarios antiguos, no se pueden comparar con ellos. En Burgos biue vn varón llamado Andino (5), que labra

De la Estatuaria.

(1) No sabemos si este artista es Alejandro Bonvicino, discípulo de Tiziano, ó Alejandro de Carpi, que estudió con Lorenzo Costa.

(2) Acaso Giulio Licinio da Pordenone: pintó en Venecia y Augusta, donde murió el año 1561.

(3) Felipe de Vigarny ó de Borgoña, nacido en Burgos de padre francés, aunque alguien lo ha considerado natural de Borgoña. Residía en Valladolid á principios del siglo xvi, y fué elegido por el Cardenal Cisneros para trabajar en el retablo mayor de la Catedral de Toledo. También hizo el retablo mayor de la capilla Real de Granada, y en Toledo los preciosos bajo-relieves que adornan la sillería del coro del lado del Evangelio. Falleció en esta ciudad el año 1543.

(4) Diego de Siloe, que nació en Burgos en el último tercio del siglo xv, hijo del maestro Gil de Siloe. Residió algún tiempo en Granada é hizo para la Catedral de esta ciudad varias esculturas. Fué además notable arquitecto. Murió el 3 de Octubre del año 1540.

(5) Cristóbal de Andino, rejero, escultor y arquitecto, hijo

de hierro, que después de auer hecho admirables obras en España, a hecho en Medina de Rioseco, por mandado del Almirante de Castilla Don Fadrique Enrríquez, vna rexa en el monasterio de Sant Francisco, cuya obra, á mi ver, excede á los siete miraglos del mundo, y pésame porque no tengo lengua bastante con que la pusiesse en su merescer. Y también labró en aquella mesma capilla vn sepulcro de metal, de más alto artificio que fué aquel que Artemisa edificó á su marido el Rey Mausolo, por más que los antiguos en sus historias le trabajen encarescer. ℭ Viue Saluador (1), official del Emperador, que en el mundo en labrar el hie-

de Pedro de Andino, también rejero. Ejecutó en el año 1520 la reja de la capilla mayor de la Catedral de Palencia, costeada por el Deán D. Gonzalo Zapata. En el concurso que se verificó para hacer las del coro y capilla mayor de la Iglesia de Toledo, fué propuesto á Domingo de Céspedes y Francisco de Villalpando.

El señor Conde de la Viñaza, en sus *Adiciones al Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España, de D. Juan Agustín Ceán Bermúdez*, tomo II, pág. 18, reproduce lo que en la *Ingeniosa comparación* se escribe acerca de Andino.

Sobre la reja que éste hizo en la Catedral de Burgos, hay el siguiente estudio de D. Isidoro Rosell y Torres:

La reja de la capilla del Condestable en la Catedral de Burgos, obra de Cristóbal de Andino. Publ. en el *Museo español de antigüedades*, tomo II, págs. 349 á 360.

La reja que hizo en Medina de Rioseco fué acabada en el año 1532, según consta en un tarjetón que hay en ella.

(1) Ninguna mención hace de este rejero Ceán Bermúdez en su *Diccionario histórico de los profesores de Bellas Artes en España*, ni el Conde de la Viñaza en sus *Adiciones* á esta obra.

rro no ha auido en los passados su par. En Augusta, pueblo de Alemaña, biue maestre Colman (1), que paresce que el azero se le conuierte en cera para labrar arneses conforme á la fantasía de cada qual, como muestra en muchas pieças que se ven en la armería de Su Majestad. ¿Qué os podría dezir de los que forjan sablas en Turquía, que de azero las conuierten en la fortaleza del diamante?

De la Architectura.

Pues en la Architectura no han faltado varones en estos tiempos que se ayan señalado en edificios. ¿Qué Memphis ó qué Pirámides se pueden comparar con el monasterio y colesio de Sant Pablo, aquí en Valladolid (2)? ¿Y qué edificio de más excelencia que el colesio que hizo aquí el reuerendíssimo Cardenal don Pero Gonçález de Mendoça (3), é

(1) Desiderio Colman, de quien se conserva una preciosa rodela en la Armería Real (núm. 557): acabóla en Augusta el 15 de Abril del año 1552.

(2) Fundó este convento en el año 1276 la Reina Doña Violante, mujer de Alfonso X. En el de 1468 lo reconstruyó Fray Juan de Torquemada, y de entonces son la nave y crucero de la iglesia. En tiempo de Fr. Alonso de Burgos, confesor de la Reina Católica, se hicieron el coro, la fachada, el retablo y la reja de la capilla mayor. El Duque de Lerma gastó en él sumas considerables. Es de una arquitectura ojival decadente.

Recientemente el ilustrado archivero de Simancas D. Julián Paz, ha publicado acerca de este monumento la siguiente monografía:

El Monasterio de San Pablo de Valladolid. Noticias históricas y artísticas sacadas de varios documentos.

Valladolid, Imp. de La Crónica mercantil, 1897.

En 4.°, 64 páginas.

(3) Fué empezado á construir en el año 1486 y acabado en el de 1492; dirigió las obras el célebre Enrique de Egas. Es de

con las casas que hizo aquí el Conde de Benauente, y el palacio imperial que hizo Francisco de los Cobos? Los Cathólicos Reyes fundaron en Compostela vna casa para peregrinos (1) que excede aquel antiguo Dionisio de Rodas. De la iglesia de Toledo, ¿quién tiene lengua para dezir? ¿Y de la de Seuilla? ¿Y de la de León? de la qual dizen que marauillosos artífices de plata no pueden más fabricar. Pues lo que muestra la de Salamanca, y la majestad que llena la de aquí, que de continuo que la veo me paresce que queda muy atrás el templo que los antiguos nos pintan que fué de Apolo en Delphos, ó aquél que engrandescen los historiadores dedicado á Diana en Epheso. En Alcalá de Henares, en el Colegio de Sancto Elifonso, está vn sepulchro de alabastro del reuerendíssimo Cardenal Fray Francisco Ximénez de Cisneros, Arçobispo de Toledo (2), el qual es edificio de grande admiración. E si ouiesse de relatar todos los notables edificios que agora se han hecho en Castilla, pensaría nunca acabar. De obras de plata tres he visto yo que, entre otros grandes tesoros, destas sé

estilo plateresco y consta de tres cuerpos, terminados por una balaustrada. En este edificio se halla instalado el Museo Arqueológico de Valladolid.

(1) Dícese que estando los Reyes Católicos en Santiago el año 1486, hicieron voto de levantar una hospedería donde se acogieran los peregrinos. Lo cierto es que el Deán de Santiago consiguió de ellos el apoyo necesario y se abrieron los cimientos el año 1489. Su arquitectura pertenece al estilo del Renacimiento.

(2) Labró este sepulcro Dominico Florentino; Juan de Vergara compuso los dísticos del epitafio.

dezir que en el mundo no tienen par: la custodia de la iglesia de León, en Castilla, que tiene quatrocientos marcos de plata (1); y la de Córdoua, que tiene quinientos marcos; y la de Toledo, que tiene ochocientos (2), que muestran con sus cruzes ser del mesmo artífice, que paresce exceder á la antigüedad. ¿Qué cosa puede auer de más admiración que auer hallado los hombres industria como por vía de vnos reloxes, que unas ymágines y estatuas de madera anden por vna mesa sin que ninguno las mueua, y juntamente, andando, tañan con las manos vna vihuela, ó atabal, ó otro instrumento, y vuelua vna vandera con tanta orden y compás que vn hombre biuo no lo pueda hazer con más perfectión? ¿Y qué cosa puede ser más subtil que vn retablo que trayan vnos estrangeros el año pasado, en el qual, siendo todas las ymágines de madera, se representauan por artificio de un relox marauillosamente, porque en vna parte del retablo víamos representar el nacimiento de Christo, en otra auc-

(1) Hizo esta custodia Enrique de Arfe ó Darphe, natural de Alemania, donde nació por los años 1470 á 1480. Labró dicha joya hacia el año 1506. También son obras suyas las custodias que se mencionan de Córdoba y Toledo: la de esta población es exágona, con pilares góticos; tiene 260 estatuitas, unas doradas y otras por dorar, y muchos bajo-relieves: fué acabada el 23 de Abril de 1524. La de León consta de cinco cuerpos con figuras y medallas; remata en un obelisco. Construyó además otra para los benedictinos de Sahagún, adornada con torrecillas góticas. Fué abuelo del célebre platero Juan de Arfe y Villafañe.

(2) Según Ceán Bermúdez, 661 marcos; importó 1.033.357 maravedís, conforme la tasación de Hernando de Vallés.

tos de la Passion, tan al natural, que parescía ver lo que passó?

GASPAR.—Por cierto vos tenéys mucha razón, porque yo he visto todas essas cosas, y parésceme que si agora fueran todos aquellos muy sabios antiguos, se admiraran en las ver, porque ellos nunca hizieron obra en este género de arte con que se pudiessen comparar.

HIERÓNIMO.—Voluamos á la villa que se pone el sol, y hablemos de los músicos, que avn en nuestra edad no faltan varones de quien con gran ventaja podamos dezir. Muy poco há que murió aquel famoso varón don Francisco de Peñalosa (1), Maestro de capilla del cathólico Rey don Fernando, el qual en la Música, en arte y boz escedió á Apolo su inuentor. Ribafrecha (2) fué deste tiempo, de gran sufficiencia y abilidad. E Jusquín (3), del mesmo tiempo y saber. Agora biue Matheo Fernández (4), Maestro de capilla de Nuestra Señora la Emperatriz, varón de gran sentido y admirable composición. Biue en Roma vn español que se llama Morales (5), maestro de las obras del Papa, vnico en

De la Música.

(1) D. Francisco de Peñalosa nació hacia 1470; falleció en el año 1535.

(2) Ningún dato biográfico se halla de este notable músico en Fétis, Soriano y Fuertes y Saldoni. Lo mismo sucede con otros mencionados en la *Ingeniosa comparación* más adelante.

(3) Jusquín Verdeloth. Algunas de sus composiciones musicales se publicaron con las obras de Antonio de Cabezón.

(4) Maestro de la Real capilla de la Emperatriz en el año 1579, según afirma Saldoni; pero esta fecha debe ser inexacta.

(5) Cristóbal Morales, que nació en Sevilla á principios del

la composición y boz. E Castillo (1), Maestro de capilla de la Yglesia de Camora. En Santiago, Francisco Logroño (2), y en Palencia, Ordóñez (3). En la tecla murieron casi ayer aquellos tres famosos varones, Lope y Hernando y su discípulo Christóbal. Biue agora Antonio el ciego (4), tañedor de la Ca-

siglo xvi. Empezó sus estudios musicales en la Catedral de aquella ciudad, y después marchó á París, donde publicó una colección de *Misas*. Desde allí fué á Roma, y hacia el año 1540 Paulo III le nombró Cantor de la Capilla pontificia. El 1.° de Septiembre de 1545 fué nombrado Racionero y Maestro de capilla de la Catedral de Toledo. Parece que murió el año 1553, si bien no consta con certeza. (Saldoni, *Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles*, tomo I, págs. 26 á 32. Soriano Fuertes, *Historia de la música española*, tomo II, pág. 122. *Gaceta musical de Madrid*, 4 de Febrero de 1854, número 1.°, pág. 5.)

(1) A nuestro parecer, no es Alfonso del Castillo, quien nació á fines del siglo xv; fué aventajado músico y escribió un *Arte de canto llano*, impreso en Salamanca el año 1504. Quizá sea Diego del Castillo, organista prebendado de la Iglesia metropolitana de Sevilla en el año 1560.

(2) Fué nombrado Maestro de capilla de la Catedral de Santiago en el año 1536, en cuyo cargo sucedió á D. Alonso Ordóñez. En 1563 le nombraron Canónigo de aquella Iglesia.

(3) Saldoni (*Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles*, tomo IV, pág. 234) cree que este artista es Pedro Ordóñez. Acaso se trate del ya citado Alonso Ordóñez.

(4) Antonio de Cabezón, natural de Castrillo de Matajudíos, barrio de Castrojeriz. Murió en el año 1566. No fué clérigo, según lo demuestra el insigne bibliógrafo D. Cristóbal Pérez Pastor en un curioso estudio que se intitula *Escrituras de concierto para imprimir libros*, publicado en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, año 1897, págs. 363 á 371. Hernando de Cabezón, hijo de Antonio, publicó la siguiente obra de éste:

pilla de la Emperatriz, que en el arte no se puede más exmerar, porque dicen que hallado el centro en el componer. En la Yglesia de Sanctiago en Galizia está un Maestro Dionisio Memo, noble patricio veneciano, que dizen que en el vniverso no ay ni ha auido quien en la tecla se le pueda comparar, y vurla de quantos en este género de música han sido hasta aquí. En la vihuela murió poco há Guzmán (1), que hazía hablar las cuerdas con tanta excelencia y armonía, que traya los hombres bouos tras sí, y á vna vuelta de consonancia los despertaba como con vna vara. Agora viue Torres Barroso (2), natural de Salamanca, admirable en la composi-

Obras de mvsi | ca para tecla, arpa y | vihuela, de Antonio de Cabeçon, Musico de | la Camara y capilla del Rey Don Phi | lippe nuestro Señor. | Recopiladas y pvestas en cifra por Hernando de Cabeçon su hijo, ansi mesmo Musico de camara y capilla de su Magestad. | Dirigidas a la S. C. R. M. del Rey Don | Philippe nuestro Señor. | Con privilegio. Impresas en Madrid en casa de Francisco Sanchez. Año de M.DLXXVIII.

En fol., 201 hojas de texto musical y 12 de preliminares.—Port.—Dedicatoria al Rey Felipe II, por Hernando de Cabezón.—Texto.

(1) Acaso se trate de Luis de Guzmán, natural de Granada, famosísimo en el laúd y de suave voz.

(2) De este músico se hace mención en *El Crotalón*, canto I; también de Macotera y de Narváez, autor de un peregrino libro, *El Delphín de música de cifra para tañer vihuela. Valladolid, por Diego Hernández de Córdoba*, 1538.

Torres Barroso debe ser distinto de D. Francisco de Torres, notable compositor del siglo XVI, y de D. Melchor de Torres, nacido á principios de la misma centuria: en Alcalá imprimió éste el año 1554 un *Arte de la música*.

ción música, y el Milanés (1), que en el mesmo arte no tiene ygual. Viue también Macotera, varón de excelente ingenio en la vihuela, y es tan marauiloso componedor y tan estudioso, que tañe en quatro cuerdas de la guitarra todas las buenas obras que tañe en la vihuela, con tantas diferencias & armonía & con tanto acompañamiento, que admira á los que lo oyen. Estaua tan copioso Guillermo en el dezir, que no parecía sino que auía tenido todos los músicos del mundo en su conuersación, de los quales dixo muchos más, sino que yo no me acuerdo de sus nombres. Pues en las inuenciones de versos, traxedias y comedias (dixo él), son más agudas las del de oy que las de los antiguos, porque en las que están hechas en el castellano nunca alguno mostró en verso tanta agudeza como en las que Torres Naharro trobó, y no ouo en la antigüedad quien con tanta facilidad metrificasse. E Juan del Enzina su contemporáneo y otros muchos que viuen oy. En el estilo de sátiras y epigramas no se vsan, porque no consienten; pero no faltan abilidades bastantíssimas, que avn algunas se ponen en Roma en Masipasquín, y avn en España en la corte del Emperador. En los traxes, hábitos y posturas, fiestas, juegos & inuenciones, en las dancas y

(1) D. Luis Milán ó Millán, que nació en Valencia á principios del siglo XVI. Publicó en dicha ciudad el año 1534 la obra intitulada *El Maestro ó música de vihuela de mano*, dirigida al Príncipe D. Juan de Portugal. Estando con el Duque de Calabria, á imitación de Baltasar Castellón, compuso un libro intitulado *El Cortesano*, impreso en Valencia el año 1561.

bayles, en los motes y donayres, en las guerras y representaciones, no me marauillaría si estuuiessen agora algo muertas, porque han mudado casi todos los hombres á tanta grauedad que ya no curan de liuiandades & niñerías; mas antes burlan de todas estas cosas, ni las quieren ya ver. Pero porque en el mundo nunca faltó algo de todo, por tanto ay agora algunos generosos mancebos aficionados á sacar inuenciones por sus damas, los quales en colores y galanía y costa no tienen menos primor en la cortesanía de agora que los perfectos antiguos. E también ay muchos buenos cortesanos ingeniosos y polidos en el dezir, que tocan & hablan de repente sentencias, donayres y agudos motes entre damas y galanes, y en las fiestas y seraos vsan con gran destreça de galante y discreta cortesanía ante sus Príncipes y damas. Pues en las representaciones de comedias que en Castilla llaman farsas, nunca desde la creación del mundo se representaron con tanta agudeza & industria como agora, porque viuen seys hombres asalariados por la Yglesia de Toledo, de los quales son capitanes dos que se llaman los Correas (1), que en la repre-

(1) Acerca de uno de estos hermanos escribe lo siguiente Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido:*

«Produce este lugar (Toledo) personas de peregrinos entendimientos y hábiles para todo género de artes ingeniosas y de habilidad, dexando aparte los antiguos, que fueron Lope de Rueda, Bautista, Juan Correa, Herrera y Naharro, que aunque éstos dieron principio á las comedias, no con tanta perfección como los que agora sabemos y hemos conocido y que empezaron á hacerlas costosas de trajes y galas.»

sentación contrahazen todos los descuydos & auisos de los hombres, como si Naturaleza, nuestra vniversal madre, los representasse allí. Estoy tan admirado de los ver, que si alguno me pudiera pintar con palabras lo mucho que ellos en este caso son, gastara yo grandes summas de dineros ó mendicando fuera por los ver, avnque estuuieran mil leguas de aquí. E porque no hablo de cosa que por lexos ó antigua pueda atreuerme á mentir, véalos quien fuere curioso de ver cosas notables, & confío que hallará que con mis palabras les menoscabo mucho de lo que son. ¿Pues quánto excedemos á los antiguos en auer hallado tanta perfeción y polideza en las emprentas de la Ytalia, Basilea y Francia, y en España, Alcalá? Aquella letra tan cortada y tan limpia que inuentó Aldo Manucio (1) y Juan Frouenio (2), y la excelencia de su secaz

(1) Nació por los años 1447 á 1449 en Bassano; en 1590 fundó una imprenta en Venecia. Publicó por vez primera el texto griego de las obras de Aristóteles. Hombre de notable instrucción, compuso una Gramática de la lengua latina y otra de la griega. Murió en Venecia el año 1515. Fué padre de Pablo Manucio y abuelo de Aldo Manucio, que á los diez años de edad escribió la siguiente obra: *Eleganze della lingua Toscana é Latina;* imprimióse el año 1556.

Cnf. *Annales de l'Imprimerie des Aldes*, pág. 394.

Essai sur la Typographie, par M. Ambroise Firmin Didot. Paris, Typ. de F. Didot, 1856, págs. 639 á 655.

(2) Juan Froben. Nació en Hammelburg el año 1460. Establecióse en Basilea; entre sus mejores impresiones se cuentan las de las obras de San Agustín y San Jerónimo y del texto griego del Nuevo Testamento. Murió el año 1527. Erasmo, con quien había tenido amistad, le dedicó versos latinos.

Sebastián Gripho (1) y Miguel de Guía (2) en Alcalá; aquella perfeción y correción de los libros, con tantos colus, comas, paréntesis, acentos, puntos y cesuras, en tanto que casi nos dan á entender las escripturas sin preceptor, y veréys aquellos libros de las emprentas antiguas tan corruptos, mendosos y deprauados, que casi sus auctores, si resucitassen, no conoscerían ser aquéllos sus trabajos y obras. Dexo de dezir quánto aya subido en polideza y primor la lauor del vidrio de Génoua, Venecia, Barcelona y Cadahalso, donde por la industria de los hombres se contrahazen muchas piedras orientales en toda perfectión, y las differencias de los clarificados esmaltes. Pues ¿qué podría dezir de las labores y artificios del yesso, que han venido á vaziarle como plata y otros metales en la fundición, donde han labrado admirables estatuas en la imaginería, que no se pueden más pulir con ningún cinzel, y también le labran al torno para pilares, bases y chapiteles con mucha perfectión? Están tres hermanos en Palencia, que se llaman los Villalpandos (3), los

(1) Imprimió en Lyon, y solamente en los años 1528 á 1547 publicó más de 300 obras. Tuvo un hermano llamado Francisco y un hijo por nombre Antonio. Su emblema consiste en un grifo sobre un cubo sujeto por una cadena á un globo alado.

(2) Miguel de Eguía, que imprimió en Logroño, después en Estella y últimamente en Alcalá de Henares (años 1521 á 1538).

(3) Uno de éstos se llamaba Juan Corral de Villalpando; era además rejero, y en el año 1555 se ofreció á labrar una reja para la Catedral de Palencia.

Acaso fuera otro de los hermanos Francisco de Villalpando,

quales, en esta arte de labrar el yesso, admiran tanto los hombres, que comparado con su obra lo viejo, paresce ser digna de burla la antigüedad. Pues en esfuerço, ánimo & industria béllica, los caualleros de agora exceden á los antiguos sin comparación. ¿Qué exército de grandes millones de gentes de Darío, ni Creso, ni Xerxes se atreuiera á acometer lo que agora con mucha facilidad vence vn pequeño esquadrón de españoles? ¿Qué tiempo pasado se puede comparar con la brabosidad con que quatro mil españoles vencieron en Africa la Goleta y el reyno de Túnez? ¿E de los ochocientos que desbarataron á ocho mil turcos quando Su Magestad estaua en Alemaña, en la ciudad de Viena? ¿Y en aquellas victorias de Pauía? ¿Qué Julio César, Alexandro ni Cypión fué más belicoso que nuestro Emperador Carlos? ¿Qué Hanníbal fué más industrioso en la guerra que Antonio de Leyua? ¿Qué Pyrrho fué más animoso por el mar que Andrea Doria? ¿Quál Marcelo, Alciuiades ni Milciades fué de más ardid que Barbarroja? ¿Quál Hércules ni Theseo más diestro que Diego García de Paredes? ¿Quál antiguo nunca peleó tan sin nunca se cansar como el Rey Francisco de Francia que agora es? ¿Qué capitanes ouo nunca como el Próspero Colón y don Hernando de

escultor, arquitecto y rejero, vecino de Valladolid. Labró la reja de la capilla mayor de la Catedral de Toledo, obra que terminó en el año 1548. Tradujo los libros III y IV de la *Arquitectura*, de Sebastián Serlo; se publicaron después de su muerte el año 1563.

Aualos, marqués de Pescara, cuya industria y ardid se puede saber por las auentajadas victorias que ouieron con muy pequeños exércitos, los quales si fueran yguales en número con aquéllos que leemos de Cyro, Alexandro y Xerxes, fuera fácil cosa subjectar este pequeño mundo y avn los infinitos mundos que Demócrito escriue que ay? En conclusión, ¿quándo ouo tanta orden, tanta industria, tanto ánimo, tanto ardid, tanto esfuerço como en esta presente edad? Las victorias de nuestro glorioso Emperador y Rey que a auido en Africa, Asia y en Europa de doze años acá, lo muestran bien. No puedo sino concluyr, que la rudeza de aquella antigüedad daua ocasión á que las cosas que se hazían, por pequeñas que fuessen, se tuuiessen en mucho, escriuiéndolas como cosa de gran notauilidad, y las cosas que se dezían, ser estimadas por oráculos de Dios, quanto quiera que mejor se pudieran dezir. Mas agora, como todos los hombres sean más agudos & industriosos & sabios, de ninguna cosa por admirable que sea se espantan, ni por marauillosa que sea se admiran, ni por notable que la oyan la estiman, porque tienen tanta esperiencia de todo, que la tienen en poco, y á lo mucho tienen en nada. Esto es lo que anoche en summa passó y se trató entre aquellos buenos varones sobre la comparación de lo presente y antigüedad. E mucho más se dixo, sino que no tengo memoria para lo resumir, porque en todas estas cosas de que hablaron, decendieron á tanta particularidad, que no quedó cosa por dezir. Lo dicho baste; y vos, señor, daréys la sen-

tencia quando os plazerá, porque ya es hora de cenar.

Gaspar.—Por Dios, admirado he estado en os oyr, y bendigo á Dios que tal memoria os dió; y pues queréys que la sentencia se quede para otro día quando fuéremos á casa de Gabriel, por agora yd con Dios.

Hierónimo.—Y vos quedéis en paz, que aquellos varones os satisfarán quando quisiéredes dar vuestro parescer.

FIN



*¶ Fenesce la ingeniosa com-
paración de las dos edades, antigua y presente, en la qual
se disputa quándo ouo más sabios en cualesquie-
ra sciencias y artes. Fué compuesta por el
bachiller Villalón. E impressa por
maestre Nicholás Tyerri, im-
pressor en la muy noble
villa de Vallado-
lid. Acabó-
se á quinze
de
Enero.
Año de* 1539.



ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
14	28	1556	1558
26	8	Pozuoli	Puzzolo
59	10 y 11	βλεπο	βλεπω
74, 75 y 97	15, 16 y 1.ª	Marqués de Gondomar.........	Conde de Gondomar
102	11	*Matrimonio engañoso*...........	*Casamiento engañoso*

SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

---

1. Excmo. Sr. D. José Fernández Jiménez.
2. Excmo. Sr. D. Mariano Vergara.
3. Excmo. Sr. D. Santos de Isasa.
4. Sr. D. Vicente Vignau.
5. Excmo. Sr. D. Miguel Colmeiro.
6. Ilmo. Sr. D. Juan Facundo Riaño.
7. Sr. D. Jacinto Sarrasí.
8. Sr. D. Toribio del Campillo.
9. Sr. D. Cándido Bretón Orozco.
10. Sr. D. Manuel Rico y Sinobas.
11. Sr. D. Eugenio Maffei.
12. La Biblioteca Nacional.
13. Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes.
14. Excmo. Sr. D. Joaquín Ceballos Escalera.
15. Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo.
16. Sr. D. Fermín Hernández Iglesias.
17. La Biblioteca del Ministerio de Gracia y Justicia.
18. Sr. D. Rafael Vidart y Vargas Machuca.
19. Excmo. Sr. Marqués de Perales.
20. Ilmo. Sr. D. Félix García Gómez.
21. Sr. D. Ricardo Chacón.
22. Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.
23. Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
24. Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.
25. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.
26. Ilmo. Sr. D. Julián Zugasti y Sáenz.

27. Excmo. Sr. Marqués de Aranda.
28. Excmo. Sr. Marqués de Heredia.
29. Excmo. Sr. D. Fermín Lasala.
30. Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
31. Sr. D. Amós de Escalante.
32. Ilmo. Sr. D. Juan Uña.
33. Ilmo. Sr. D. Joaquín Maldonado Macanaz.
34. El Ateneo de Madrid.
35. Sr. D. Juan Mañé y Flaquer.
36. Excmo. Sr. D. Patricio Aguirre de Tejada.
37. Excmo. Sr. Marqués de Valmar.
38. Sr. D. Juan Federico Muntadas.
39. Excmo. Sr. D. Carlos de Haes.
40. Sr. D. Eduardo Sánchez y Rubio.
41. La Biblioteca del Senado.
42. Sr. D. José de Garnica.
43. Ilmo. Sr. D. Manuel Merelo.
44. Sr. D. Francisco de Borja Pabón.
45. Excmo. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.
46. Excmo. Sr. Marqués de Vallejo.
47. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.
48. La Biblioteca de la Real Academia Española.
49. Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.
50. Ilmo. Sr. D. Federico Hoppe.
51. Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
52. Excmo. Sr. Marqués de Hoyos.
53. Excmo. Sr. Conde de Valencia de Don Juan.
54. Sres. Bailly-Baillière é Hijos.
55. Sr. D. José María Asensio.
56. La Real Academia de la Historia.
57. Excmo. Sr. D. Juan Valera.
58. Excmo. Sr. Conde de Torre-Pando.
59. Sr. D. Félix María de Urcullu y Zulueta.
60. Sr. D. Luis de la Escosura.
61. Sr. D. Manuel Cerdá.
62. La Biblioteca del Ministerio de Fomento.
63. Sr. D. José Sancho Rayón.
64. Excmo. Sr. Marqués de Casa-Loring.
65. Sr. D. Fernando Arias Saavedra.

66. Dr. E. Thebussen.
67. Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos.
68. Sr. D. José Antonio de Balenchana.
69. Ilmo. Sr. D. Marcial Taboada.
70. Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié.
71. Sr. Conde de Roche.
72. Sr. D. Enrique Rouget de Loscos.
73. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.
74. Excmo. Sr. Conde de Casa-Galindo.
75. Sr. D. José de Palacio y Viteri.
76. Sr. D. Juan Nicolás de Acha.
77. Sr. D. Juan Llordachs.
78. Sr. D. Pablo Cuesta.
79. Sr. D. Fernando Núñez Arenas.
80. Sr. D. José Llordachs.
81. Sr. D. Ramón Siscar.
82. Sr. Gerold, de Viena.
83. Sr. D. Donato Guío.
84. Excmo. Sr. Conde de Morphy.
85. Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
86. Sr. D. Vicente Poleró.
87. Sr. D. Carlos de Uhagón y Arispe.
88. Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.
89. La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.
90. Sr. D. Gabriel Sánchez.
91. Sr. D. José Jorge Daroqui.
92. Sr. D. Pedro Pablo Blanco.
93. Excmo. Sr. D. Ricardo Villalba y Pérez.
94. Sr. D. Eduardo Corredor.
95. Excma. Sra. Condesa de Oñate.
96. Sr. D. Luis Masferrer.
97. Sr. D. Francisco Cuesta.
98. Sr. D. Mariano Murillo.
99. Sr. D. Federico Real y Prado.
100. Sr. D. Felipe Barroeta.
101. Excmo. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.
102. Sr. D. Enrique García de Angulo.
103. La Biblioteca de la Academia del E. M. del Ejército.
104. La Biblioteca del Ministerio de Marina.

105. Sr. D. José Moncerdá.
106. Sr. D. Rafael de la Escosura.
107. Excmo. Sr. D. Francisco de Cárdenas.
108. Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
109. Excmo. Sr. Marqués de Casa-Irujo.
110. Sr. D. Miguel Victoriano Amer.
111. Sr. D. Leocadio López.
112. Excmo. Sr. Conde de Toreno.
113. Sr. D. Luis María de Tro y Moxó.
114. Sr. D. Francisco Iravedra.
115. Sr. D. José Canosa y Martínez.
116. La Biblioteca Imperial de Strassburg.
117. La Biblioteca del Congreso de los Diputados.
118. Sr. D. Antonio Benítez de Lugo.
119. Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia.
120. Sr. D. Joaquín Valera.
121. Sr. D. José María Pérez y Porto Mondragón.
122. Sr. D. José Enrique Serrano.
123. Excmo. Sr. Marqués de Viluma.
124. La Biblioteca Real de la Universidad de Bonn.
125. Sr. D. Julián Arias Muñiz.
126. Sr. D. Nazario Calonje.
127. Excmo. Sr. Conde de Bañuelos.
128. Sr. D. Eugenio Hartzenbusch é Hiriart.
129. Sr. D. Manuel María Peralta.
130. Sr. D. Luis Tusquets.
131. Sr. D. Luis Navarro.
132. Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
133. La Biblioteca de la Universidad de Barcelona.
134. Sr. D. Fernando Palha.
135. Sr. D. Juan Vidal.
136. Sr. D. Alonso Mesía de la Cerda.
137. Sr. D. Antonio Paz y Mélia.
138. Excmo. Sr. Conde de Sallent.
139. Sr. Marqués del Bosch de Arés.
140. Excmo. Sr. Duque T' Serclaes.
141. Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.
142. Sr. D. Carlos Volmóller.
143. Sr. D. Francisco A. Commelerán.

144. Sr. D. J. C. Cebrián.
145. Excmo. Sr. D. José Esperanza y Sola.
146. Sr. D. Mateo de Rivas y Cuadrillero.
147. Sr. D. León Medina.
148. Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón.
149. Sr. D. Cesáreo Aragón.
150. Excmo. Sr. Marqués del Pazo de la Merced.
151. Excmo. Sr. D. Raimundo F. Villaverde.
152. Sr. D. José Luis Gallo.
153. Señora Doña Blanca de los Ríos.
154. Excmo. Sr. Conde de Cedillo.
155. Ilmo. Sr. D. Carlos Belmonte y Chico de Guzmán.
156. Sr. H. B. Clarcke.
157. Excmo. Sr. Conde de Vilches.
158. Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rua.
159. Excmo. Sr. Conde de Estrada.
160. Excmo. Sr. Marqués de Linares.
161. Sr. D. Calixto Oyuela.
162. Sr. D. Ramón Morenés y Alesson.
163. Sr. D. Miguel Toldrá.
164. Sr. Marqués de Santa Susana.
165. Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba.
166. Excmo. Sr. Marqués de Valdeterrazo.
167. Sr. Johannes Merck, de Hamburgo.
168. Excmo. Sr. Marqués de Santillana.
169. Excmo. Sr. D. Emilio Nieto.
170. Karl. W. Hiersemann, de Leipzig.
171. Excmo. Sr. Conde de Limpias.
172. Sr. D. José Manuel de Garamendi.
173. Ilmo. Sr. D. Atanasio Morlesín.
174. Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor.
175. Sr. D. Antonio Rodríguez Villa.
176. Excmo. Sr. Marqués de Comillas.
177. Excmo. Sr. Duque de Rivas.
178. Excmo. Sr. Conde de Tejada de Valdosera.
179. Excmo. Sr. D. Cayetano Sánchez Bustillo.
180. Excmo. Sr. Conde de Torreánaz.
181. Excmo. Sr. D. Carlos Frontaura.
182. Excmo. Sr. D. Francisco de P. Arrillaga.

183. Excmo. Sr. Marqués de Casa-Torre.
184. Excmo. Sr. Marqués de San Carlos.
185. Excmo. Sr. Conde de la Viñaza.
186. Excmo. Sr. D. Tomás Castellanos.
187. Biblioteca del Ministerio de la Guerra.
188. Ilmo. Sr. Marqués de Bolaños.
189. D. Francisco F. Bethencourt.
190. Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro.
191. Sr. D. Manuel Gómez Imaz.
192. Sr. D. Anselmo Rodríguez de Rivas.
193. Excmo. Sr. D. Eduardo de Ibarra.
194. Sr. D. José María de Urquijo.
195. Sr. D. Emilio Cotarelo y Mori.
196. Excmo. Sr. D. José Sanchiz.
197. Sr. D. Pedro Pascual Oliver.
198. Sr. D. Manuel Serrano y Sanz.
199. Sr. Norman Maccoll Esq.re
200.
201.
202.
203.
204.
205.
206.
207.
208.
209.
210.
211.
212.
213.
214.
215.
216.
217.
218.
219.
220.
221.

222.
223.
224.
225.
226.
227.
228.
229.
230.
231.
232.
233.
234.
235.
236.
237.
238.
239.
240.
241.
242.
243.
244.
245.
246.
247.
248.
249.
250.
251.
252.
253.
254.
255.
256.
257.
258.
259.
260.

261.
262.
263. La Sociedad de Bibliófilos Españoles.

SEÑORES SOCIOS FALLECIDOS

CUYA SUSCRIPCIÓN CONTINÚAN SUS PARIENTES Ó HEREDEROS

S. M. EL REY D. ALFONSO XII

1. ✠ Ilmo. Sr. D. Ramón Miranda.
2. ✠ Sr. D. Mariano Fortuny.
3. ✠ Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz de Cañabate.
4. ✠ Excmo. Sr. D. Severo Catalina.
5. ✠ Sr. D. Juan Manuel Ranero.
6. ✠ Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
7. ✠ Sr. D. Luis Burgos.
8. ✠ Excmo. Sr. Marqués de Molíns.
9. ✠ Sr. D. Pedro N. Oseñalde.
10. ✠ Sr. D. Alfonso Durán.
11. ✠ Sr. D. Miguel Guijarro Rodrigo.
12. ✠ Sr. D. Miguel Guijarro Ocaña.
13. ✠ Sr. D. Saturio Martínez.
14. ✠ Sr. D. Bernardo Rico.
15. ✠ Excmo. Sr. Conde de Zabellá.
16. ✠ Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

JUNTA DE GOBIERNO

PRESIDENTE.........	Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Académico de la Historia.—León, 21.
VICEPRESIDENTE......	Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié, Académico de la Real de la Historia.—Reina, 43.
TESORERO..........	Sr. D. José Antonio de Balenchana.—Reina, 24, bajo.
CONTADOR..........	Ilmo. Sr. D. Vicente Vignau, Académico electo de la Real de la Historia.—Calle de San Andrés, 34.
SECRETARIO PRIMERO.	Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón, Académico de la Real de la Historia.—Serrano, 16.
SECRETARIO SEGUNDO.	Ilmo. Sr. Conde de Cedillo, C. de la Real de la Historia.—Hernán Cortés, 3.
VOCALES...........	Sr. D. Antonio Rodríguez Villa, Académico de la Real de la Historia.—Huertas, 5. Excmo. Sr. D. José María Asensio, Académico de la Reel de la Historia.—Lista, 4. Ilmo. Sr. D. Antonio Morlesín, C. de la Real de la Historia.—Barrionuevo, 10. Sr. D. Antonio Paz y Mélia.—Princesa, 30. Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor.—Convento de las Descalzas Reales.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

I. Cartas de Eugenio Salazar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

II. Poesías de D. Francisco de Rioja, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

III. Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada, por D. Emilio Lafuente Alcántara. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IV. Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

V. El libro de las aves de caça, del Canciller Pedro López de Ayala, con las glosas del Duque de Alburquerque. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VI. Tragedia llamada Josefina, de Micael de Carvajal, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

VII. Libro de la Cámara Real del Príncipe D. Juan, de Gonzalo Fernández de Oviedo, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VIII. Historia de Enrrique fi de Oliua, Rey de Iherusalem, Emperador de Constantinopla, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IX. El Crotalón de Christóphoro Gnophoso. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

X. Don Lazarillo Vizcardi, de D. Antonio Eximeno, por Don Francisco Asenjo Barbieri. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XI. Relaciones de Pedro de Gante, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

XII. Tratado de las batallas y ligas de los ejércitos del Emperador Carlos V, desde 1521 hasta 1545, por Martín García Cereceda. Tomos I, II y III. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIII. Memorias del Cautivo en la Goleta de Túnez, por Don Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIV. Libro de la Jineta y descendencia de los caballos guzmanes, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XV. Viaje de Felipe segundo á Inglaterra, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVI. Tratado de las epístolas y otros varios, de Mosén Diego de Valera, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVII. Dos obras didácticas y dos leyendas, sacadas de manuscritos de la Biblioteca del Escorial, por D. Germán Knust. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVIII. Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble Rey D. Juan el primero, del Bachiller Palma, por Don José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIX. Romancero de Pedro de Padilla, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XX. Relación de la jornada de Pedro de Orsúa á Omagua y al Dorado, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXI. Cancionero general de Hernando del Castillo, por Don José Antonio de Balenchana. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXII. Obras de Juan Rodríguez de la Cámara (ó del Padrón), por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXIII. El Pelegrino Curioso, por D. Pascual de Gayangos. Tomos I y II. Tirada de 300 ejemplares.

XXIV. Cartas de Villalobos, por D. Antonio María Fabié. Tirada de 300 ejemplares.

XXV. Memorias de D. Félix Nieto de Silva, Marqués de Tenebrón, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Tirada de 300 ejemplares.

XXVI. Historia del maestre último que fué de Montesa y de su hermano D. Felipe de Borja, por D. Francisco Guillén Robles. Tomo I. Tirada de 300 ejemplares.

XXVII. Diálogos de la Montería. Manuscrito inédito de la Real Academia de la Historia, por el Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXVIII. Libro de las virtuosas é claras mujeres, el cual fizo é compuso el Condestable D. Alvaro de Luna, Maestre de la Orden de Santiago, por el Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tirada de 300 ejemplares.

XXIX. Opúsculos literarios de los siglos xiv á xvi, por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 300 ejemplares.

XXX. Nobiliario de Conquistadores de Indias, por D. Antonio Paz y Mélia. Tirada de 600 ejemplares.

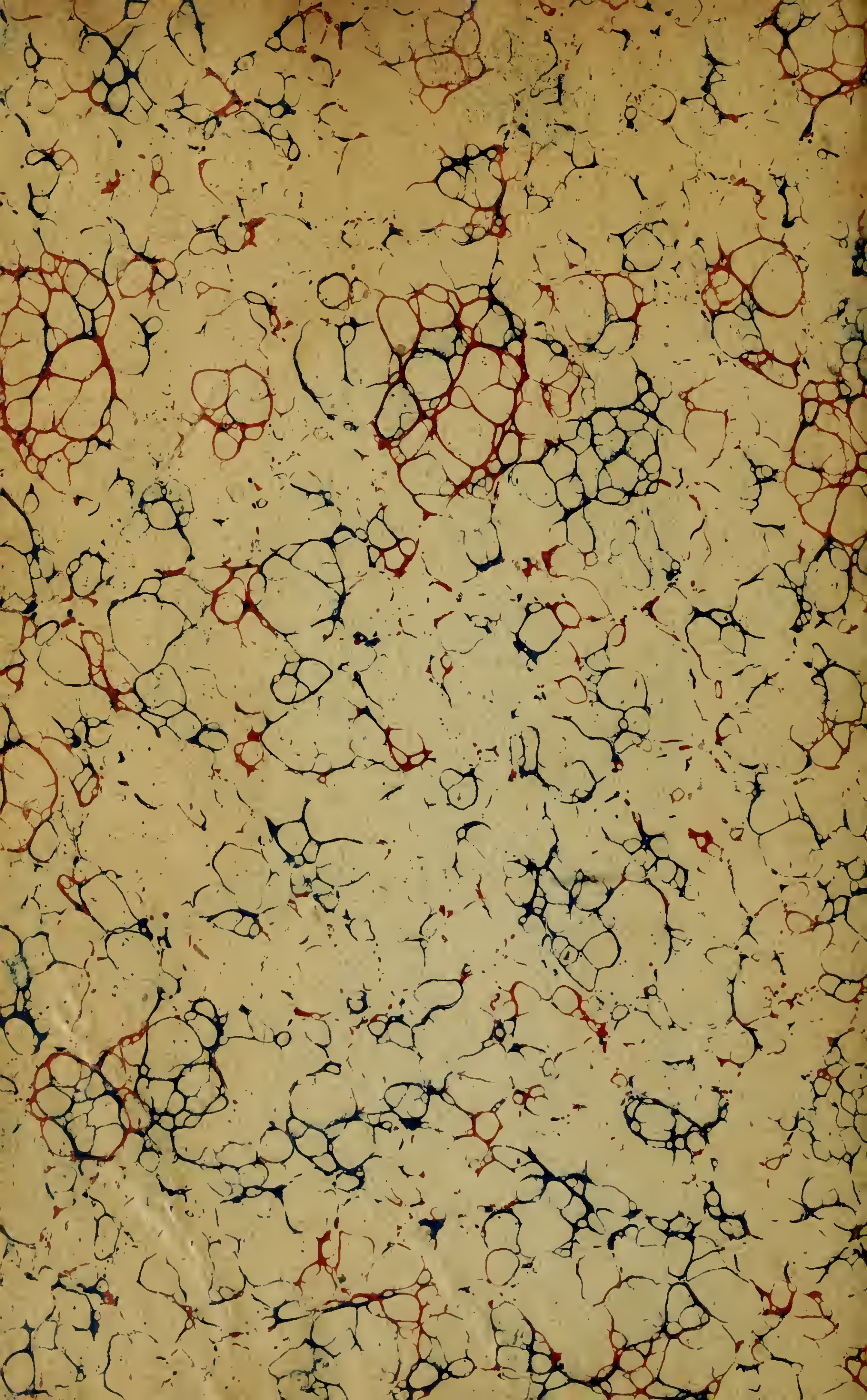
XXXI. Dos novelas de D. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

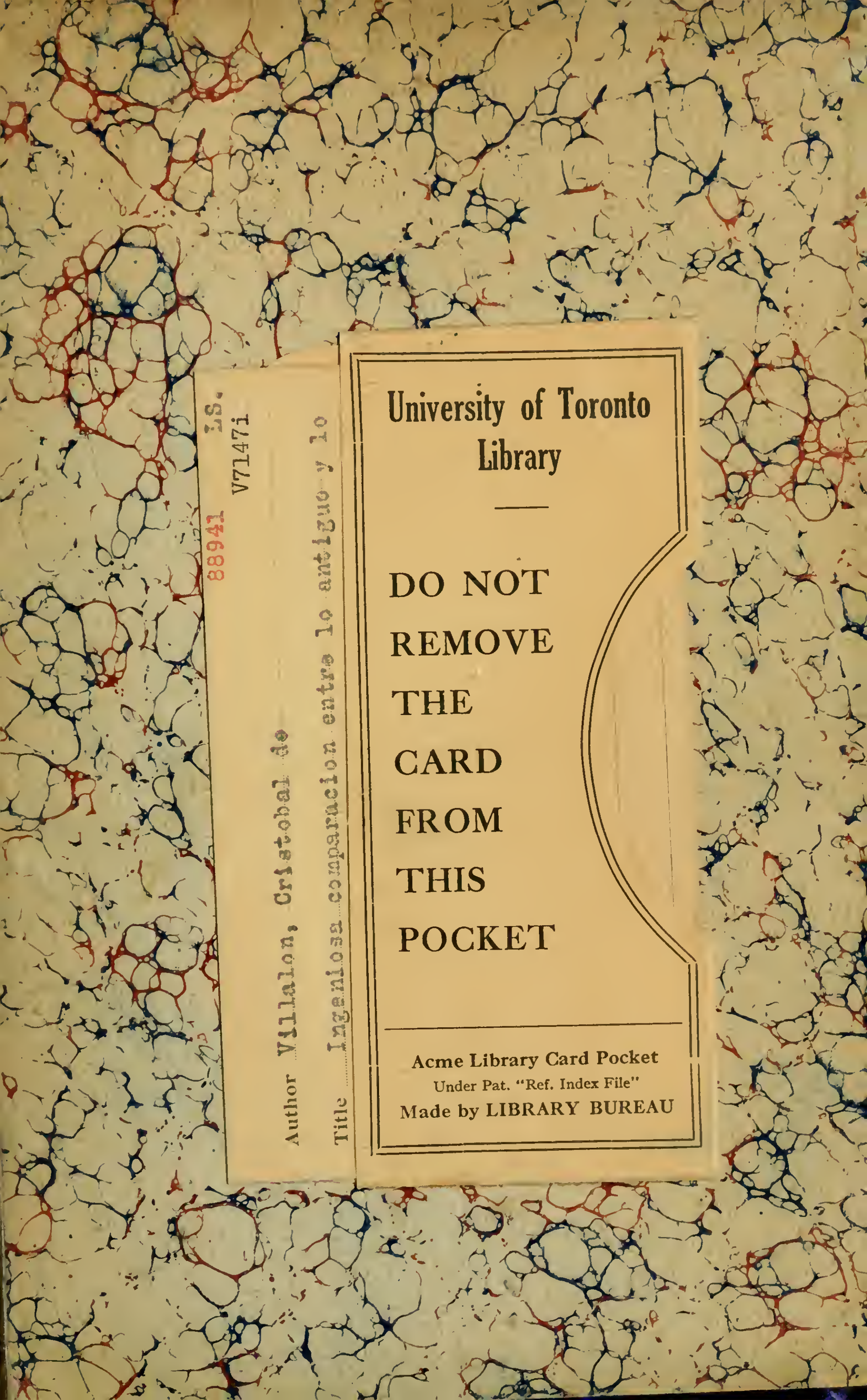
XXXII. Relaciones históricas de los siglos xvi y xvii, por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

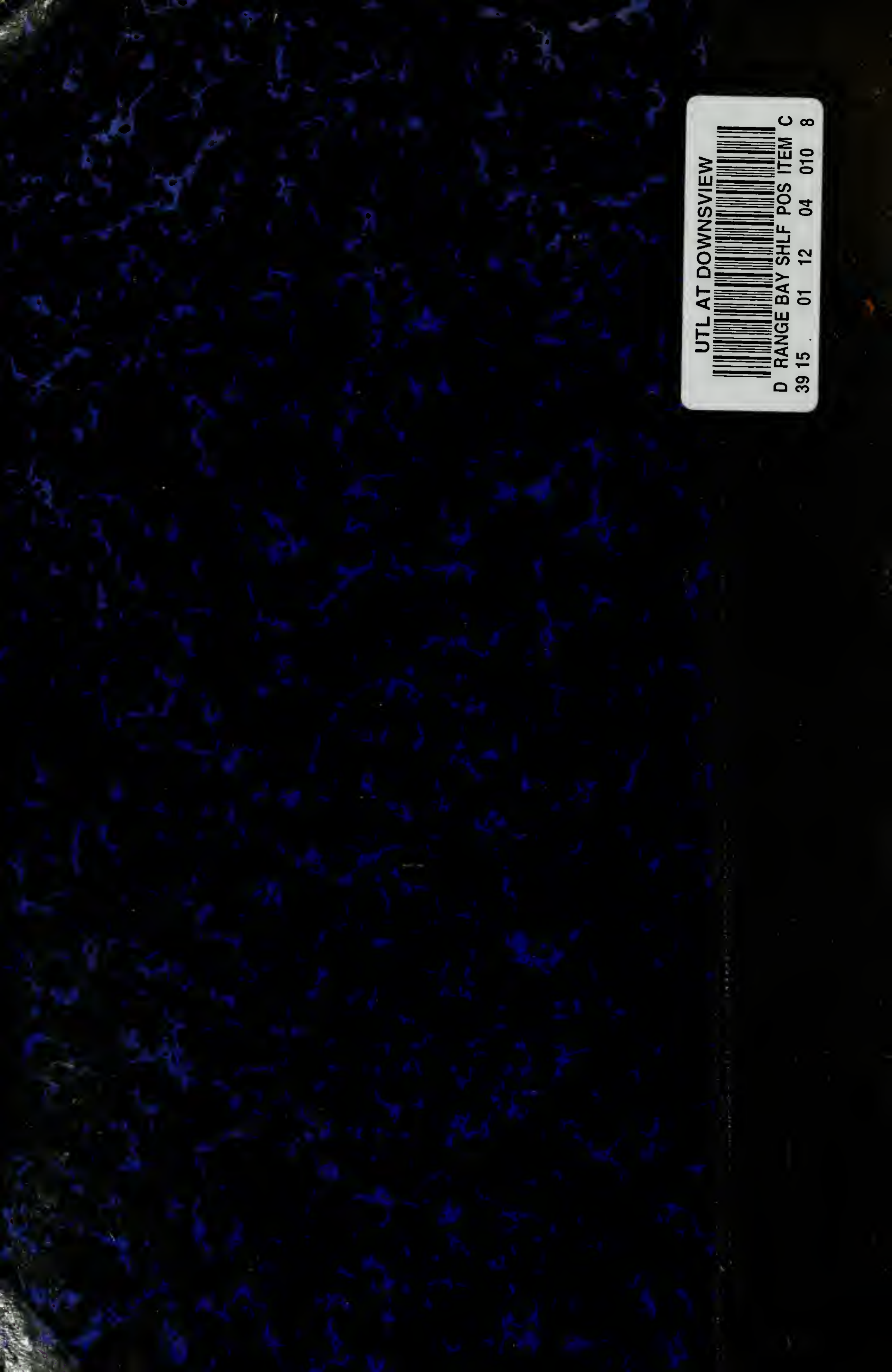
XXXIII. Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente, del Bachiller Cristóbal de Villalón, por D. Manuel Serrano y Sanz. Tirada de 300 ejemplares.

---

m




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
V71471
88941
Author Villalon, Cristobal de
Title Ingeniosa comparacion entre lo antiguo y lo


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 . 01 12 04 010 8